

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

*“Hay muchas gentes que
son siempre forasteros en
su propio país, porque nunca
se aplicaron a conocerle“*

JOVELLANOS

FASCICULO

XXXVI

**Bajo el
Santuario
de Tíscar
en Cazorla**



El terreno que aquí se pisa forma un bloque enorme desprendido de la sierra por el fuerte torrente que baja de la altura, salto tan impresionante que le hicieron esa paireta que se ve fragmentada a la derecha a modo de baranda para asomarse a la cascada y ver en la pared de la trascavidad la imagen de la Virgen labrada por las aguas.

A este grandioso anfiteatro se llega por largo pasadizo subterráneo, también labrado por las aguas y el peligro de ser arrastrado todo ello por las impetuosas corrientes, es seguro para una fecha u otra, hasta el punto que en el pasadizo han colocado una puertecilla anunciando el peligro y prohibiendo el paso, pero como las privaciones abren el apetito, la intrepidez de la juventud obligó la puerta y se cruzó la larguatera que da acceso a esta desprendida meseta cuya contemplación bien merece ese riesgo que si seguro, no es probable por su extensión y volumen que se produzca pronto ni de sopetón, se correrá poco a poco, como viene sucediendo y es propio de los procesos erosivos y da tiempo a que lo visiten quienes tengan curiosidad por ver los fenómenos extraordinarios de la naturaleza.

Rincón de la incomparable plaza de Cazorla tomado desde las monumentales ruinas de Santa María, templo de líneas Vandevirescas, impresionantes. Dos de las calles en su arranque de la plaza.



HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

FERIA DE 1973

Ochenta años después de la otra

Publicaciones de la
FUNDACION MAZUECOS
Alcázar de San Juan

Fascículo XXXVI

INDICE

Portada
Contraportada 1. ^a
Bajo el Santuario de Tiscar en Cazorla
Contraportada 2. ^a
Moral de Calatrava
Página 1
Ofrenda
Página 2
Plazas Mayores de al- gunos pueblos man- chegos
Página 69
Estampas de viaje
Página 74
Los motes
Página 76
Soledad
Página 78
Lección histórica
Página 79
Nomenclatura calle- jera
Página 80
Disposiciones íntimas útiles para nuestro co- nocimiento e historia
Página 90
Testamento familiar
Página 92
Castillo de Garci- muñoz
Página 94
Y va de retro
Página 99
La Casa de las Come- dias. - Complicación callejera
Página 100
El puente de los ojos entornados

Ofrenda

Este pequeño trabajo quiere ser una aportación al conocimiento de nuestro suelo y al de nosotros mismos, muy pequeño, desde luego, incompleto e imperfecto, pero algo distinto a otros similares por estar hecho más al hilo del sentimiento que de la observación fría, calculadora e indiferente que coteja para clasificación y archivo, que es enterrar.

El propósito, la necesidad y la idea es desbrozar y hacer senda para poder andar o que caminen otros de mejores piernas

Si sirve para despertar algún entusiasmo en los nativos y les induce a proseguir, habrá llenado su fin principal. ¡Ojalá!

No ha sido posible colocar en este volumen ni la mitad del trabajo planeado y se incluirá, si viene a pelo, en el fascículo XXXVII o en el siguiente. Perdón entre tanto.

Plazas Mayores de algunos pueblos manchegos

En el dulce vagar de ir recorriendo pueblos para impregnarse el alma con los efluvios de su vivir, desde que se divisa el caserío, casi siempre lejano por la uniformidad plana del suelo, la vista se fija en el núcleo central formado por la mole de la iglesia que sobresale de los tejados o en la espigada torre que como faro de puerto orienta al caminante o sirve de vigía para otear el horizonte, pues no en balde antes que campanarios las torres debieron ser fortalezas en nuestra comarca.

Cualesquiera que sean los fines del viajero y aún sin llevar ninguno concreto, casi sin hablar ni pararse a pensarlo, los pasos se encaminan a la plaza, que lo es todo en la vida de los pueblos y al entrar en ella se establece una comunicación recíproca entre visitante y visitado, más o menos emotiva, que es ya el comienzo de la simpatía, del agrado y del interés mayor o menor que ha de subsistir a lo largo del tiempo, aún sin verse más. Después viene la exploración, el cotejo de detalles, la admiración o la decepción, pero en todo caso la compenetración y la estimación verdadera que da el conocimiento.

La plaza es el núcleo central de la vida de los pueblos, donde confluyen o emergen todas sus corrientes, que custodian y encauzan el Ayuntamiento y la Iglesia, que son por lo general sus edificios más representativos complementados después con los casinos como refugio de los placeres más asiduos.

Toda la vida pueblerina se concentra en la plaza, hasta en los detalles mínimos, pues los que no tienen lugar allí son llevados a ella por instantes desde los puntos más lejanos y es tan asombrosa la velocidad con que corren los sucesos, que si a alguien se le pasa alguno de momento, enseguida manifiesta su extrañeza mostrándose sorprendido de ignorarlo, porque las noticias se dan de sopetón, sin preámbulos, como una obligación y de corro en corro, como un deber competitivo que se impersonaliza en los comentarios con los términos de: «se ha dicho» o «lo iban diciendo», al aquilatar su probabilidad que queda siempre firmemente definida por el conocimiento minucioso y exacto que allí se tiene de personas y cosas, que es el concepto público o la opinión que se merecen las obras de cada día analizadas minuto a minuto, sin posibilidades de que se escape nada ni falle ningún recurso, porque todo busca su corriente y al fin se aclara y tiene su merecido, pasando al acervo de la experiencia general con la apreciación justa que debe ser considerado, pues si algo se deforma por exceso o por defecto, las ondulaciones del oleaje que va y viene entre las gentes, formado por el criterio y las maneras de cada uno, pronto deja las cosas en su nivel.

La plaza satisface plenamente la curiosidad del mundo que no es solamente espíritu comadreril sino conveniencia y hasta necesidad de

saber del pie que cojea el vecino y por dónde o cómo anda. Y todo ello al tiempo que le ofrece la oportunidad de abastecer su casa con los mejores mantenimientos en las condiciones más ventajosas de la libre competencia del mercado que es el verdadero y único regulador, justo e infalible, lo mismo que hacer transacciones con sus bienes o con los ajenos, según lo imponga la marcha de las propiedades en la villa, sea con los convecinos o con los comarcanos que acuden al mercado, sin contar con haber sido de siempre lugar de fiestas y torneos y el más adecuado para toda clase de esparcimientos de la multitud.

La plaza es parlamento libre donde cada uno deja su juicio, pues hasta de los que no van flotan las opiniones en el ambiente como transportadas misteriosamente por el aire; es zoco, es tribunal, es escuela y todo en grado superlativo, ponderado, preciso, ineludible e inapelable. La gente de la plaza, la que vive en ella y de ella, se diferencia de la demás del pueblo y se distingue en general por las cualidades que da el trato, carácter más expansivo o abierto, simpatía o atracción, don de gentes, tolerancia, comprensión, espíritu comercial.

La plaza por antonomasia de cada pueblo se suele llamar Mayor por exceder a todas las demás en extensión y en monumentalidad, como en lo antiguo a sus regidores, alguaciles y justicias que excedían a los demás vecinos en edad, saber o gobierno, se les nombraba con el calificativo de Mayores, acatándoseles por esa cualidad, simbolizada en bastones y mazas que eran, como los rollos de los pueblos, signos de jurisdicción, según se ve en esta obra cuantas veces se habla de las toma de posesión de los regidores, en tiempos que ya se habían aposentado en las proximidades de las iglesias las casas de la Gobernación y las de la Tercia, dando lugar a las plazas en el mismo Campo Santo del templo, santo y sagrado, pues lo mismo lo fue para acoger a los vivos en épocas de luchas que para darles sepultura después de su fallecimiento. Este nombre de Camposanto —santo por bendecido— se extendió después a los cementerios de los ejidos de las iglesias y a los de fuera del terreno de la parroquia, aplicándosele el de Camposantero al hombre que lo cuidaba, que aún se oye.

La Plaza de Alcázar de San Juan

Dentro de estas cualidades generales, la Plaza de Alcázar, capital geográfica de La Mancha, aunque San Clemente se lo llame de La Mancha Alta, tiene como carácter el no tener ninguno, conservando sólo su forma geométrica y para eso parcialmente, pues a su figura cuadrangular le falta el lado del mediodía formado por el Ayuntamiento, el Pósito y la taberna del Catre, todos desaparecidos.

Cada uno ha podido hacer en ella lo que le ha parecido. Desde que don Alvaro le colocó el primer florón exótico y de seguro que con la admiración de los contempladores. Poco a poco, con arreglo al gusto y a las posibilidades de cada cual, ha perdido todo su tipismo, convirtiéndose en una mezcla de estilos sin estilo y de líneas irregulares que, paradójicamente, ha venido a constituir la mejor prueba del sentir alcázareño en ese aspecto, formando un escaparate en el que los forasteros



Angulo del poniente de la plaza de Alcázar de San Juan, en una de las postreras fases de su evolución, borrado ya su tipismo y embriagada de modernidad como si estuviera en Albacete, capital de antes de ayer.

El forasterismo, que sigue sin estudiar como fenómeno vital alcazareño, dejó en ella huella magna e indeleble, reveladora de su poderío y de su extrañeza al apreciar el valor de las cosas, cuyo sentido espiritual no sólo se le escapaba sino que más bien parecía inducirle a su destrucción y pudo extinguirlo sin el menor remordimiento íntimo ni la más insignificante conmoción del solar nativo, pues no en vano las corrientes extrañas venían trabajando el terreno años y años hasta cambiarle su sentido de lo propio y hacerle apetecible o al menos aceptable, lo que no le correspondía. Y ahí está, prepotente y triunfante, como corcel indomable que piafa y ahuyenta cuanto tiene alrededor.

Alcázar ya no es Alcázar
que es un segundo Madrid,
quien ha visto por Alcázar
pasar el ferrocarril.

encuentran resumido y junto lo que de desearlo pueden confirmar luego recorriendo la población.

La plaza actual de Alcázar se da un aire a la de Albacete por lo novísima, pero es que Albacete data de la reorganización de 1833.

Los portales de la plaza castellana —nuestro Ayuntamiento también los tuvo y los alquilaba a los feriantes en épocas de penuria— son algo más que las galerías para guarecerse, aunque tal vez se hicieran para eso, pero la convivencia en ellos a lo largo del tiempo, dejó en sus entrañas aquella conciencia moral, aquel alma, aquel sentimiento o prototipo espiritual que es en lo que consiste el del pueblo de cada uno.

Las plazas constituyen un decisivo alegato palpable, triunfante, del

afán afirmativo de los pueblos contra la invasión niveladora por cesión infiel del propio patrimonio heredado.

Desde el punto de vista alcazareño hay que consignar que a este tipo de zoco o alcaicería, de patio central, portales o galerías en su contorno y habitaciones dando a las mismas, sin ninguna otra luz ni ventilación, buscando el abrigo indispensable, se ajustó también la vivienda particular, hecha predominantemente por los Lucas, nuestros alarifes finiseculares más conocidos.

Las casonas antiguas ya venían sujetas a ese patrón y al generalizarse en la época citada, se quitaron los grandes patios de entrada que a la vez servían de corral y se fueron trasladando a la parte posterior de las casas con entradas independientes que dieron lugar a todas nuestras callejuelas. Ahora, transformadas las necesidades agrícolas y admitidas las de índole sanitaria, nuestras viviendas han entrado en una fase de completa transformación que cambiará del todo la fisonomía de la población, pues la gente tiende a reducirse y concentrarse en nidos, renunciando a las suntuosidades que anheló, para guisar y comer sobre un taburete en el rincón de la cocina.

Hallazgo en Orgaz



Impresionante será para los mozos de mi quinta y otras posteriores la contemplación de esta fotografía de la plaza de Orgaz que nos recuerda los portales de la nuestra. ¿Quién no ve en ese corredor cubierto y enjalbegado el corredor de la Gorgusa, con sus ventanejas y la puerta de una hoja con gatera, la escalera al entrar, como en los molinos, para subir a la vivienda que era única? ¿Cómo ver esa reja que baja a media vara del suelo y no recordar la estampa viriloide y forzada de la Lotera hablando con Rafael el de la Fonda los veranos por la siesta? Ya no existían los portales del Ayuntamiento, porque Alcázar nunca fue

remiso en borrar las huellas de su pasado, pero estaban los corredores de la posada, el de la esquina de Parra y los del boquete de la calle de la Feria, sin olvidar, porque es inolvidable, la casa de la Niña del otro boquete y entre medias de todo el Ayuntamiento, el anchurón de la fuente y el arco de triple arquería que apenas si se ve en España, salvo alguno romano y que se tiró como el Ayuntamiento para quitar estorbos del camino y casuchas viejas de la vista, abriendo ancha vía a un modernismo inexpresivo y monótono en un ámbito tan propio para el resurgir de bellas formas autóctonas

Qué bellissimo aspecto el de aquellos tejados renegridos, ungidos por la vejez extrema, exornados de cabelleras de musgo y plantas silvestres que los engalanaban. Sin ponderaciones, el buen gusto y el amor filial se proclaman por sí solos y el que vea y compare lo reconocerá.

Es preciosa la plaza de Orgaz, con la monumental iglesia de piedra de sillería y especial belleza que queda frente a los portales.



Larga fila de portales frente a la hermosa iglesia de Orgaz que es el centro vital de la población donde nunca falta gente ni motivos de solaz y entretenimiento, formando con el templo dos tribunales de los que difícilmente se escapará quien pase o quien no pase.

Lo es también su historia llena de episodios heroicos o trascendentes, como el de organización y aprovisionamiento de Trastámara para ir a Montiel donde asesinó a su hermano el Rey don Pedro, simbolizados en ese castillo que circunda una plaza anchurosa del aire de nues-



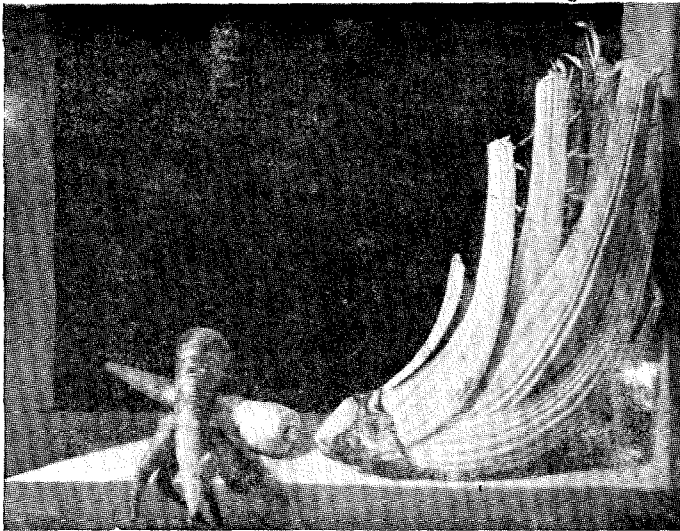
En medio de muy anchurosa plaza, formada por casas pequeñas, aseadas, sencillas y atrayentes, se alza la mole hermética y renegrida del castillo como símbolo de la época imperial que trae a la mente el recuerdo de la severidad, denotada por el luto de las ropas y la dureza en el corazón: Felipe II, el Caballero de la mano en el Pecho, el Entierro de Conde de Orgaz.

El pueblo queda, como suele, a un lado de la fortaleza, agrupado en torno a la plaza, alrededor de la iglesia que consuela y abre las puertas de la eternidad a quienes la ferocidad, inclemente e injusta, niega toda conmiseración.

Todavía impone contemplar la poderosa construcción, aunque no es fácil imaginarse y comprender lo que fuera una lucha que contando con el arrojo y la firmeza obligara a tan formidable protección.

tro Arenal, baluarte del célebre Conde que al fin halló su mayor gloria inmortalizado en su entierro por los pinceles del Greco, dándole una celebridad universal, como la de La Mancha, pues si ésta es conocida en el mundo por don Quijote, Orgaz lo es por el entierro de su Conde.

Un punto y aparte asperiza la relación Alcázar-Orgaz, más frecuente y fraternal cuando la jurisdicción alcazareña llegaba hasta Los Yébenes y patrocinaba con su iglesia y Ayuntamiento la mitad sanjuanista de esta villa. El motivo de las discrepancias lo es el nacimiento de Fray Juan Sánchez Cotán, que Orgaz incluye entre sus hijos eminentes y sitúa a nuestro pueblo con relación a él en la incómoda situación que tie-



En el museo que se cita en el texto, figura antepuesto a todo, en precioso caballete acordonado y cubierto de amplio manto de terciopelo rojo, este cuadro que se estima como una de sus obras más logradas, el bodegón de Sánchez Cotán con el cardo y las zanahorias en los que halla el principio creativo divino que alberga hasta la naturaleza más prosaica.

ne con la cuna de Cervantes, que sea por certeza o por pereza en su defensa, el problema danza en la cuerda floja y más bien en contra que a favor de la tierra nuestra.

Este gran pintor ha sido objeto de rehabilitación especial por el profesor de Arte de Granada don Emilio Orozco, haciendo un museo con sus obras en la planta alta del Palacio de Carlos V.

El dice que tuvo la suerte de hallar el acta de nacimiento de Cotán en Orgaz, una cierta madrugada fría a la luz de un candil, después de haberla buscado en Alcázar inútilmente en dos o tres ocasiones por constarle que el pintor había estado aquí con su familia pero no había nacido.

La investigación alcazareña debe contrastar este hecho que tanto le interesa para dilucidar si fue cuna o solamente albergue de tan importante figura de nuestras artes.

A este lado de la abrupta sierra de su nombre y abierta a los aires del norte, se alza la fría e histórica ciudad de Alcaraz que limita por su lado La Mancha albacetense y posee una de las plazas más importantes de la comarca, de forma rectangular, rodeada por tres de sus lados de edificios de doble arquería y abierta por el cuarto a la entrada del cierzo que la mantiene aterida y limpia de polvo y paja.

Son emblema de tan importante ciudad, que tal vez mereciera por su historia la capitalidad de provincia, las dos torres, del Tardón y de la Trinidad, esquinadas, fronteras y desiguales pero a cual más bella, que limitan una estrecha calleja llamada de Entreiglesias. Los edificios a que se hallan adosadas tienen carácter propio pero se armonizan; la Trinidad, vetusta, con su gran portada gótica, tutela el conjunto y la del Tardón da principio o pone fin a la doble arquería de soportales y corredores de las lonjas que forman la plaza, hasta llegar al testero del oeste formado por el artístico Ayuntamiento, no sin dejar la lonja de la Regatería, antes de llegar al ángulo y como su último portal, amplio y sólido arco labrado en el espesor de la antigua muralla para subir a los castillos y a la ciudad por suave y espaciosa escalatina llamada de la Zapatería.

Como en corrimiento de tierras, que para el caso lo es el haber caducado la necesidad defensiva de permanecer en la cumbre de los castillos, la ciudad se fue extendiendo para abajo y prácticamente la plaza, que le dicen de Abajo por haber otra arriba, ha quedado en lo más alto de la urbanización actual.

La sierra no sólo pone allí fin a La Mancha sino que también parece impedir el paso del estilo arquitectónico de Vandelvira, su hijo perdurable, gloria de la arquitectura española, que se extiende por este lado de la cordillera y deja las más relevantes muestras de su genio en Ubeda, Jaén, Baeza, Villacarrillo, Huelma y otros puntos, llegando por nuestro lado hasta El Bonillo y Villarrobledo, cuyas arquerías llevan su aire aunque él no las hiciera.

Se llega al pueblo cruzando los campos de Montiel por cuyas amplitudes cabalgó Don Quijote, con la imagen de su castillo ensombrecido por la muerte villana del Rey don Pedro y teniendo por horizonte la poderosa sierra a que esta ciudad da nombre con su pico de Almenara a 1.800 metros de altura que pone límite por su lado a la llanura manchega.

Alcaraz no está en la cumbre de su serranía pero tampoco en el llano, se sienta a unos mil metros, de cara al cierzo, en posición dominante que le hacía merecedor, como se ha dicho, de la capitalidad de la provincia.

Todo lo de Alcaraz debería ser descrito con detalle pero hemos de circunscribirnos a su plaza Mayor y brevemente ya que las fotografías dan una buena idea de su demarcación. Los curiosos, sin embargo, podrán consultar los minuciosos estudios de don Jesús Carrascosa y don Manuel Manzano-Monis, aparte de los que existen sobre la arquitectura de Andrés de Vandelvira, más o menos relacionados todos con Alcaraz y que hemos podido conocer gracias a la generosa amabilidad de su



Calle de Entreiglesias de Alcaraz con el maravilloso efecto de sus enfrentadas torres, la de la Trinidad a la izquierda con cuatro cuerpos y la del Tardón o del Reloj a la derecha con siete.

El conjunto arquitectónico de la plaza de Alcaraz es único en el mundo y de él sobresalen, como heraldos de sus blasones, estas torres que con su armónica desigualdad pregonan el glorioso impulso renacentista que se incubó en esta ciudad semimanchega.

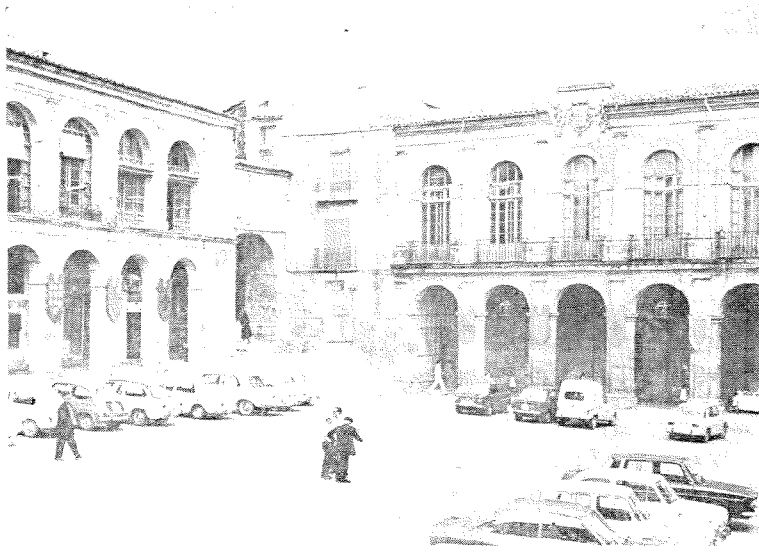
Como toda obra grande no necesita descripción sino contemplar y sentir y aquella plaza es para sentarse y escuchar porque todo habla, todo susurra, todo conmueve.

Originalidad, irregularidad, esbeltez y belleza son las notas características de estas dos torres que se hicieron lo mejor dos siglos después que los templos a que pertenecen y respetando la calle de Entreiglesias que ya existía y ni siquiera estrecharon. Así lo afirmaba don Jesús Carrascosa que dice notarse sobre todo en el arranque de la torre del Tardón sobre el haz de columnitas góticas que se destaca del plano anterior del monumento.

ilustre párroco don Hilario Hidalgo y a la de su antiguo Alcalde don Miguel Rubio, alcazareño de corazón puesto que aquí vivió.

Espléndida, impresionante plaza que sobrecoge el ánimo al entrar en ella la primera vez y tanto más cuanto más solitaria se la encuentra, aún sin la suerte de verla de noche y entrándole la luna por entre las torres, como aconseja verla su entusiasta historiador don Jesús Carrascosa González.

Madoz, que es el anatómico que pesa, mide y cuenta todos los detalles de la piel de toro española, dice que esta plaza, soberana plaza, aunque esto no lo diga don Pascual, forma un cuadrilátero cuyo mayor lado, que lo es el de la lonja de la Regatería, mide setenta pasos de largo y el menor cuarenta, que lo forman frente por frente el Ayuntamiento y la lonja de Santo Domingo a cuya arquería está adosada la torre del Tardón, nombre algo extraño debido según Carrascosa a su campana que toca de tarde en tarde, con tañido tan imperioso y dominador que pone en tensión a quienes la escuchan sujetándose ineludiblemente a sus mandatos; es la campana que convocaba al concejo, como también en Alcázar lo hacía la del reloj de la plaza, la que toca a rebato en los incendios y en los grandes acontecimientos nacionales, campana monumento, única, que da nombre a la torre y al reloj y se dice que toca el Tardón al oír los golpes vibrantes que retumban en toda la ciudad. Carrascosa la describe como: «sin cabeza, de gracioso perfil, cuya masa



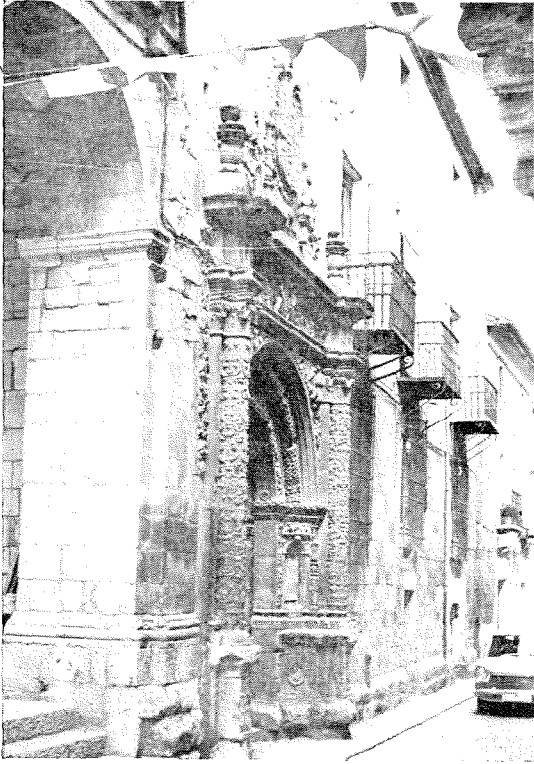
Rincón de la Zapatería con su famoso arco entre el Ayuntamiento y la Regatería y esa caseja, —lugar de la antigua carnicería, de la época del arco— que tuvo el atrevimiento imperdonable de asomarse a la plaza sin guardar las formas que debieron imponerle las más elementales reglas de urbanidad..

metálica de treinta quintales de peso, colgada en el interior del arco, es no solo motivo sino también decorativo elemento del frontón». Véase como en la torre es todo aumentativo para el concepto de sus vecinos, que contrasta con la torre misma, esbelta y grácil, renacentista pura, única, al frente le dice frontón, a lo de tarde, tardón y seguro que, en su fuero interno, a la campana misma, campanón.

La lonja de Santo Domingo tiene cinco arcos construídos sobre un muro que los separa del suelo de la plaza. Sobre la arcada hay un balandal de calado gótico con columnas que sostienen la carrera de la cubierta, todo de piedra de sillería.

La lonja de la Regatería, ocupa con sus doce arcos dobles todo el frente de la plaza, subiéndose a su piso por unos peldaños que salvan la diferencia de altura con el suelo de la plaza. Es difícil olvidar la impresión que causa verse al pie de la Regatería, terminada por uno de sus extremos por la calleja que separa las dos lonjas y por el otro por el arco de la Zapatería amparando la escalinata que conduce al barrio antiguo de la ciudad. Entre el arco y la fachada del Ayuntamiento hay una casa que aunque se oculta como avergonzada de su presencia en tan solemne lugar, demuestra el cuidado que hay que tener con autorizar obras que no pueden controlarse en los núcleos clásicos de las ciudades.

El Ayuntamiento ocupa el otro testero dando frente a la lonja de Santo Domingo, con preciosa fachada y doble arquería si bien ciega por



Con este arco lateral del Ayuntamiento y esa puerta de la lonja Ahorí, arranca de la plaza la calle Mayor. No hace falta más, la portada lo dice todo, aún estando vista de lado por falta de perspectiva para fotografiarla de frente, cosa lamentable porque es maravillosa y vista de cara parece estar metida en la tierra. Todo en el pueblo produce esa impresión, hasta la plaza misma que aún estando llana parece clavarse en el piso para no irse por la cuesta abajo.

De estilo plateresco con arco de medio punto y recargo de adornos en toda su pedrería, produce la luz un efecto en su dorada labra que el señor Manzano no lo estima casual y resalta mucho las platerescas piedras.

los balcones en su parte superior. Difiere algo de la plaza pero no desentonan y de su esquina misma arranca la calle Mayor que se inicia, pegando a su arco de esquina con esta singular portada llamada de la lonja Ahorí.

Esta grandiosa plaza llamada de Abajo, aparece unida más que separada por dos escalinatas, una a cada lado, de sólido poyo de piedra, para bajar a la llamada del cementerio, porque lo sería en la época de los enterramientos parroquiales y es ahora glorieta de la Santísima Trinidad.

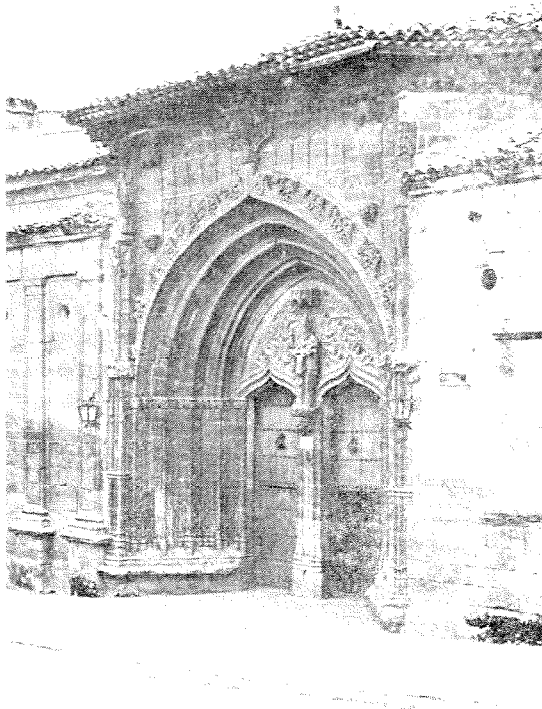
Frente a la iglesia, haciendo esquina a la plaza, arranca la calle Torres, que bajando hacia los arcos corta perpendicularmente las calles horizontales fundamentales a partir de la Mayor, que son la Llana y Barrera.

Y atravesadas por las que vienen desde la altura, dividen en manzanas este núcleo de población. Son calles muy típicas, de amplios aleros, balcones saledizos, ventanucos y rejas irregulares que armonizan con lo escalonado del terreno, todo cargado de ancianidad, con escaso aliento y trabajosamente sostenido pero evocador de las más entrañables grandezas caducadas. El núcleo de población detrás de la plaza es corto, todo está hacia abajo, a partir de ella, Manzano-Monis puntualiza muy exactamente que la calle Torres se ahonda, y es verdad, porque parece que se hunde detrás del pretil como los pasos subterráneos de la actualidad.

La calleja comprendida entre las dos torres, llamada de Entreigle-

Embutida en el ancho muro, entre tejadillos humildes y al amparo de un alero trivial, se halla la monumental puerta de la Santísima Trinidad de Alcaraz, que en nada envidia a las de las catedrales famosas, más bien las aventaja, realzando el conjunto monumental de la plaza y la propia iglesia, notable por tantos conceptos.

Se abre en la plaza del Cementerio, hoy amena glorieta y lugar de esparcimiento, un tanto achaparrada como la de Ahorí y como metida en la tierra por necesidad de afianzarse en ella, tiene una pureza de líneas y tan esmerado cuidado en el tallado de la piedra que la hace incomparable.



sias, baja formando recodos hasta los Cantones, barrio antiquísimo habitado por familias gitanas informadas y orgullosas del arcaísmo de sus moradas, de los iberos, de los celtíberos, de los fenicios, de los romanos y Dios sepa de cuántos más porque a lo de los moros no le dan importancia. Aquello desemboca en una placeta ruinosa con un pilón abrevaadero de construcción reciente, y la bajada es una mezcla de rampa y escalinata como todo en Alcaraz, pues a causa de la pendiente no hay modo de allanar ningún espacio más que poniéndole escaleras o rampas a los extremos, como pasa en la misma Plaza Mayor de Madrid al bajar a la calle Toledo y en casi todas las calles de los barrios bajos. Las calles principales de Alcaraz son perpendiculares a la pendiente y se allanan con ese recurso que ponen de manifiesto las calles que bajan siguiendo la corriente, siendo la más notable por su situación la de las Torres frente a la iglesia. Los que vivimos en el llano nos embobamos mirando las calles que bajan, con las casas en escalinata dando con las chimeneas en las puertas de las de encima.

El simbolismo de la plaza está en el esfuerzo de transición que percibe la vista al recorrerla, del estilo gótico al renacentista impuesto por los tiempos de cambio del medievalismo y la fortaleza a la época de la unificación y la convivencia, percibida e interpretada genialmente por Vandelvira, Siloé, Covarrubias, Machuca y demás canteros de sus tiempos que grabaron en la piedra a golpe de buril la transformación de la vida política.

Campo de Criptana

No puede faltar en este incompleto recorrido por las plazas próximas el recuerdo de la de Campo de Criptana pues el pueblo entero tiene reservado un lugar preferentísimo en esta obra desde que se pensó en realizarla, aunque no haya llegado todavía el instante de dedicarle la atención que merece y necesita, que encajará de lleno al ir completándose el estudio médico-topográfico de la comarca, apenas iniciado y sobre el cual podría decir burlescamente José María Gómez o su hermano Bernardo, que me voy a pasar la vida templando sin llegar a tocar.

Yo conozco poco el Campo y no mucho más los demás pueblos de la comarca por las circunstancias especiales de mi vida. Ahora, a los ochenta años, es cuando suelo recorrerlos con algún detenimiento apartándome de los deberes profesionales que me siguen embargando. En cambio conozco a la gente de cada sitio y la conozco mucho más en su intimidad que en la vida de relación que no he tenido ni echo de menos.

De la infancia conservo el recuerdo de la pugna que mantenían campesinos y alcaceños y de las incursiones que se hacían uno y otro pueblo a pedrada limpia, análogas sin embargo a las que dentro de cada pueblo mantenían entre sí los de unos y otros barrios.

Mi relación posterior, desde el instante feliz en que me pusieron a trabajar, ha sido muy entrañable con todo el forasterío y con los del lugar, logrando una confianza tal vez inmerecida pero que me ha obligado mucho para hacerme digno de ella y corresponderle. No ha existido ningún momento de crisis en esa compenetración y aún ahora que apenas si puedo dar algún consuelo, sigo sintiendo el deber y el agradecimiento en virtud de los cuales cualquier desvelo o cualquier sacrificio me parecen poco para corresponder a esa confianza segura y verdadera tan necesaria entre las personas.

El haber merecido esa confianza a corazón abierto de tantas personas que necesitan confesarse donde creen y no sólo en los templos,

La Plaza del Campo

Por la ley de los contrastes, que es una de las leyes que se cumplen, como la de las rachas y si ves un cojo, antes de diez minutos ves otro, resulta que en el pueblo de las chicas guapas no hay manera de sacarle una fotografía a la plaza que demuestre lo que es.

Será la única plaza que figure en este libro sin ilustración gráfica, pero hay que aceptarlo como un hecho natural. La plaza del Campo tenía que ser discretísima y lo ha logrado hasta el punto de hacerse impenetrable para los objetivos fotográficos, pero es una plaza casineril, con aire de solana, resguardada, propicia a la murmuración cotidiana, más vespertina que matutina, que es lo contrario de antes.

La arboleda que la hace invisible oculta también los corros de comentaristas y hay que buscarlos entre las ramas como a los pájaros lugareros, desde donde ellos lo ven todo librándose del alcance de los gatos.

Gran criba la de la alcahuetería placera que no pasa ni una paja y pone respeto y miramiento en las relaciones.

De todo ha de haber en la viña del Señor y no hay nada tan malo que no sirva para algo bueno.

me ha dado un conocimiento que junto con mis propias observaciones médicas me permiten discurrir seguro sobre las condiciones de vida de cada lugar y las cualidades biológicas y constitucionales de sus moradores, que me considero en el deber de consignar en esta obra.

Cualquier observador, al ver a una persona, deduce inmediatamente una serie de circunstancias entre las cuales figura siempre su naturaleza probable. Pues bien, entre nosotros, aún ahora, en época de uniformidad y borrón de caracteres diferenciales, esa observación es tan común y está tan arraigada que se siguen diferenciando claramente los naturales de cada pueblo, aunque se vistan de seda como la mona de la fábula. Y esa variedad rotunda de caracteres de que está rodeado Alcázar, siendo él mismo la síntesis de todos ellos, es lo que me ha hecho dudar sobre la realidad documental de que todos estos lugares fueran repoblados por gentes de Consuegra después de la devastación árabe, pues las diferencias les penetran hasta las entrañas de su alma y a todos los entresijos de su cuerpo. Cabe pensar que vinieran de Consuegra pero que se concentraran allí de diferentes puntos, pues hasta en la tendencia completa de cada pueblo se ven las diferencias y aún dentro del mismo pueblo cuando la división es radical como en Los Hinojosos, la mitad labradores y la otra mitad arrieros. ¿De dónde le viene la inclinación trapicheante al Quintanar o la trashumante a Villafranca, la tendencia del herenciano a salirse al camino o la del tomellosero a meterse en el bombo y no salir aunque se muera?

Tomando a Alcázar como centro se pueden marcar sus diferencias como señalan los aires los molineros desde los ventanillos del molede-ro. Pues bien, dentro de este símil, que no es posible desarrollar ahora, le correspondería a Criptana el mejor aire, el más constante, el más regular, con el que siempre se muele: el solano. Y algo, aunque unas veces bajo y otras alto, a Pedro Muñoz y Socuéllamos que forman la línea de rasgos biológicos más depurados y perfectos en términos generales y mucho más en la mujer que en el hombre.

La mujer campesina sobresale y se distingue por su finura y delicadeza en cualquier nivel de instrucción, por su esmero en los cuidados, por su limpia pobreza, por su celo en cubrir las apariencias. ¿Es que no dice bastante el venir andando a Alcázar durante tantos años y ponerse el calzado después de cruzar las barras? Pero es que después había que oírla y verle los zurcidos en prendas tan pasadas que se clareaban para saber de lo que era capaz y comprobar que esos modos y costumbres concordaban con sus rasgos físicos y con sus sentimientos, siempre selectos y a veces sublimes, pues hasta la aguja era en su mano un reto triunfador a la pobreza y un signo de su altivez.

Y ésta mujer es la que iba a la plaza cuando la plaza se ponía y se quitaba a diario en todas partes y se encontraban en ella los moscones que en ninguna faltan.

De todas las personas a quienes he hablado de las plazas, ha sido Laurentino Manzaneque, campesino, agudo y con sorna, quien ha visto la vida de la plaza en su propia salsa, conocida por todos, pero considerando equivocadamente que eso, que es la vida misma y el retrato fiel de nuestras maneras, no podría interesar, cuando es lo de más re-

heve y verdaderamente digno de figurar en una antología de rasgos de nuestro carácter.

En un estudio etnológico nunca se pierde la oportunidad de hacer aportaciones que merezcan destacarse y si el ejemplo de Laurentino despierta en alguien el deseo de imitarle, serán muy bien recibidos los sucesos que recuerden de sus plazas o tengan oídos de los viejos, con lo cual se contribuye vivamente a caracterizar cada lugar. Con relación a la del Campo de Criptana, nos cuenta Laurentino Manzanque algunos golpes o chascos de la Plaza de su pueblo reflejando en la narración el verdadero ambiente de lo que es la plaza en todos los pueblos, que ha perdido más de la mitad de sus cualidades con dejar de ser mercado, que era el fundamento de su vida.

Los carniceros, pastores todos, suelen ser los más antiguos y constantes placeros en todas partes, con mesa o puesto de tradición familiar. No hay pastor ni carnicero que no sea calmoso, porque lo da el oficio y la necesidad de andar mucho al paso del ganado y a surco traviesa.

El tío Alejandro de los Anastasios, ya viejo y temblón, unía a su cachaza pastoril el miedo al dar el golpe, porque le fallaba.

Llegó una a por una pierna de carne, toma una canal, la corta, la pesa y pregunta si le da un par de golpes al hueso.

—No, que le dejas señales y astillas.

—Mira, dijo al tiempo que lo hacía, bien limpia dejo la cuchilla.

—Sí, pero tardas tanto en calcular el golpe que cuando la bajas ya la llevas «amuhecia».

Su abuela Alcuzona tuvo horno y tienda.

Y ese mote, que también tendría su razón y su cuenta.

La plaza del Campo, como las demás, la hacían como verduleros los migueletes y los herencianos y también en patatas y tomates algunos perroteños.

Uno de los más constantes y característicos allí era el hermano Bartolo, al que pintó Sorolla bajando de la Sierra al pozo de Villalgorido con la carga y su hijo Luis, de chico.

Cuando acababan la venta iban a comprar pan y a tomar algo al calor del horno, dejando el borrico en la puerta.

Pocas veces pagaban con dinero. Entraba la hermana Bartola y decía:

—Buenos días... aquí estamos...

Y luego Luis:

—Nati... ¿dónde te pongo esto...?

Y traía en una espuerta todo lo que no había vendido, algo bueno entre lo menudo más abundante, diciendo:

—Mira, mira, lo del saquillo es de primera; esto de la espuerta para los conejos y esto duro «cocío» con el «amasao» para los gorrinos.

Daban y recibían más confianza que los de la familia.

Patricio y el Largo, carniceros y tratantes, andaban siempre a la que salta y a ver cual sacaba la mejor tajada, disgustándose muchas veces pero por poco tiempo.

Un día, al liquidar las partes, después de mucho tira y afloja, decía Patricio:

—Anda, anda, toma y calla que no vas mal. Anda, anda, que bien te conozco.

—¡Oye...! A ver si te crees tú que yo tengo que pedir informes tuyos.

El Campo ha sido siempre un pueblo de señorío, acogido a la sombra de las Casas Grandes, a su protección y a las normas que de ellas irradiaban y fueron la causa segura de la distinción de sus mujeres y de la docilidad de sus hombres.

Todo Criptana está impregnado de esa influencia tan conveniente y beneficiosa de la nobleza, la finura y la corrección, que salva en el desliz o en la intriga inevitables el enfrentamiento bronco o la indelicada increpación.

Por ser donde se ha prolongado más la permanencia de las personas mantenedoras de esos principios es el pueblo donde ha perdurado con más fidelidad este sentir. Ni Belmonte mismo, que fue muy superior a Criptana en ello, conserva una parte de su influencia y no digamos Alcázar donde la llegada del tren y el alejamiento de las personas representativas neutralizaron completamente la influencia nobiliaria en la vida de la villa.

La agudeza de la campesina le hizo admirar e imitar aquellos rasgos que contemplaba y apropiárselos acomodándolos a su situación, salvando las diferencias, pero no tanto como hubiera pasado en otras partes por lo mucho que sus condiciones nativas favorecían la aproximación, con la propia complacencia de las damas y los caballeros que sin dar su conformidad no podían negar la simpatía que la buena disposición y cualidades les despertaba. La campesina es la casera que se hace a los modos y maneras de la señora y con el tiempo se le parece tanto que casi la iguala, o, o, o...

Y si eso era lo que le pegaba por su condición y lo que le atraía por su manera de ser, se lo apropiaba con una dulzura que parecía haber nacido en ello.

Abolidos los derechos del señorío eso es lo que resta y se nota, la superioridad, la altura, la «sierra», el mandar sobre las acciones propias y respetar las ajenas, sobriedad y mesura en el porte y en el trato, la sombra del linaje.

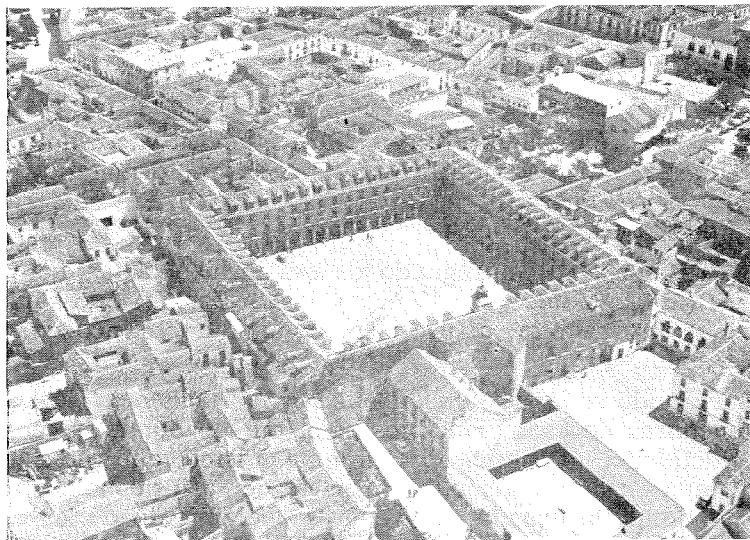
TRILOGIA INCONEXA

El amor, el idilio, la gestación, Ocaña.

El ensueño, la ilusión, el delirio, El Toboso.

La ambición, la fuerza, la historia, Belmonte.

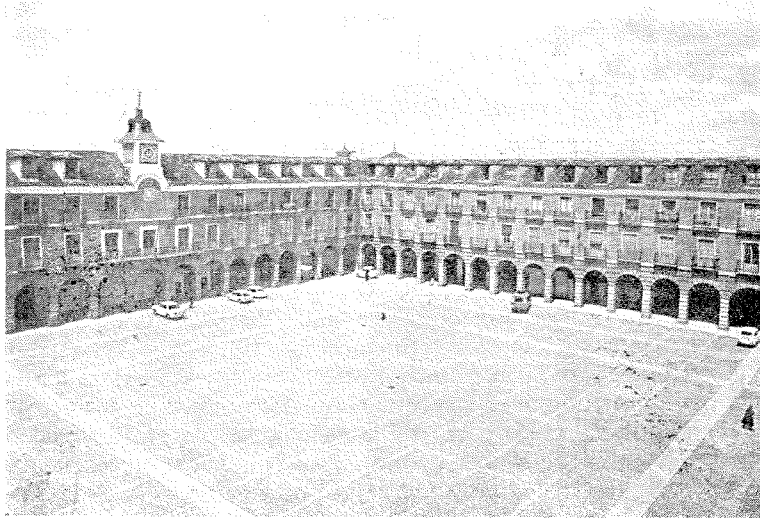
De esta o parecida manera ve Jaime Olmo, el juglar tobosino, coronada La Mancha por su norte, noble corona desde luego y digna del regio manto con que se reviste el resto de su comarca, formado por las capas Sanjuanistas, Calatravas y Santiaguistas, presente magnífico que La Mancha ofrenda en el altar de la Patria.



Una de las ventajas de esta fotografía, aparte de darnos una idea de conjunto como ninguna otra, es mostrarnos los tejados de tipo escurialense, con tantas buhardillas como huecos en cada piso y que nos habla del posible origen arquitectónico, aunque Guzmán dice que empezó a construirse el 1.777, inspirándose el arquitecto —Sánchez— en la plaza Mayor de Madrid, edificándose primero la fachada oeste a expensas de los fondos municipales. A continuación se hizo la fachada del sur con un préstamo de la villa de Yepes. La tercera, que lo fue la del norte, se levantó con fondos de la Hermandad de la Virgen de los Remedios, quedando con esas tres fachadas por espacio de 170 años, hasta que recientemente, por el 1.960 en que el tesón de los ocañenses consiguió verla terminada con aportaciones municipales y ayuda de los vecinos, a excepción del piso que lo realizó la Dirección General de Arquitectura.

No es que Ocaña, Puerta de La Mancha, fuera el lugar de los amores de Isabel la Católica, pero sí el lugar en que se iniciaron y que pudieron cambiar la historia de España si el Gran Maestre Pedro Girón no muere en Villarrubia de los Ojos cuando iba en su busca para apropiársela, aún en contra de su voluntad, pero con la anuencia del propio Rey y su camarilla para sosegar al furioso magnate.

Se dice que Dios escribe muy derecho con renglones torcidos. Ese principio divino resplandece en todos los aspectos de la vida y es común en los caminos conocidos, el curso de las aguas, la senda transitada y la evolución de las cosas, tantas veces incomprensibles pero que al cabo de vueltas y revueltas vienen a colocarse en la situación precisa de la mejor conveniencia como resultado del tejer y destejer de la vida.



Esta fotografía nos da una idea clara de la grandiosidad y hermosura de la plaza de Ocaña

Ocaña, además, cuenta con otros muchos factores gloriosos, aparte de las consabidas tres cosas que no las tiene Madrid, la Fuente Grande, la Plaza y la Torre San Martín y desde el punto de vista de las plazas, que es nuestro tema de hoy, tiene ésta, monumental y armónica cuya vista debemos a la generosidad del ilustre abogado de Madrid don Fernando Ruano Ascaso, que se codea sin desdoro con la de Salamanca y la Mayor de Madrid, colocándose a continuación de ellas y en tercer lugar de las de España, a juicio de los entusiastas ocañenses que le han dedicado tan encendidos como merecidos elogios.

García Guzmán cuenta en su reseña de la ciudad que la plaza mide cincuenta y seis metros y medio de largo por cincuenta y cuatro de ancho, con dieciocho arcos en las fachadas Norte y Sur y dieciséis en las de Este y Oeste, en total setenta arcos de piedra de colmenar sobre los

que están contruidos dos pisos de viviendas amplias con balcones simétricos todo alrededor coronados con una cornisa de orden toscano.

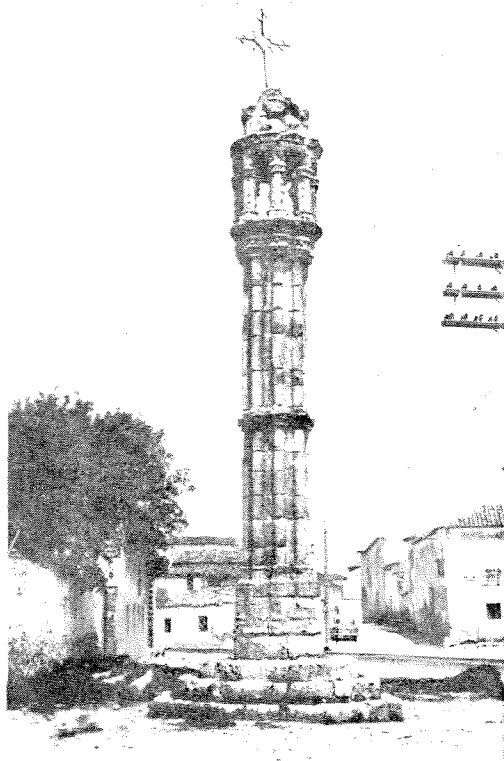


La Fuente Grande se ve aquí parcialmente, muy parcialmente y nada de su interior y distribución que es lo importante. Aún en la parte externa quedan ocultos a este lado de la fotografía los lavaderos y su patio que son dos pilones de 46 metros de largo por 4'5 de ancho y 0'85 de profundidad. El patio donde se encuentran mide 54 metros de largo por 18 de ancho donde pueden hacer su trabajo cómodamente trescientas lavanderas.

Madoz dice que la fuente se construyó en tiempo de Felipe II y es uno de los objetos que deben verse en Ocaña, consistiendo en la reunión de varios manantiales en receptáculos de piedra, los cuales van por una mina de ladrillo de 12 pies de altura y 4 de base y corren por dos atarjeas a salir por igual número de caños. La parte exterior, de buen gusto y sencilla estructura, toda de piedra de buena calidad, con dos grandes abrevaderos para las caballerías dentro de un patio bien empedrado de 182 pies de anchura por 186 de longitud. Es tal la abundancia de esta fuente, dice Madoz, que después de bastar a las necesidades de mil vecinos y más de tres mil caballerías se riegan con el sobrante varias huertas y para evitar las inundaciones desagua en un caz bien construido.

Los portales son amplísimos y en ellos encuentra su paseo favorito la vecindad cuando el tiempo no permite estar a la intemperie.

Cuenta el mismo autor que 12.000 soldados de la reserva del manchego general Espartero oyeron misa en la plaza y cuando la coronación de la Virgen dice Guzmán que la plaza se ensanchó y dió cabida a 25.000 personas.



He aquí el rollo de Ocaña, uno de los más completos y artísticos que se conservan. Y bien a la vista de la carretera actual para los que gusten observarlo.

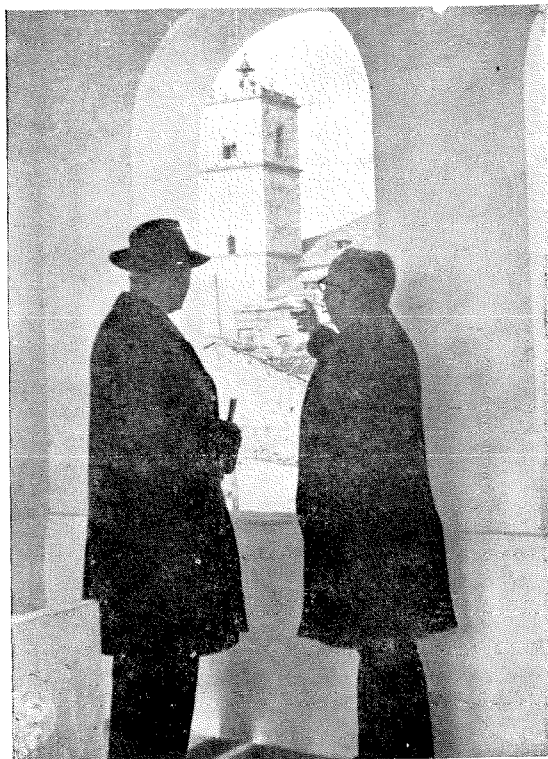
Detalle curioso lo es que por una de esas circunstancias fortuitas de la vida los restos del heroico soldado e inmortal poeta Alonso de Ercilla, madrileño de nacimiento, reposan en Ocaña, por la misma razón que los de nuestro Espartero reposan en Logroño, por ser de allí la mujer y en el caso de Ercilla, porque la suya, doña María de Bazán, del Marquesado de Santa Cruz, poseía allí unos terrenos por herencia de sus padres en los que hizo una fundación religiosa para que sirviera de sepultura a los dos, cosa que cumplió de acuerdo con sus propósitos.

EL TOBOSO

La villa enaltecida por la más singular aureola conocida en el mundo.

Sin llegar a la exaltación quijotesca o tal vez llegando, a la novia siempre se la ve idealizada, como un ángel del Cielo y si no es así, si se le ven los defectos, es que no se la ama de verdad, que no ciega la ilusión, pues el amor verdadero se toca con una venda como la fe.

A nadie que haya estado ilusionado alguna vez pueden sorprenderle las invocaciones de don Quijote a su señora ni las visiones que de ella se forja, pues cualquier mozalbete o persona mayor hace otro tanto o le da ciento y raya y no puede aceptar que le descubran las faltas o se la desfiguren, sin considerar como maleficio o maldad las realidades que le presentan para desengañarle.



La mente ilusionada de Jaime Olmo que seduce y encanta y vive en perpetuo idilio con las realidades quijotescas, no sé si me dijo o lo ví yo siguiendo el hilo de su fantasía, que los tejados que se divisan desde el hueco del campanario de la casa de Dulcinea, están bailando permanentemente una danza romántica en homenaje a la torre de la iglesia con que dieron don Quijote y Sancho. El lo dice y yo lo veo, que es más que creerlo, señal de que los dos estamos en gracia de Dios que ama la inocencia.

Estas son cualidades inherentes a la condición humana y el único motivo que admira en el hidalgo y hace compadecerle, es que en sus pensamientos no haya un ente de realidad y sea todo puras imaginaciones. La pena del observador nace de ver que el caballero no se da cuenta de su alucinación, pero habla con tal fe que también con la conmisericordia surge la duda en el que escucha y le da la razón deseando ayudar al desencantamiento de la Princesa. Ahí está el desequilibrio, pues idealizar lo que se tuviera y se quisiera sería lo natural.

Sin embargo la potencia de aquel sueño fue tal que dejó impregnado para siempre el lugar en que lo fijó y nadie ni nada podrá ya verse libre de su influencia en El Toboso por los siglos de los siglos.

Al visitante propicio hay que considerarlo inmerso en el propio caudal pero aún el más indemne deberá contar con esa conformidad, con ese acatamiento o más bien identificación con la fatalidad del destino o desgracia de la vida y reconocer y confesar que aquellos sueños, como los demás, fueron reales, realísimos, mientras se tuvieron y que al no despertar de ellos deberán tener efectividad para siempre jamás.

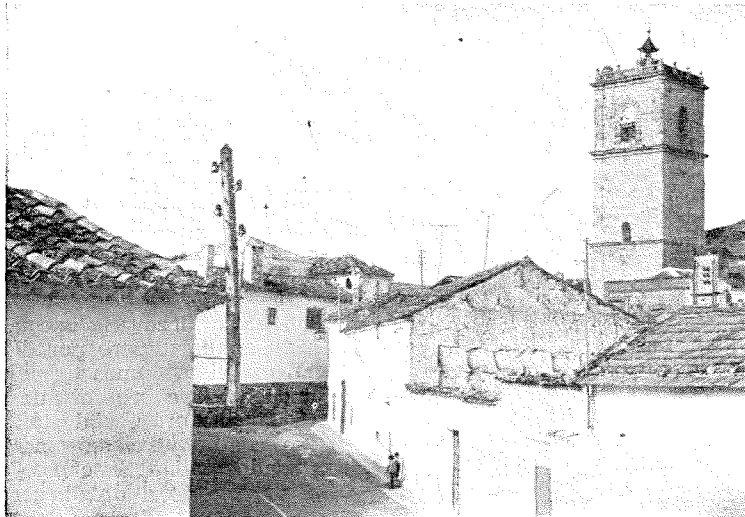


Esta es la plaza y la iglesia con que dio el Caballero, pero por detrás, que tiene una vista menos despejada y se la encuentra de pronto, que es la razón de la sorpresa y de la expresión al ver la alta torre, «con la iglesia hemos dado, amigo Sancho», pues aquí está todo claro y al detallé según fue.

Ningún escéptico debería ir al Toboso aunque pueda, como no debe ir al templo ningún incrédulo. El Toboso es el templo del quijotismo donde se venera la ilusión del caballero, ante la que hay que destocarse con respeto y orar. Ir al Toboso a descubrir los desconchones de los tapias o las puertas desvencijadas es como sacarle el serrín al muñeco dudando de su autenticidad, una mala acción, porque se sabe que el santo es de palo pero también se sabe que responde a una vida de santidad, de virtudes y sacrificios sin cuento que obran el bien, que dan vida porque consuelan, ilusionan y confortan con su ejemplaridad.

Todo El Toboso está traspasado de esa quimera que se hace más perceptible paseándole de noche y sería una pena que algún día se rompiera el misterio y se acabara el culto por falta de sacerdotes que oficien en ese altar y el templo abandonado se viniera abajo dejando un montón de escombros en su lugar.

El Toboso es un mito, pero no, no lo es, es que lo parece. Y no lo es porque aquí está la realidad palpable, la callejuela sin salida, el arco, el palacio tal cual se describe, la princesa encantada, la iglesia y el itinerario completo que recorrió soñando el hidalgo enamorado. No falta nada y Dios quiera que el mundo comprenda y se beneficie de la buena fe y el amor santo de los continuadores de tan singular aventura.



Esta es la calle, ahora sin pedruscos ni barrancos, que baja directamente a la casa de Dulcinea.

El palo de la luz que hay en la esquina próxima está frente por frente a la puerta del palacio, porque palacio era y es y debe reconocerse aunque aquí no se vea porque esa es la fe, y Cervantes no hizo más que describir lo que estaba viendo, sin invenciones de ninguna clase. Eso y lo demás del camino seguido por el Caballero están allí punto por punto. Y siguiendo esa acera de la izquierda se entra en la callejuela sin salida que deja el astial del palacio para salir al atrio del convento donde el monumento a Sanchiz preside un jardín monacal concebido por el amor filial de don Jaime, temeroso de que algún equivocado pueda despertar a los que duermen o desencantar a la princesa que él custodia para dicha de los soñadores, porque ¿qué mejor puede desearse a nadie que pueda soñar?

Las informaciones para estos trabajos fallan muchas veces o no llegan a tiempo o en lugar de aclarar oscurecen los problemas. En el trabajo de la alfarería debían haber figurado las jarras de Ocaña y las tinajas del Toboso, pero no hubo suertecilla, a sabiendas de aquella exclamación de don Quijote: «¡Oh, tobosescas tinajas que me habéis traído a la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!».

Los diccionarios dicen que El Toboso es el pueblo de más fama tinajera en la antigüedad y que esta fama arranca, por lo menos, de los moriscos de la Alpujarra, quienes a raíz del levantamiento de 1.569 se internaron en Castilla y se acercaron en El Toboso, cuya población solo se componía entonces, según las relaciones topográficas de Tomás López, de cristianos viejos.

No es menester decir la importancia que entrañan todas estas afirmaciones y el trabajo que con ellas le queda a la investigación manchega si quiere puntualizarlas, que bien lo merecería por muchas y fundamentales razones, empezando por la de saber nuestro propio origen.

Otra afirmación es la de que los vecinos de El Toboso poblaron Quintanar de la Orden y Pedro Muñoz.

Y algo puede haber de esto, porque se cuenta que mucho después, a mediados del siglo XIX, uno del Toboso llamado Alvarez de Reboy, mandó arar el lugar donde está la plaza porque no le pagaban la renta, luego se sentía propietario de ella.

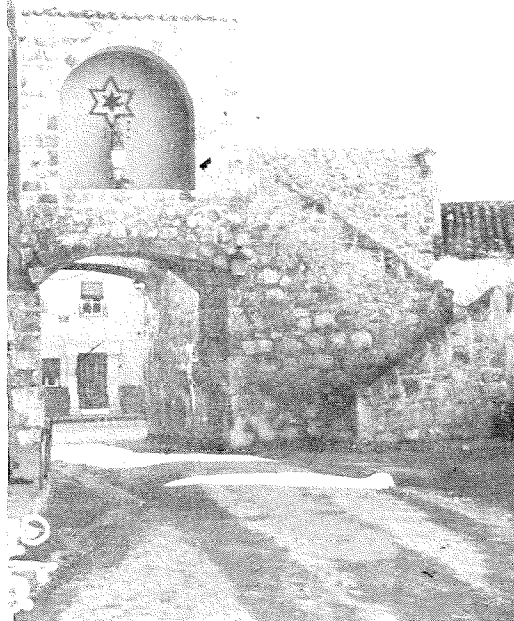
Volviendo a las tinajas, según las noticias recogidas al hacer el trabajo de la alfarería, la industria tobosina fue anulada por la de Villarrobledo, como lo fue también la de El Colmenar cuyos alfareros trabajaron en Villarrobledo después. Las cualidades de unos y otros trabajos, dentro de ser todas oblongas, sencillas y sin labor alguna, hacen verosímil este aserto y un dato a su favor lo es el tobosino y punzante andarandillo de que «si El Toboso se muere sin heredero, por derecho le toca a Villarrobledo».

B E L M O N T E

Por las calles viejas del Toboso circula la ilusión que es esperanza y las piedras tienen indicios de cuido que es vida.

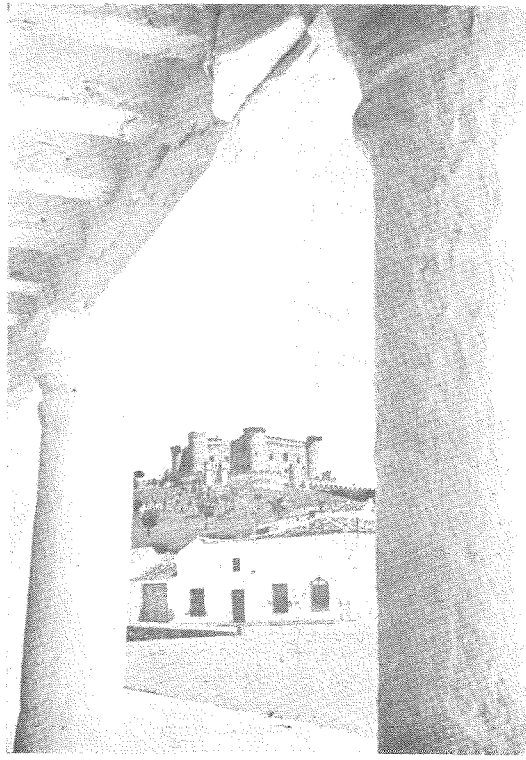
En Belmonte todo es pasado, quietud, sepulcros orlados de emblemas heráldicos evocadores de glorias fenecidas que el tiempo y el verdín van desintegrando poco a poco.

Belmonte, edificado en las chozas pastoriles del bello monte, tiene ya en su nombre toda la justificación de su existencia, su prosperidad y su decadencia, su pujanza y su debilidad, su gloria y su ocaso, demasiado ligado a la genialidad personal para su permanencia y continuidad. Belmonte es su castillo. Su castillo es Juan Pacheco, muerto el perro se acabó la rabia... aunque por cierto tiempo perduren las huellas de su agitación y para sobrevivirles sería menester idear otro sistema de vida diferente al histórico que quedaría muy bien a su lado como monumento.



Estas son dos de las pucrtas por las que se entra en Belmonte yendo desde Alcázar. Están labradas en la antigua muralla y como todo lo de Belmonte son prueba perdurable del carácter del que lo hizo, soberbio, ambicioso y excluyente, imprevisor, de los de detrás de mí el diluvio, por lo cual la vida de su pueblo se va extinguiendo como las ruinas de su dominación.





Esta vista difiere de la habitual del castillo visto desde la carretera. Está tomada desde los portales de la plaza del Pilar, entre dos columnas con el yeso desprendido de la viga de madera y las casejas típicas al pie de la fortaleza, contraste de la soberbia y la humildad, cumplimiento fiel de una virtud teologal triunfante. Es grandiosa la fortaleza pero las casejas no lo son menos en su sencillez.

Y su castillo retrata al hombre o tal vez a su época, que no es propiamente fortaleza, porque acaso no fuera tan necesario como en tiempos anteriores, sino más bien palacio, residencia señorial más que parapeto, lo que implica menos atención a la defensa y más a las fastuosidades, a las ambiciones desaforadas y a las intrigas audaces. Todavía son más apreciables en él los motivos ornamentales que los guerreros, destacándose los magníficos artesonados y la extraordinaria labra en piedra de sus ventanales, tal vez únicos.

Es muy interesante conocer la obra pero lo sería mucho más conocer al hombre que la realizó y tal vez en la comarca no haya un motivo de trabajo más trascendente que reconstruir la vida y la obra del Marqués de Villena, dados la magnitud del Marquesado y la preponderancia que tuvo en la vida de nuestra comarca y en el gobierno de la nación como continuador de don Alvaro de Luna en la privanza Real. Su poder en la comarca era absoluto como dueño de casi todo el territorio y gran parte del de Albacete, Murcia y Alicante con todos sus castillos cuya potencia queda demostrada solo con citar algunos de sus nombres: Villena, Chinchilla, Alarcón, Iniesta, San Clemente, Almansa,

Villarrobledo, La Roda, Hellín, Albacete, Jumilla, Sax, Utiel, Jorquera, Bogarra, Vélez Rubio y Vélez Blanco, etc.

Teniendo en cuenta que era el favorito del Rey y Gran Maestre de Santiago, que su hermano —Girón— el que murió inesperadamente en Villarrubia, era el Maestre de Calatrava y aspirante a la mano de la infanta Isabel (luego Isabel la Católica), se puede calcular su poder sobre nuestra tierra en la que apenas quedó hueco para el condado de Haro que tampoco era manco y no extrañara que se las tuviera tiesas con el Rey e incluso hiciera armas contra él.

Las cualidades que se le atribuyen no son muy laudables, pues cuentan las historias que aunque indolente en la apariencia —por algo haría tan buenas migas con el Rey desde niños— era muy activo e inteligente para ejecutar sus planes, pero poco apreciable por su carácter artero y vengativo, que ocultaba en una dulzura ficticia.

Es digna esta figura de un estudio biográfico-biológico, ya que sus ramificaciones nos llevarían a un conocimiento fundamental, claro y lógico del desenvolvimiento posterior de la vida en nuestro terreno, cuya casa matriz sería ese palacio fortaleza de Belmonte que aunque muerto, todavía nos deja ver desde sus almenas las dulces florestas que le rodean y las extensas manchas de pinar que resistieron a los persistentes carbones de otrora.

Ensombrecida por la soberbia mole del castillo y de su mismo origen, guarda Belmonte la joya de su colegiata y todavía más en la penumbra lo que merecería un primer lugar, el nacimiento, la vida y la obra de Fray Luis de León.

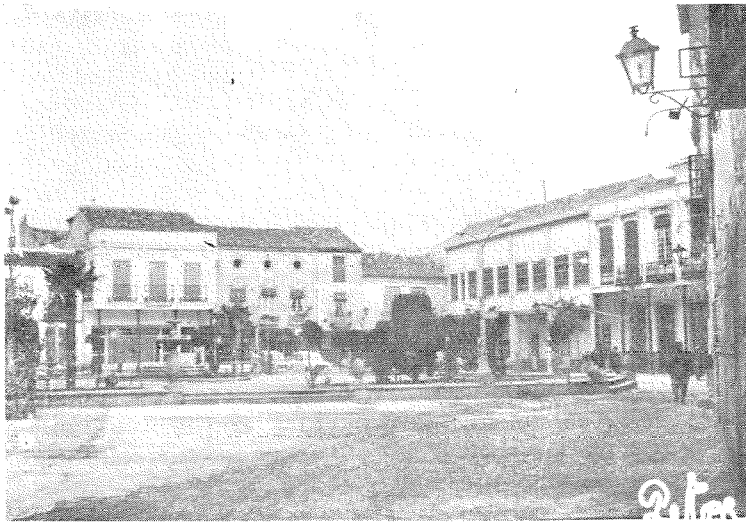
Y como donde hubo siempre queda, en la actualidad se ocupan allí con fervor de la investigación don José Antonio Fernández Zarco y don Luis Andújar Ortega, de cuyo entusiasmo hay que esperar la aclaración de muchas dudas históricas.

De la Plaza, como motivo de este trabajo, solo puede decirse que los portales que son complemento y sombra de las ciudades españolas y Belmonte es español en alto grado, se tabicaron para convertirlos en habitaciones y que los capiteles de las columnas asoman su osamenta por entre la mampostería condolidos de tamaña decisión.

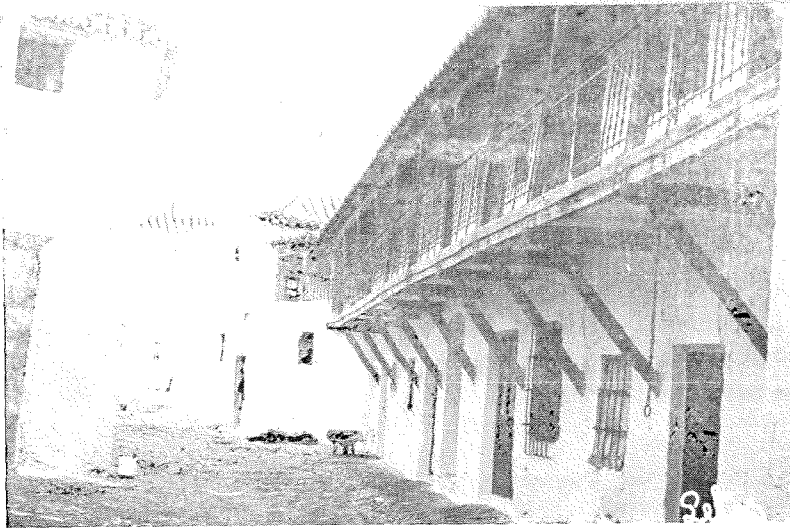


La entrada a la plaza de Herencia desde la calle de la Zanja

Bajo este pasadizo que sirve de mirador actual del salón del casino, se entra en la plaza de Herencia cuyo columnaje de hierro acredita su modernidad. Está al pie del camino que comunica la cabeza del Priorato y el Condado de Villena con el paso general de Andalucía por las



La plaza vista por el lado opuesto desde la esquina de la iglesia.

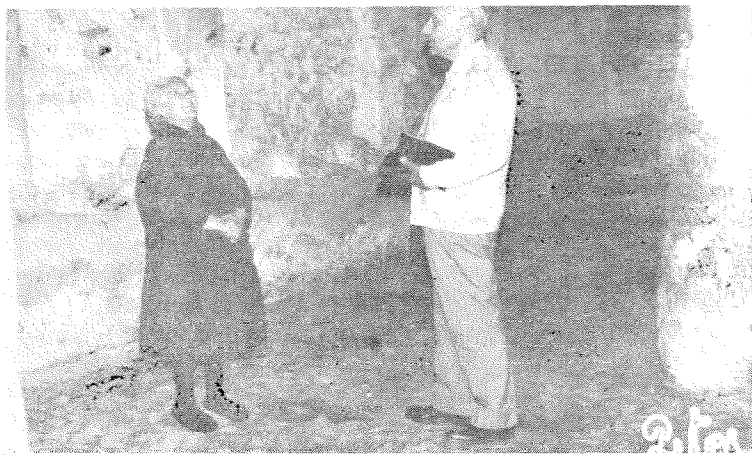


Este es el patio de la posada de la Dolores y su magnífico corredor sostenido firmemente hace siglos por esa larga fila de palomillas que no bajan de diez y lo conservan vivo y funcionando como antaño. La carretilla de la basura a continuación, la cuadra y el pozo, todo al hilo y a la mano. Y sobre ese todo el ánimo de la Dolores, bien dispuesto y a prueba de los temporales y las ventiscas de todos los aires y aún de los tiempos de quietud que no son siempre los mejores.

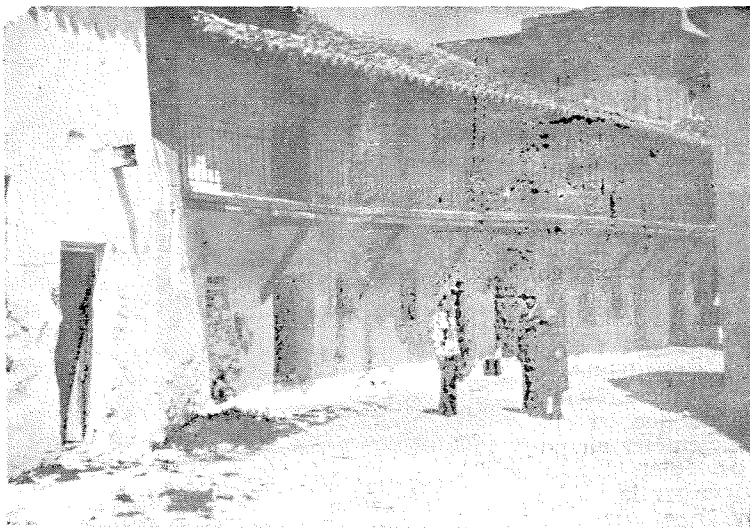
Ventas del Puerto Lápiche y tenía a su izquierda y a su derecha las posadas necesarias para el tránsito de los trajinantes. De las de la izquierda perdura el nombre arcaico de la calle de Mesones y de la derecha se conserva la posada misma llamada del Sol por su buena orientación en la espléndida plaza de su nombre y que vive gracias al cuidado y a la tenacidad de la Lolilla de la posada —Dolores González López— mujer firme y clarividente, que merecería un apoyo generoso aunque no fuera más que por la conservación de este monumento tradicional.

El herenciano ha entrado y salido siempre mucho, le ha tirado el camino. La existencia de tantas posadas, la convivencia en ellas y la necesidad de sacar los productos de su buena tierra, tal vez le cambiaran el espíritu, porque no se conformó con abrir posadas en su caserío sino que se salió al Puerto y cuando éste, antes de constituirse en villa, hace siglo y medio escaso, se conocía con el nombre de Ventas del Puerto Lápiche, las de este lado del camino eran de herencianos y las de enfrente de vecinos de Arenas, con el altercado permanente que obligó a eliminar ambas jurisdicciones y constituir la nueva del Puerto con una responsabilidad común. En la relación del Puerto se hará mención de algunas de las ventas que se ha conseguido averiguar.

La plaza, como se ve, sin la regularidad ni la magnificencia de la de Daimiel, tiene su misma armadura, con el Ayuntamiento y las posadas fuera, con la iglesia fuerte y rústica en su recinto que queda al fondo de la fotografía.



La Lolilla de la posada mostrando las telarañas de la cuadra, que son muchas menos de las de cualquier otra particular, y las largas filas de pesebres que se conservan íntegros, alisados y brillantes de anteriores roces continuos de los cuellos y pechos de las caballerías. A la derecha una de las gruesas columnas que sostienen la techumbre en su parte media. Detrás de ella hay otra fila de pesebres de la misma longitud. Nada amenaza ruina, todo está firme como el temple de su dueña, solo conturbado por los cambios de los tiempos y los desengaños de la vida que todo lo arrollan, sin considerar merecimientos ni consecuencias.



La Dolores, rebotante de satisfacción, enseña su magnífica posada a unos ingleses del Albaicín.

LAS VENTAS DEL PUERTO LAPICHE

Famoso lugar que no por mera casualidad inmortalizó Cervantes, sino porque ya en su tiempo y mucho antes era nombrado y considerado como de la misma traza y aire fantásticos que encarnaba don Quijote, pues es un puerto al que no hay que subir, que se cruza andando y al que sin embargo se alude ponderando su grandeza como si de gigantesca montaña se tratara o de la fermosura misma de alguna sin par serranía, siendo las últimas estribaciones de los Montes de Toledo que se extinguen en suaves ondulaciones del terreno. Verdad es que en el paso general es el primer puerto desde Guadarrama y que se llega a él con apetencias de yantar y dormir antes de saltar a las Ventas de Cárdenas en Despeñaperros y el buen hambre colorea los manjares y los hace apetecibles, considerando princesas a las maritornes del servicio.

Divisar el Puerto o estar en él es columbrar la cocina abastecida y el jergón clemente en los que reponer las gastadas fuerzas y era natural que allí donde el viandante sentía esas necesidades o podía temer la presencia del salteador, se le ofreciera la venta protectora y el previsor ventero que le amparase y viviera, a su vez, de lo que el camino daba.

La apreciación de esas posibilidades indujo a los vecinos más próximos, aunque no inmediatos ni mucho menos, de Herencia y Arenas de

Posada del Rincón en el Puerto Lá-
pice.

La fotografía está hecha en el buen tiempo pero por la mañana, por lo que se nota la umbría y faltan en el patio la hermana villartera y las demás vecinas repasando la ropa y devanando la madeja de la vida. Sin embargo, es ella la que habla en el zaguán, pagándole el recibo al hombre de la luz.

Solo la crujía de la calle conserva su carácter, lo demás está dividido y transformado. El farol, que pretende ser de época, olvidando que en ella no los pudo haber, desentona un poco aunque sea de los mejor elegidos y neutralizado en parte por la piedra de sentarse que hay en el suelo. El piso, las paredes, el pozo, la escalera, etc., todo está de su monte y muy atractivo rememorando el pasado del mesón.



San Juan, a situar sus viviendas en los respectivos lados de la carretera y aunque no es fácil determinar ahora cuántos y cuáles fueron, si pueden ponerse de manifiesto los vestigios encontrados que nos den idea de esta realidad.

Como muestra de lo que fueron estas posadas, quedan, aunque divididas en viviendas, la de la Dorotea, mencionada por Azorín en su RUTA DE DON QUIJOTE como de Mascaraque, que era su marido y queda también la muy típica del Rincón en el fondo de la plaza actual, ambas de cara a la carretera en el lado de Arenas y la de la Dorotea lo que se dice encima, con la cuneta por medio, motivo de peligros y desgracias reales con el tráfico de hoy. Entrar en ellas es sentirse todavía en los tiempos de Maricastaña y percibir el calor de la buena acogida de los posaderos que no ha desaparecido de su ambiente.

En el Archivo Histórico Provincial que regenta tan eficazmente doña Isabel Pérez de Valera, hemos podido ver que el vecino de Arenas Alfonso Cantero tenía dos partes de cinco en una venta del Puerto Lápiche, que medía de frente 30 varas y de fondo 62. Su habitación era baja y por alto cámaras, lindando al oeste, sur y norte con el Camino Real de Madrid y al poniente Diego Mayoral. Palomar en dicha venta con 900 pares de palomas. Este Diego Mayoral tenía a su vez una casa en el Puerto con 11 varas de frente y tres y media de fondo, habitación en bajo y por arriba cámaras, que lindaba al oeste con la posada de Cantero y al sur el camino de Villarrubia y al norte Crisóstomo Hornados. Y una quinta parte del Mesón del Puerto Lápiche que llaman de María Moreno, del que corresponden las cuatro partes restantes a Alfonso Cantero, mesonero de Arenas de San Juan. Naranjo, vecino de Herencia, cuya relación y confrontación consta en la relación de Alfonso Cantero. Está arrendada en 1.900 reales de vellón.

No puede haber dudas de la existencia de Ventas y venteros arenenses y herencianos en el Puerto, pero hay más.

El vecino de Arenas Lázaro Bordado, tenía allí una casa con quince varas de frente y 8 de fondo, habitación baja y por alto cámaras, que lindaba al oeste con el camino Real que va a Toledo. Al sur Alfonso Cantero y al poniente el camino que va a Arenas y al norte dos caminos.

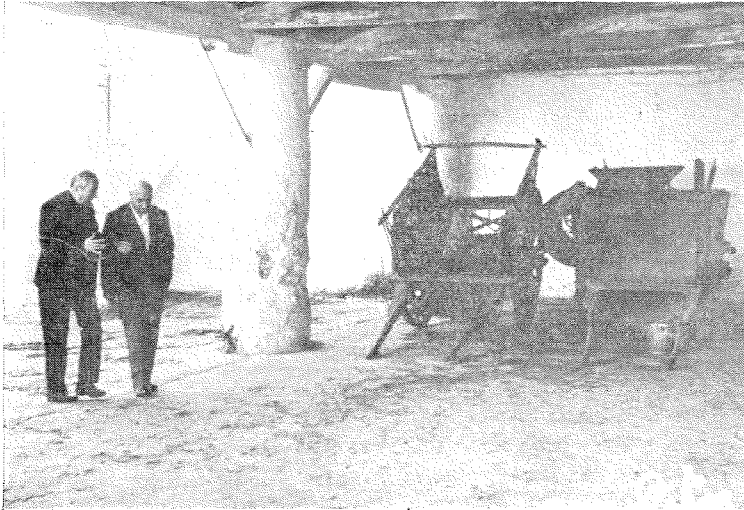
Varios vecinos de Herencia tenían casa en el Puerto Lápiche, legua y media y en las confrontaciones de uno dice que su casa tiene cuatro varas de frente y cuatro de fondo, luego era una quintería y lindaba al oeste con su hacienda, al sur el ejido y al poniente y norte con María Morcno, que era el nombre de la posada.

El cabildo eclesiástico de Herencia tenía otra venta allí, con 30 varas de frente y 41 de fondo, que se componía de habitación baja, cuadra, pajar y cámaras, lindando al oeste con el camino Real de esta hacienda, poniente y norte Alfonso Cantero.

Era ventero Alfonso Carretero, de 65 años y su mujer Teresa Gallego, de 55, con ocho hijos entre 28 y 12 años y dos mayores.

Cuando hablan de las quinterías las describen como de habitación baja con pozo y pila que sirve para el resguardo de los quinteros.

De Alcázar había por allí algunos vecinos muy calificados, tales co-



He aquí el patio y el porche de la posada de Higinio Mascaraque conocida luego por la de la Dorotea, su mujer.

Don César G. Calcerrada se dispone a mostrar la habitación donde se alojó Azorín cuando hizo la ruta de don Quijote, ahora dormitorio de los nuevos vecinos.

Aunque Azorín llama cuchitril a la habitación que ocupó, no lo era tanto, que hoy mismo es capaz para dos camas grandes de las altas y queda terreno para rodear holgadamente. Lo diminuto de la habitación es la entrada como en todas las de aquellos patios, pero no la habitación, por lo general espaciosas. El cuarto sigue sin ventanas porque eso es lo propio de aquellas construcciones, ventiladas e iluminadas por la puerta, a su vez protegida por una galería por necesidad de ampararla del frío y del calor. La que ocupó Azorín está en el testero del porche de la posada, como presidiéndole, lo que quiere decir que Higinio se esmeró en la elección. Este porche es ancho, hasta el punto de cubrir la mitad del patio de la posada, resguardando mucho las habitaciones que dan a él.

Le vino de perilla tener frente por frente al médico don José Antonio que había de acompañarle y allí siguen posada y casa, ocupada ésta por el nieto pequeño de Rosado, los techos tal vez un poco bajos como se necesitaba entonces y se vuelve a estilar ahora.

Azorín echa de ver que el Puerto se había ido formando lentamente, al amparo del tráfico continuo, alimentado por el ir y venir sin cesar de viandantes y le choca que las casas sean altas y bajas, que entren, que salgan, que formen recodos, esquinazos y rincones, pero eso es también lo propio de haberse hecho poco a poco, en el campo, según convenía a la tierra donde se construía y a los serpenteos del camino.

mo los Aguilera —Fernando y Francisco— origen de la fortuna de la familia de don Joaquín, Párraga, el de la casa de Bonifacio, Diego Gue-

rrero, Francisco Marchante, etc., ninguno de los cuales hay indicios que pudieran tener ventas en el Puerto y menos regentadas por ellos mismos.

Por lo que se ha conocido y por ser incompatible su función con la canjez se imagina uno siempre al ventero ancho de pecho y despechugado, abierto de brazos, buchón, de faz rubicunda y sonriente, vendiendo salud y confianza, con aquel alma y aquella manga que eran menester para estar en el zaguán de una venta recibiendo caminantes, allanándolo todo y conciliando la asperidad con la suavidad.

¿Comprende nadie ahora lo que sería divisar el grupo de ventas en el campo abierto, al final del camino interminable, a la entrada del Puerto, con la noche como cortina por detrás de la sierra? Qué grata esperanza tan anhelosamente acariciada, sacando fuerzas de flaqueza para acogerse a su amparo.

La nombradía del Puerto no es infundada. Su sierra será corta y de poca alzada pero su grandeza en la consideración del caminante es desmesurada porque está medida por la necesidad y el ansia de alcanzarlo ante la noche tenebrosa, el desatado vendaval o la cansera insuperable, fenómenos todos que inducen al arrebatado enloquecedor o a la alucinación quijotesca que todo lo agiganta y deforma.

La venta actual del Puerto fue conocida con el nombre de los Trapenses, frecuentada preferentemente por los arrieros.

La casa de Postas estaba enfrente, en la casa antigua de la familia Rosado en la que quedan huellas de su misión anterior. La casa del médico Alarcón es la que ocupa ahora Rosado el pequeño. Más abajo, cerca de la entrada desde Herencia, está la casa de los camineros que fue del portazgo y todavía tiene en su fachada y en la que le corresponde en la acera opuesta, las argollas de enganchar la cadena que impedía el paso por el camino hasta pagar, el portazgo que era como una barrera del tren y las que ahora se utilizan en ciertos parajes para abonar los derechos de peaje, sin que ahora falten mozas del partido ni casas de farolillos encarnados que echan el alto.

TOMELLOSO



Me place incluir aquí, por si les sirve para algo a los futuros investigadores de la historia de Tomelloso, la nota curiosa que he tenido la suerte de encontrar en el archivo de Ciudad Real.

Hela aquí:

21—3—1848. Joaquín Martínez, por poder de Julián Bustamante, vecino de Toledo y administrador de Capellanías que posee su hijo don Jerónimo, fundada en la Parroquia de San Lorenzo de dicha ciudad, da en arrendamiento a Vicente Rublas, vecino de Tomelloso, una casa posada sita en la Plaza pública de dicha villa, la cual es perteneciente a dicha capellanía y se la arrienda por cuatro años que se contarán desde San Juan de Junio inmediato hasta otro igual día de 1852. Canon anual 2.300 reales que se han de satisfacer por tercios anticipados.

El Tomelloso tiene en su plaza, inmensa y llana como su casco, este esquinazo de la posada, evocador de su pasado y algunas calles de sonoridad legendaria, tales como la de Doña Crisanta, Don Víctor, Don Sergio y otras, específicas y populares, como la de la Feria y la de la Estación. El primero se refiere a la bienhechora doña Crisanta Moreno que hizo el asilo dotándolo con treinta camas, pero la calle es mucho más

expresiva con el nombre solo que con los aditamentos aclaratorios que quitarían singularidad al sentir de un pueblo. Doña Crisanta se pronuncia como nombre de gran dama que prestigia su lugar y en quien lo dice se perciben resonancias de aquel rango, orlado de dolor, de respeto y de gratitud.

Según las minuciosas notas que don Francisco García Pavón —digamos Paco para entendernos— nos ha dejado en su HISTORIA DE TOMELLOSO, el Ayuntamiento viejo tenía unos soportales que avanzaban



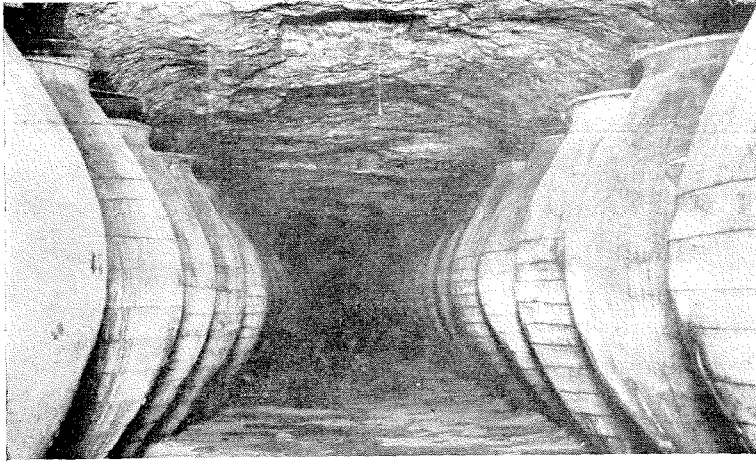
He aquí el *bombo* tomellosero, la habitación campesina única en el mundo, reveladora, con la cueva, de hasta qué punto insuperable puede el hombre servirse de su tierra y elevar su pueblo a un grado de prosperidad increíble a fuerza de aprovecharlo todo utilizando los elementos naturales.

El hombre y la mujer limpiaban su campo y con las lonchas recogidas se hacían la habitación a canto vano, segura, eficaz y suficiente donde consumían su vida sacando un capital, un familión y una salubridad a prueba de toda clase de miasmas.

¡Cuánto habrán trabajado los tomelloseros!

en la Plaza cuatro metros, correspondiendo una parte al Ayuntamiento y otra a la casa de la Tercia, como en la mayoría de nuestros pueblos y allí había una posada llamada muy adecuadamente del Rincón.

Fue una pena que no se conservaran y ampliaran aquellos soportales, porque si hay alguna plaza merecedora de ellos por el permanente



Cómo al hombre hay que juzgarle por sus obras, más por lo que hace que por lo que dice, véase esta otra prueba definitiva, la cueva justamente famosa, hecha a pico en el propio terreno y llena de tinajas de Villarrobledo de entre trescientas y cuatrocientas arrobas. Hay que reconocer que el terreno se presta, pero también que una tal bodega no se hace sola ni hay ningún otro medio de hacerla sin gastar más que la fuerza propia. El hombre picaba y la mujer sacaba la tierra de esa traza que se las ve en la fotografía siguiente.

y numeroso estacionamiento de sus hombres, esa es la de Tomelloso y es extraño que los alcaldes no hayan desviado la circulación rodada de ese paraje tan característico donde sus hombres, que la llenan a todas horas y parecen uniformados con indumentaria típica y entrañable, celebran a pic firme su asamblea permanente.

Todas las plazas suelen estar concurridas pero ninguna como ésta ni con igualdad tan regular y tan propia en la vestimenta que sería lástima cambiara con la locura de los tiempos.

A ésta Plaza le estorban las plantas y le afea cualquier obstáculo que le pongan, el mismo Ayuntamiento desentona en ella, como disuena que le llamen Palacio y no digamos la cristalería de enfrente. Lo suyo es ser inmensa, como lo es el pueblo, lisa y plana, con el único y singular adorno que le cuadra, el cañaveral nudoso de sus hombres ennoblecidos por el trabajo y los portales típicos y necesarios para que se amparen de las ventiscas o de la lluvia y no la abandonen nunca.

Todo en el Tomelloso ha de ser inmenso, el corralón es su sello dis-

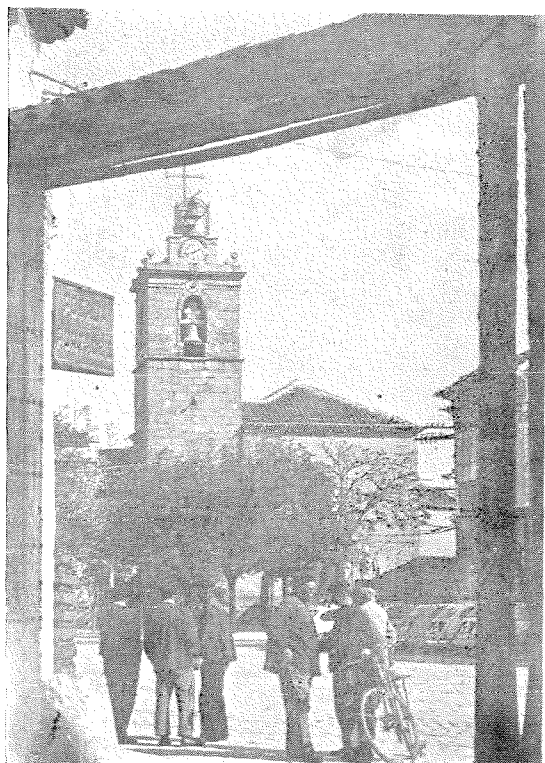
tintivo. Desde cualquier parte que lo tomeis os deja Tomelloso la sensación de los espacios dilatados y comprendéis la cachaza de sus moradores perdiendo de vista los horizontes, pues vosotros mismos os parais pensando que hay que tomarlo con calma para recorrerlos y que poco a poco se llega largo y se va más descansado. Esa necesidad cotidiana le ha dado al tomellosero uno de sus rasgos psicológicos fundamentales, factor esencial de su prosperidad, la constancia. En los demás pueblos se oye y se aprecia lo que influye la distancia en el valor de los predios. Para el tomellosero lo que implica es la posesión y la utilidad, pues él sabe que no se cansa de ir y venir y que se aposenta con su bombo en cualquier parte, razón por la que ha invadido todos los términos municipales que lindan con el suyo imprimiendo en la tierra el sello de su esfuerzo. La Plaza de Tomelloso llena de hombres da la impresión de esas concentraciones de aves migratorias en el momento siempre emocionante y arriesgado de emprender en masa el vuelo invernal, que forman corros y se dispersan y se rehacen continuamente comunicándose sus impresiones y deduciendo lo más conveniente, saliendo de la de todos, la opinión indudable o al menos la más segura.



El carrillo de madera que usan para subir las espuestas de tierra, es el mismo que usaban después en la vendimia para remostar, es decir, para subir el mosto a cubos y a brazo desde el pocillo a las tinajas, que eso hay que haberlo hecho para comprenderlo.

La vista de esa cueva, como la de cualquier otra, deja perplejo al observador. ¡Cuántos picazos hay en ese techo, en esas paredes y en ese suelo y cuántos trabajos hasta colocar esas filas de tinajas para que luego reventaran!

Tomelloso. (Ciudad Real)



Y ahora es el momento de ver que hombre era ese y rendirle el homenaje de este justo recuerdo viéndole en el tercer lugar, el de sus reuniones domingueras en la plaza de Tomelloso, ambas con la iglesia al fondo, la primera sin coches y con algunos tenderetes, pero sin hombres que es lo suyo y la segunda, tomada desde la posada de los portales cuya portada se marca en la fotografía, con coches y un detalle muy de la actualidad, que uno de los contertulios, que iría de paso, en lugar de apoyarse en la garrota mientras habla, lo hace en la bicicleta. ¿Quién lo había de pensar?



Esta fotografía de la plaza del Tomelloso fue publicada el año 1912, precisamente en los días de la muerte de Canalejas, que ya estaba yo en Madrid, aquei Madrid tan entrañable y cordial que me caló hasta la médula y me hizo pasar ingenuamente los momentos más decisivos de la vida. Y hasta mentira parece que ahora me atosigue y no lo pueda soportar. Fue aquel un momento tensional cuyas vibraciones no se han extinguido todavía porque la historia, tan clara y tan precisa siempre, no se teje con apresuramientos ni solo con los primeros hilos, sino despacio y con los que se le van incorporando formando fuerte trama y duradera.

Mi recuerdo de la plaza del Tomelloso, que me agradaría perpetuar en esta obra como ya lo están otros muchos puntos de la villa de Madrid, es de 10 o 12 años antes, llena de hombres, a la hora de la compra en los días de carnaval. No he podido encontrar hasta ahora su fotografía y me conformo de momento con publicar ésta que tampoco está mal y que debió hacerse un poco antes o después de la feria, pero cerca de ella: los caballitos, las sillas en las puertas del casino y las trazas de la gente así lo aparentan. Cuantos hay en ella son tomelloseros de una vez, de pies a cabeza, cuya calma se denota hasta en el aire que les rodea, reposados, pacienczudos, pero seguros en el arranque y firmes en su posición.

El sombrero era muy común entonces en todos nuestros pueblos y puedo decir que mi padre, gañán, lo llevó siempre, pero el tomellosero se distinguía por llevarlo tal como están en la tienda, enchufados unos en otros, con el ala redonda y las copas sacadas sin deformar, como los curas y los picadores pero blandas, con menos ala y el doble de copa que hacía más revolotuda la figura del tomellosero, ya de suyo orondo y cachazudo. Así se lo daban, así se lo encasquetaba y con la blusa larga le hacía parecer el doble de lo que era, sin que en ningún caso fuera menos de lo que parecía.

No está la plaza llena de hombres, pero los que hay son bien característicos

de su naturaleza y de su constitución, honor y orgullo de su tierra que me complazco en proclamar y que serán una pieza fundamental, como la de las campesinas, en el estudio antropológico y etnográfico de nuestra demarcación, pues por algo Tomelloso fue aldea de Socuéllamos y barrio de Criptana, con todos los inconvenientes y las ventajas de las relaciones familiares, las aproximaciones y los distanciamientos y la seguridad de las genealogías indudables, más o menos desfiguradas por el medio ambiente.

El periódico en que se publicó la fotografía le puso la siguiente explicación: «Vista parcial de la plaza del Tomelloso, importante población para la que se construye actualmente el ferrocarril de Argamasilla de Alba».

¿Se podrá extrañar nadie que los que queden de aquellos hombres vean indiferentes de correr el mundo? Esa es la vida y el desengaño, la razón del escepticismo de los viejos y del choque con los nuevos.

ARGAMASILLA DE ALBA

Toda la vida de Argamasilla está impregnada de espíritu andante, de lo que puede ser o no ser, que en realidad es su razón de ser, del agua que viene o que se pierde, que se desvía o se estanca y la reverdece o la arrasa. La zozobra, la duda, la inseguridad.

Las fantasías criptanenses de los hermanos Gómez, trasplantadas allí y agarradas con el bueno de Carlos, que entre el cubileteo del botamen preparó la fórmula magistral de la academia renaciente, que acepta y respeta Azorín como supremo don o superior sabiduría y los arpegios, fugas y corcheas con que estos grandes hombres, Carlos en Argamasilla, José María en Alcázar y Bernardo en Criptana, cuna y raíz de todos ellos, mantuvieron acordes las aficiones líricas de la comarca, impregnando sus acuerdos, sus pensamientos y sus aspiraciones con el matiz del gusto artístico y de la ilusión.

Desde la sierra del Campo vería don Carlos la llanura inmensa a donde van sus aguas y siguiendo la corriente que no corre se estancó con ellas entre la arboleda harto de caminar por el llano enloquecedor que se pierde de vista con un piso pedregoso y reseco que abrasa las plantas. Esta es La Mancha de las Cinco Casas y de las Tres Casas a partir de Argamasilla, culillo de mal asiento que por fin se sentó en el Lugar Nuevo encontrando su mejor sitio después de varios intentos malogrados en el curso de los tiempos, la cabecera de la tierra llana, tan llana que si la lluvia no se embebiera sería un gran lago que se perdería de vista, como lo son de todas maneras varias zonas pantanosas de los ríos sin corriente que hicieron insalubres los poblados de tan ex-

tenza demarcación, entre ellos Argamasilla que tuvo ese azote, compartido con el privilegio de sus arboledas y el del mito literario que le dió universal y permanente celebridad. Toda La Mancha disfruta de ese supremo galardón de la fama universal y los puntos expresamente citados en el Quijote son motivo de especial atención para los lectores del mundo entero que los desearían ver y los buscan cuando vienen como cosa cierta, notable y admirable. Es aquí, es entre nosotros donde el escepticismo y la indiferencia dejan correr la duda o la insinúan y nada se vé claro ni se afianza en la certidumbre, bastando que en otros sitios se aventure cualquier idea para que al momento adquiera más valor que las nuestras y se niegue que Cervantes sea de Alcázar, que estuviera en Argamasilla o que pasara por el Puerto, cuando es el paso natural porque no se iba a ir por los cerros de Ubeda.

Verdad es que si todo ha de ser mito o espíritu puro, Alcázar por ejemplo, para no buscar la paja en el ojo ajeno, no tiene a la vista, salvo las estatuas recientes, la abundancia de detalles que serían menester para demostrar y fomentar la creencia y la satisfacción del sentir cervantista de la población y que además de atraer a los admiradores de la sin par obra, se fueran convencidos de que el sentimiento reinante habría de ser por algo y que ese algo es la obra misma que suple los papeles que puedan existir en legajos que hasta hoy no se ha tenido la suerte de encontrar, pero si las costumbres son leyes, las tradiciones son historia, en tanto que los hechos irrefutables no demuestren lo contrario y hasta ahora, la realidad palmaria es que La Mancha es La Mancha, que nativos son todos los personajes del Quijote y que su autor, al que se le ve correr por la sangre el mancheguismo, adquirió doble carta de naturaleza al escribirlo. Y nadie puede estimar como despropósito ni negarle su derecho a ostentar los títulos de cuna de Cervantes y de sus personajes a ninguno de los puntos citados y menos a aquel del que no quiso acordarse, dando a entender que le dolía demasiado y que por sabido se callaba.

Beño cita en su interesante trabajo sobre Argamasilla el reflujo de moriscos habido desde las Alpujarras y la importancia que tuvo su presencia para los cultivos de aquel campo, manifiestos sobre todo en el quebranto sobrevenido con su expulsión. También en El Toboso se encuentra esa insinuación y no es menester ponderar la importancia biológica y antropológica que tendría el estudio de la influencia morisca y judía en nuestra comarca, a las cuales se alude más o menos explícitamente en varios puntos de este trabajo sobre las plazas y que es manifiesta todavía entre los pobladores de cada zona. Eso si que no sería convertir el mito en historia, sino hacer historia genuina y empezar la casa por los cimientos.

En relación con el tema de las plazas, hay que decir que Argamasilla —Lugar Nuevo— no tiene plaza. Trabajo cuesta decirlo, pero así es.

A fuerza de andar con el petate al hombro, sin puesto fijo, hizo posada donde se le terció, cosa muy propia de un lugar imaginativo que le basta con figurarse las cosas y ahora se hace un Ayuntamiento moderno que vendrá a quedar dentro de un gran anchurón, con la Glorieta de cara y detrás otras placetas que con las de delante forman una serie escalonada de compartimientos que son como otras Lagunas de Ruidera dentro de la urbe y que terminan en el barranco de la plaza, gran vado de otros tiempos donde se bañaban las mulas y sobre el cual se edificó el casino y el mercado.

Un poco a trasmano del rosario de placetas, apartada del ruido como corresponde a su función pero en el mismo cogollo, está la botica immortalizada por Azorín, en cuya trastienda, como en tantas otras, se elaboraban, según arte, magistrales fórmulas para todos los males, físicos o morales, y el señor Licenciado don Carlos Gómez dio aquí con la de mayor necesidad reestructurando la academia donde se repasan, perfilan y ahilan todas las cuestiones candentes de la villa y de más allá, velando por las tradiciones, la pureza de las intenciones y el sentido estricto de las partes de la oración.

La academia tomó cuerpo y sus doctrinas se impregnaron hasta en los anaqueles, de tal forma que el sucesor Cuevas no ha podido ni tocarlos por temor a profanarlos y sobre todo a provocar una insubordinación del espíritu académico que no es que yazga sino que se conserva vigilante en los botes traspuestos a las cajas de supositorios que no harían poco de sonreír a los señores académicos, cuya respetable integridad se sentiría abochornada ante la sola presencia de tan repugnantes adminículos, cuanto ni más si se les hablare de aplicárselos.

En cada sitio lo suyo y en Argamasilla, sin plaza, la academia en su mejor esquina de taberna, afeándole al Ayuntamiento con su limpia pobreza y modestia ejemplar la inconsecuencia de su modernidad.



La azoriniana botica de Argamasilla y al fondo la entrada de la rebotica donde los Sres. académicos celebraban sus reuniones

DOS PUEBLOS

Dos plazas, dos valles y la misma tradición, Tembleque y San Carlos del Valle, dos ermitas solitarias a la vista del camino, y dos peregrinos mendicantes que buscan posada para la noche y paz para su espíritu.

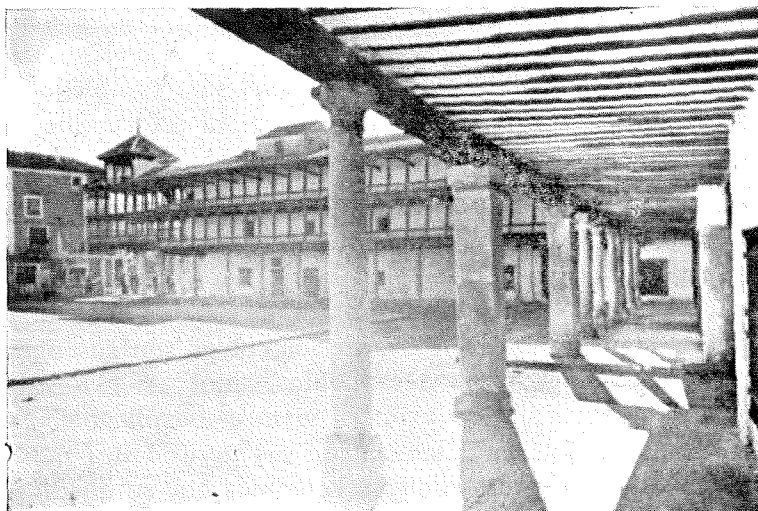
Sin entrar en detalles imposibles por el tiempo que nos llevaría su investigación ni puntualizaciones que no nos competen o precisiones innecesarias, es en cambio imprescindible señalar en esta correría la existencia de tan notables lugares de los cuales son sus plazas no solo núcleo vital como en los demás pueblos, sino casi razón única de su existencia, incomprensible a primera vista e inexplicable. Estas plazas son tan desmesuradas en relación con las necesidades públicas de su demarcación y tan monumentales y solemnes que se queda uno perplejo mirando al espacio inquiriendo la razón de tanta grandeza, pues por



La plaza de Tembleque es una plaza sorprendente, pero es más sorprendente todavía que no se hable de ella ni se la mencione en las obras que suelen manejarse en estos estudios, diccionarios geográficos, catastros, reorganizaciones territoriales, etc.

Extraña su construcción pero no extraña menos su finalidad, aunque se corrieran toros en ella como se corrían y corren en casi todas las de España.

Vista de la plaza tomada desde la esquina del Ayuntamiento. Al fondo se ve la torre de la iglesia, buena torre de piedra de sillería.



Esta galería de la plaza es la de las posadas y la bocacalle que limitan la 2.^a y 3.^a columnas, apreciable por el bordillo de la acera, es la del toril a la que hace esquina la posada del Tocinero mencionada en el texto.

Hasta en el embovedillado del suelo cuadro son evidentes los rehundimientos y el peligro que corre la conservación del monumento.

algo las harían. Ambas plazas tienen sus posadas proporcionadas a las plazas mismas, las de Tembleque, más numerosas y capaces —hasta cuarenta y tres dicen que había—, pero no de más antigüedad porque todo lo de nuestra comarca, empezando por los poblados mismos, arranca y sigue a la devastación árabe.

En Tembleque hemos tenido la suerte de visitar la posada grandiosa del Tocinero, que fue nada menos que de don Mariano Rico, el famoso y cascarrabias inspector de nuestra estación que se casó con la viuda de Boronat, gran noticia y gratisísimo hallarla para cualquier alcazareño de su época. Las hermanas Gallego de Lerma, sus dueñas actuales, que lo conservan todo amorosamente, hasta los números de las habitaciones de dormir, se hacen lenguas de lo bien que lo tenía don Mariano y de la esperanza que se marca en la sucesión para que se convierta en un verdadero monumento en las manos de su sobrino el conocido artista José de Lerma, que tiene aportaciones propias en el Artstextil o Celastextil y ha montado un interesante estudio con vistas al toril de la plaza.

Nadie puede dar razón cierta del por qué de la plaza ni del poblado

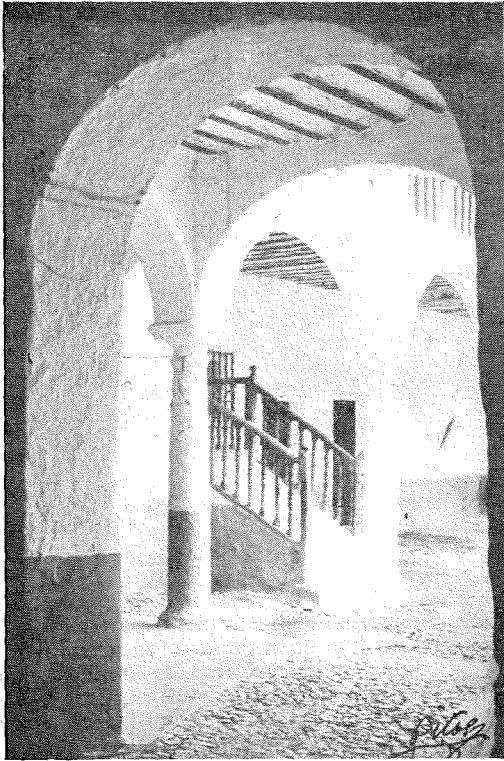


A este maravilloso templete, por debajo del cual se pasa de la plaza grande a la glorieta o viceversa, le llaman el Arco, ornamento principal de la plaza y tal vez único entre todas las de España.

mismo y su denominación, pero hay en cambio hechos ciertos y el primero es el estar en el camino Real y que se llamara Ventas del Tiembles, como las Ventas del Puerto Lápiche y las Ventas de Cárdenas. Y lo que perdura de las posadas en todos estos puntos acredita la razón de su existencia y de su crecimiento que lo fue el continuo transitar y la necesidad de disponer de recursos en el camino para sí y para sus carruajes y animales.

Sobre esa razón común las cosas variarían más o menos con arreglo a los emplazamientos y cualidades locales y Tembleque se formó en lo más hondo del valle que circundan los cerros que le rodean, por lo cual tiene un alto nivel de humedad y ha sufrido inundaciones de la importancia de la de Consuegra. A cambio de eso tenía grandes arboledas donde se ocultaban los salteadores a esperar las diligencias para saquearlas. Este hecho parece haber motivado que los caminantes no dejaran de temblar hasta pasar ese peligro que vino a dar nombre al pueblo y el evitarlo dió lugar a la corta de los árboles y a la construcción de la plaza con la abundancia de madera que se aprecia tanto en la plaza como en las demás edificaciones.

Son tradiciones que no constan en ninguna parte pero que tienen

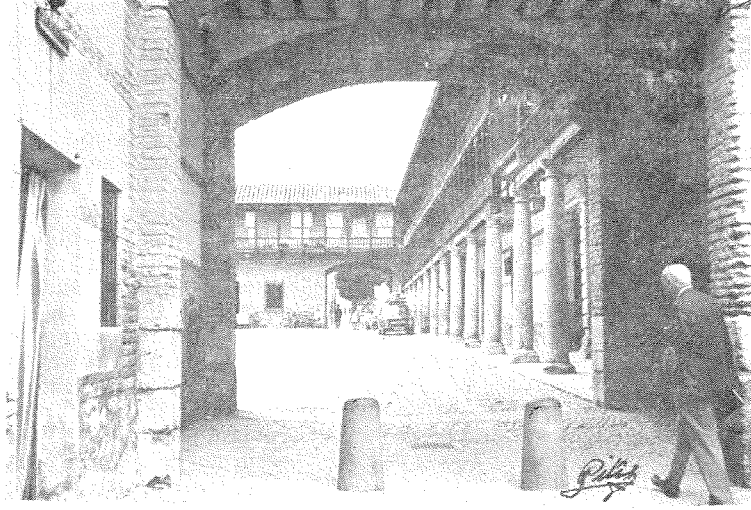


Entrada y escalera de la casa grande, posada de San Carlos del Valle que tiene marcada a fuego en la falleba de su portada la fecha del año 1704.

caracteres de verosimilitud, faltando por justificar la grandiosidad de la concepción y ese templete de madera de cuatro plantas que forma la entrada de la plaza y es por sí mismo todo un monumento que el médico don Juan Manuel García Suelto, esposo de la historiadora doña Maruja Barba, ha tenido la generosidad de regalar a su pueblo con la condición de que se conserve como lo admira todo el mundo.

La plaza de San Carlos del Valle forma un cuadrado regular cuyo único lado sin portales es el de la casa parroquial y la monumental ermita, todo en perfecto estado de conservación incluso la posada aunque esté habilitada para vivienda o tal vez por eso mismo. El corredor de frente a la iglesia con trece columnas en cada planta es magnífico y entre su terminación y el Ayuntamiento sale la hermosa calle, única, donde vivía el médico del Pasaje que vino a Alcázar desde allí, detalle curioso e ignorado que nos complace consignar.

La vista a distancia de la cúpula y torres de la iglesia causa admiración, pero el contemplar las fachadas, tan firmes, tan expresivas, tan completas y bien decoradas, hace pensar cuánta habrá sido la devoción



Vista longitudinal del lado derecho de la plaza. El arco primero pone en comunicación las dos plazas y el del fondo, labrado debajo del Ayuntamiento, comunica con la calle Real, paralela a la carretera. Las columnas limitan 12 huecos de 14 pies de longitud cada uno. La primera puerta de este espléndido corredor, visible entre las columnas más próximas, es la casa grande.

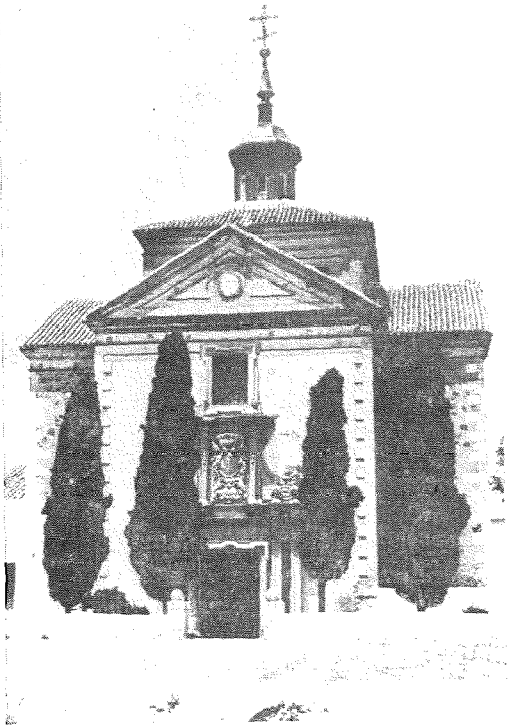
de las gentes para levantar ese templo y esa plaza en un lugar que no puede tener más objetivo que el de la fe por sí misma.

Los motivos decorativos del exterior de la iglesia son los mismos que la tradición señala como fundamento de la devoción que inspiran perpetuados en la piedra, hechos y portentos realizados por el Santísimo Cristo.

La parroquia está regentada paternalmente por don Patricio Martín Albo, bondadoso sacerdote solanero que estuvo aquí en Santa María cierto tiempo y conserva recuerdos de nuestro lugar.

Todo en la plaza de San Carlos está quieto, silencioso, inerte, a prueba de llamadas insistentes que nadie oye y os persuaden de la inutilidad de vuestra demanda y de vuestra prisa. Estais en un panteón con altar propio. Podeis orar si os place o cruzar de paso, nadie os importunará, solo el aire o el ruido de vuestros propios pasos os empujarán a seguir medrosamente vuestro camino.

Las aguas de la hondonada de Tembleque fluyen hacia la cuenca



En amplio recinto amurallado, en el valle del río Algodor, entre Tembleque, Turleque y Manzanique, se alza la ermita del Santo Cristo de la Palma, espaciosa y monumental, cuya fachada principal se ve en la fotografía.

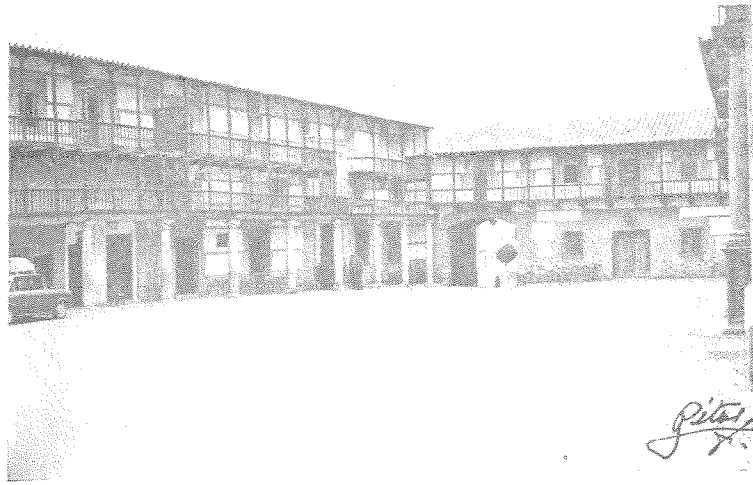
Está edificada sobre un silo, por lo que las pisadas suenan a hueco y se rehunde el piso, viéndose la entrada a la cueva, aunque lodada, por fuera de la muralla posterior.

El lienzo, de pintura rudimentaria, está acoplado en la otra cara de la pared, dentro de la iglesia, pero en una especie de galería posterior, más allá de la nave, con evidentes señales de estar construida sobre la cueva.

La abundancia de exvotos a la entrada, ofrecimientos y cabos de vela, hablan de la devoción que inspira la imagen y de los prodigios obrados en sus implorantes.

Los escudos del exterior señalan la de Carlos III como la época de su construcción coincidente también en ésta con la obra de San Carlos del Valle.

del río Algodor dando lugar a densos y amplios manchones de arbolado y a los pocos kilómetros, en lo más llano y despoblado del valle surge el otro santuario del Santo Cristo, edificado sobre un silo o cueva rehundido imposible de visitar. Sus tradiciones y portentos son similares a los de San Carlos, es decir, dos peregrinos cuyos nombres constan que a deshora de la noche piden asilo y se les concede. Piden un refrigerio y se les dice que no hay aceite. Insisten en que sí, invitan a que miren y hallan aceite quedando maravillados. No tienen con qué pagar la posada y dejan dibujada endeblemente con tizones una figura de Cristo que inmediatamente empieza a obrar milagros, pintura que se conserva indeleble después de infinitas vicisitudes y que se mira con respeto y temor por la multitud devota de ambos santuarios a causa de los escarmientos recibidos por los que la maltrataron.



Vista de la plaza de San Carlos del Valle tomada desde el ángulo de la casa parroquial.

Se entra en la plaza por los cuatro ángulos, en tres por arcos espaciosos y en el de la derecha de la iglesia que va a la placeta, por un callejoncillo entre las paredes de la plaza y del Ayuntamiento. La iglesia forma manzana con la casa del cura, ocupando todo el frente del poniente. Es un edificio magnífico de estilo gótico posterior con mezcla de barroquismo, con una cúpula bellísima y cuatro torres, una en cada ángulo. En la parte sur, dando a la placeta tiene otra fachada que no desmerece de la principal.

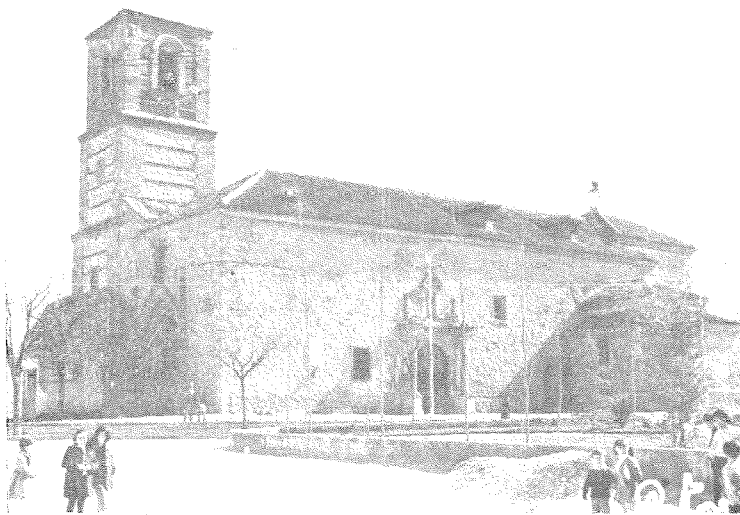
La monumental iglesia de San Carlos del Valle vista por su parte posterior, hacia la carretera. A distancia sorprenden las cúpulas escurialenses, sobresalientes y grandiosas, mucho más por destacarse sobre los viejos tejados de la villa.

En principio fue la ermita del Valle de Santa Elena donde también existen las ruinas de un castillo a unos 200 metros del camino Real de Andalucía a Madrid, en la cual se detenían a orar los transeúntes. Apareció el Cristo hacia la época de Carlos III y desde entonces se llama Santo Cristo del Valle. El Cristo tenía gran fortuna y muchos ingresos de limosnas. Tenía 31,000 fanegas de tierra y es suya toda la manzana que da a la carretera actual y a la plaza.

Por los detalles que se aprecian merece citarse que antes se celebraba su fiesta el 29 de Septiembre, como en Urda y como en Tembleque. Ahora lo celebran los días 13 y 14 del mismo mes, para evitar la coincidencia y anticiparse a la vendimia.



**VILLA DE
DON
FADRIQUE**



Ocurre que los fotógrafos son muy dados a recoger lo que hay sobre la superficie, menospreciando la superficie misma que jamás deja de ser interesante, si llana por llana y si accidentada por accidentada. El espacio y su atmósfera es muchas veces más expresivo que las cosas que se intercalan en ellos y esta plaza de la Villa, vista en su natural y con las casas que no se ven, entre las cuales están el Ayuntamiento y la casa de la Tercia, tiene cierto aire de plaza castellana, anchurosa aunque sin aportalar y desolada.

La Villa tiene un son, digamos de progreso, de avanzada del progreso y las corrientes actuales, que al cabo de tantas vueltas y revueltas van entrando en ese cauce, la encuentran dispuesta para incorporarse a la marcha, por lo que muchos de sus rincones aparecen revestidos con atuendos de modernidad.

Instintivamente, puesto a elegir un aspecto de la plaza, el fotógrafo se dirige a la iglesia y de ésta a su fachada principal, dejando en la penumbra esos arcos ojivales de la fachada de la izquierda, ensombrecidos por inoportunos árboles que ni al sol del poniente los dejan de brillar.

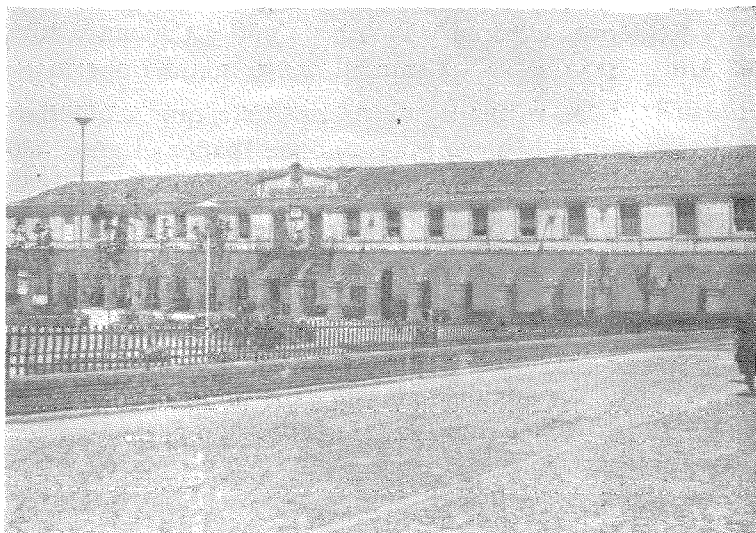
Pero no todo son floripondios, el suelo sigue siendo el suelo que no pudre la semilla sino que la hace germinar y casi como en ninguna parte se ven varios retallos que crecen despacio, pero enraizando hondo para remover la tierra, jóvenes muy estudiosos, recogidos, dados al trabajo y preocupados del pasado para enlazarlo con el porvenir. Sería de justicia mencionarlos pero el no conocerlos bien podría dar lugar a equivocaciones lamentables y es preferible destacar el hecho reservando para mejor ocasión resaltar los esfuerzos y la labor individuales, pero

que ese es el camino, el del trabajo, el del sacrificio a los que ningún adelanto se resiste y todo lo ennoblece.

Es temprano de un día claro y no hace calor pero el templo tiende a la soledad. La mies es mucha, claro, tanta como en los tiempos primitivos, pero ahora es duro segar y en eso está el mayor riesgo de la cosecha, en que no haya quien quiera recogerla, pero la Villa podría volver a sonar como prototipo de los adelantos merced al esfuerzo de esos muchachos y alguno no tan muchacho, que reclusos en sus puntos de investigación salieran a la luz con la buena nueva del conocimiento y del método, empuñando la antorcha que ilumine el camino del porvenir para recorrerlo con el buen orden, la constancia y la moderación que se necesitan. Saludémosles con alborozo y abramos el pecho a la esperanza.

MADRIDEJOS

Plaza de Madridejos a la que la gente llama del Rollo desde que han tenido el acierto de trasladar a ella la simbólica columna que se iba desmoronando en las afueras de la villa. Acierto del Concejo en el traslado y acierto del pueblo en la denominación que el municipio debe refrendar para darle a esta hermosa plaza nombre de arraigo local, permanente, claro, eterno, que soporte los vendavales más o menos arremolinados a que siempre están expuestas las plazas mayores de nuestros pueblos.





La plaza es espléndida, resplandeciente y de poder iniciarse una reconstrucción aportándola entera, en un plan a largo plazo, no tendría nada que envidiar a la Mayor de Madrid, cuidando de no subirse de altura y dejando los arbolados para las laderas del Arroyuelo que lame sus plantas y para el Prado del Santo Cristo.

En esta segunda fotografía se ve el rollo en su reciente emplazamiento. El rollo era símbolo de concesión Real, indicador de haber alcanzado el pueblo grandeza, tanto en el sentido religioso como en el de Administración y Justicia. Agustín Sandoval reproduce la cédula en que los Reyes Católicos se lo conceden a Villarrobledo, pueblo jovencísimo aunque pujante, el año 1476: «sea Juredisción por sí o sobre sí, con Alcaldes y Alguacil y Regidores e Forca y Picota y Cepo y Cadena y Juredisción y Justicia Alta y Baxa, Cevil y Criminal, mero mixto Imperio».

Lo cita como una de las primeras obras de fuste que acometiera Villarrobledo, realizada por el cantero Maese López Ibañez el año 1520, pagándosele por la obra 23,500 maravedíes. Fue demolido el año 1855, con la misma suerte que Alcázar, que tuvo su plaza del Rollo como consta en esta obra y era natural siendo cabeza del Priorato, con casas de escudo hasta hace poco en el lugar de su posible emplazamiento, próximo al Arenal, y canteros de nombradía desde su origen y no conserva ni la más leve huella de tal monumento que se sigue viendo en la entrada de algunos pueblos de tradición señorial, esperando la mano amiga que los salve de la destrucción como la ha encontrado el de Madrideojos en sus regidores actuales.



Plaza de la Puebla de Almoradiel

Hela aquí, con calzada y baranda y algunos coches, pero con su amplia perspectiva y todavía sin plantas que la despersonalizan.

Don Fernando Rodríguez Villafranca, historiador almoradiense, nos dice:

«Aquí, en Puebla, llamamos El Tesillo al sitio de la principal plaza, formada por la Iglesia Parroquial, Casa Ayuntamiento y otras casas más que dieron testimonio del pasado con fuerte sabor manchego, pero que por desgracia, van desapareciendo a cambio de otras más modernas. En honor a la verdad hay que decir que por su traza y bien cuidado suelo ajardinado se ha hecho de esta plaza una pieza coquetona y agradable, es reunión y mentidero de esos buenos almoradienses que gozan de su retiro y bien merecido descanso.

Presiden esta plaza las fachadas del Ayuntamiento, de línea pulcra, sencilla y elegante, mostrándonos su arcada y balconaje que dan tipismo clásico a estas casas concejiles, la iglesia parroquial de noble fábrica y línea santiaguista con hermosa torre campanario de estilo escurialense y el edificio donde está instalado el Juzgado de Paz, que sigue la misma línea arquitectónica que el Ayuntamiento.

En esta plaza convergen las calles de la Iglesia, Travesía de la Encomienda, calle del General Ortega (hijo de este pueblo), calle José Antonio, calle de Ramón y Cajal y la de Calvo Sotelo. Calles estas, como en la mayoría de la población, con cierto prurito de limpieza y bien cuidadas casas».

Aunque no se refiera a la plaza es de especial importancia en La Puebla la construcción de su pozo, que se hizo por el año 1914, en la pla-

zoleta llamada de Santa Ana para abastecer de agua la población, análogo al de «Las Perdigueras» de Alcázar, «Los Romeros» de Manzanares, el del «Duqueso», etc., y que fue uno de los que sirvieron a don Eduardo Hernández Pacheco, creador de la Geología española, para la determinación de la estratigrafía de nuestra comarca.

Ofrece la particularidad importante del nido de huesos fósiles de mamíferos, hallado al atravesar la capa de aljez (yeso), entre los cuales descubrió don Eduardo una especie nueva de *Hiporion* que denominó *Hiporion Rocinantis* rememrando muy acertadamente el jamelgo del Caballero de la Triste Figura.

Don Eduardo halló también en ese pozo la posibilidad de establecer con exactitud la edad geológica de la formación neógena de la llanura manchega, cosa que le da al pozo y a La Puebla prestigio y rango histórico-científico en su porvenir.

La Plazoleta en que se abrió el pozo está situada a 630 metros de altitud y se conoce en el pueblo con el nombre de Santa Ana.

Como en tantos otros sitios de la comarca, según consta en nuestro estudio sobre la alfarería manchega, en la superficie hay una capa de arcilla margosa, es decir, mezclada con cal, que tiene debajo un banco de arcilla plástica (la de los cacharros), que don Eduardo la calculó en unos diez metros de espesor, «capa que en la parte inferior pasa a caliza margosa blanca e inmediatamente debajo existe una capa de arcilla impermeable sobre la cual está el manto de agua».

Son por demás interesantes y útiles los trabajos realizados por don Eduardo Hernández Pacheco y su hijo, el ilustre geógrafo don Francisco, que se apartan de nuestros fines de hoy, pero que son imprescindibles y no podemos dejar de recomendar a quienes les interese el conocimiento y el porvenir de la región.

Se sigue usando el pozo, de agua dura, y el pueblo se surte de pozos del campo y aljibes.



TURLEQUE

Esta bella vista de la plaza de Turleque con el Ayuntamiento y la iglesia monumental, es, además de hermosa, simbólica por presentarnos resumidos y remozados todos los atributos de la vida turlequeña concentrados en la plaza y en sus inmediaciones.

Todo pasa por algo, aunque no se vea y si la plaza ha tomado ese aire alegre y juvenil, alguien lo habrá removido, alguien que no se ha conformado con enlucir sino que ha ido al fondo y ha iniciado una evolución de los conocimientos, de los pensamientos y de los sentimientos, sosteniendo una publicación que fuera la voz de Turleque, pero una voz trabajada, educada, sin disonancias que acostumbraran los oídos a las dulces armonías de la buena música.

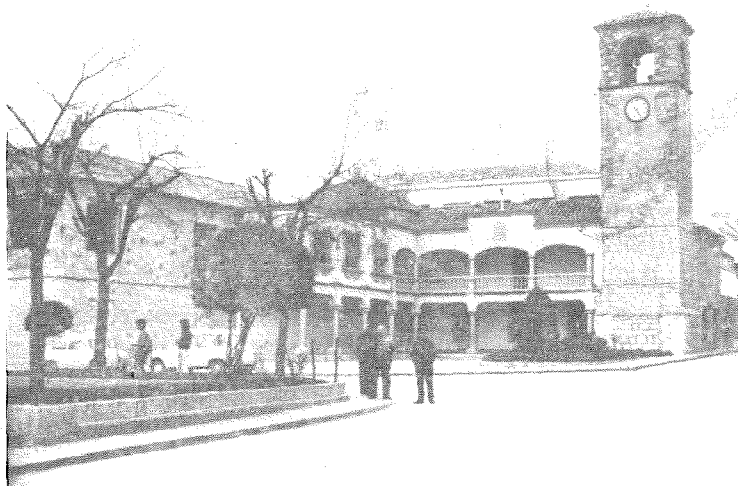
No es único ese tono de voz, pues en Villanueva de Alcardete hay un ECO también preocupado, justamente preocupado, con aunar voluntades y borrar diferencias entre los naturales de la villa.

Estos propósitos unieron un grupo que sintió enseguida necesidad de difundir sus ideas y surgió LA VOZ DE TURLEQUE y con ella las obras que aquí se ven y otras que no se ven, porque la VOZ se ha oído en toda la comarca y por ella se ha conocido el nuevo y acertado rumbo de las orientaciones turlequeñas procurando el conocimiento y el buen obrar, empezando por el cura —excelente cura don Luciano López Abad— que ha dado cima a una historia de Turleque fundamentada, lógica y llena de sugerencias para quienes deseen completarla, pero suficiente para que las generaciones futuras conozcan su origen.

Motor de este grupo integrado por cuantos forman el Ayuntamiento, el cura, el médico y demás personas entusiastas, lo ha sido el Secretario don José Guío Alía, inquieto, incansable y hábil manipulador de la aguja de marear, que ha mantenido el entusiasmo en todos y hecho posible una actuación saludable y eficaz que se recordará siempre con elogio y agradecimiento.

Aún en los pueblos pequeños son posibles las obras grandes y la reformadora mantenida en Turleque bien merece este calificativo, mucho por el reverdecimiento de la ilusión pero más por la remoción del terreno para que la buena raíz pueda progresar.

LA MOTA DEL CUERVO



La laboriosidad doméstica de la mujer moteña y la precisión de echar fuera su obra, hicieron al hombre caminante, placero y feriante, de lugar en lugar, con muchos motivos de distracción y largas horas para saborearlos, incluso por los caminos interminables de la geografía manchega.

Mujer te doy y no sierva, le dijeron en el altar, pero las circunstancias le favorecieron dándole las dos cosas a la vez y ninguna en medida escasa, permitiéndole mantenerse descansado y a gusto para manipular la hacienda y sortear los temporales.

Dentro de las condiciones comunes a los pueblos manchegos por su emplazamiento, los hay más o menos extensos. La Mota es de los que lo son más. Sus plazas son inmensas y a cual mayores. Sus calles, espaciosas, van de punta a punta y en el comedio de algunas surge un anchurón silencioso y solemne como éste donde está el Ayuntamiento que os deja indecisos sobre si será o no será la plaza o será que La Mota no tenga plaza mayor por serlo todas. Si entráis en la del Toril enseguida echáis cuentas de encontraros en la Plaza de La Mota y lo mismo aunque menos si cruzáis por la Cruz Verde o por el Verdinal por no haber en ninguna el conjunto tradicional de Ayuntamiento, iglesia, mercado, posada, corredurías y almotacerías, funciones que aquí andan separadas unas de otras y no diremos que esta es la Plaza, sino que es la en que

está el Ayuntamiento, de pocas casas pero grandes y orladas de escudos y con glorieta media bien cuidada para pasear.

En la fotografía solo se ve el Ayuntamiento cuya torre del reloj hace esquina a la calle Mayor, que lo es de verdad. El resto de la plaza, invisible en la fotografía, queda a la izquierda y es precisamente la parte más típica de la misma.

El Ayuntamiento es nuevo, como que lo hizo nuestro «Pitoto», pero sin embargo se ve que está hecho exprofeso para ello, es decir, que no es adaptación de un edificio construído con fines diferentes. Su fisonomía es tan juvenil que parece haber servido de modelo a las casas consistoriales de los poblados de nuevo cuño que se han formado por todas partes y aunque trata de despertar en el observador el recuerdo de las plazas viejas es en vano su esfuerzo por no ser posible retrotraer la historia cuando falta. El tiempo es otro, otras las gentes y sus maneras y se percibe un no sé qué en la forma de construir que habla de esas diferencias y de modernidad, los arcos no son iguales, o son más panzones, más achatados o más larguiruchos y relamidos, con artificiosa uniformidad y una corrección de líneas que implica amaneramiento.

El cruce de la carretera general hace que mucha gente tome la embocadura a La Mota por la parte alta llamada de la sierra, como la de Criptana y también poblada de molinos de juguete que les da cierto parecido y para muchos pasará por ser la misma, pero no, son muy diferentes Criptana y La Mota y el Campo mucho más molinero.

Criptana sube hasta la sierra, La Mota se sienta al pie, más acá de la Pozanca. La Mota es un pueblo muy manchego y la gente es como la tierra que la crió, llana, generosa y buena, pero el hecho de que el mo-teño no tenga plaza algo querrá decir. ¿Cómo es posible que un hombre tan placeado no la haya echado de menos haciéndola de surgir? ¿Será por aquello de que en casa del herrero, cuchillo de palo? ¿O que por hartura, sin ganas de ir, le haya dado lo mismo que el peso esté en un sitio, el rabiche en otro y el corredor en su casa donde se le puede ir a buscar cuando se le necesite? Dejadedez, indiferencia o hastío mantienen en La Mota disperso lo que suele estar concentrado en los demás pueblos, cosa natural, después de todo en quien está hecho a caminar sin mirar las distancias ni el tiempo que le cueste llegar.



He aquí la entrada a Los Hinojosos desde la Mota. La carretera continúa por la calle divisoria que tiene a la izquierda el pozo y la plaza. Es la mejor vista general de Los Hinojosos.

Las iglesias sobresalen de todo, lo simbolizan todo. Son dos potencias. La de la derecha es la del Marquesado. La de la izquierda la de la Orden. No digamos que se retan pero sí que se encastillan cada una en su dominio y el borrico en la linde. Claro y expresivo emblema de una época en la que el poder personal, la soberbia y la ambición no permitían otra cosa y las de Juan Pacheco tenían atemorizado al mismo Rey que pedía ser dueño de todos los tesoros del mundo para ver si lograba satisfacer el ansia del de Villena.

LOS HINOJOSOS

Esta calle y este pozo, único pero con dos brocales, son la linde que separaba los dos pueblos, pero no marcando una división aparente sino efectiva y real, radicalmente prohibitiva a los de un lado para los del otro, como las dos aceras de una calle, con el altercado a punto en cuanto alguien se salía de su demarcación, que nadie toleraba ni aguardaba a que la autoridad lo corrigiera, pues cada uno se consideraba en pleno dominio y con derecho a su defensa como si de su propia casa se tratara. Como en el predio rústico, cada parte trata de comerle a la linde algo tantas veces como pasa, aún a sabiendas de que deja con ello sembrado el refunfuño, la increpación o las voces más o menos destempladas. Todo era independiente entre los dos Hinojosos a pesar de estar juntos, que no unidos, y por supuesto que donde más honda era la separación era en el ánimo de cada parte que recelaba de la otra y pugnaba por anularla con inquina fraternal, continua, universal y áspera, con un afán de predominio y superación que se manifestaba y todavía sobre-

La Basilia en movilidad permanente hasta en su misma casa, habla de su pueblo serenamente. D. Antoliano tiene en su mano la estampa de la Virgen Morenita, capitana del Marquesado que nos acaba de regalar. El comedor de la Basilia es un verdadero museo, las cerámicas que se ven y las que no se ven, así como los demás enseres están decorados por ella, pareciéndose en esto al Párroco de Alcaraz, el bondadoso D. Hilario, que se ha hecho pacientemente una colección de platos de estilo talaverano preciosos.



sale en las fiestas y juegos de cada sector: Y véase lo que son las cosas, en este pueblo, que lo es de solera y con esa tradición, no ocurrió ninguna desgracia de las llamadas de guerra ni antes, ni durante, ni después de la contienda, y a la Basilia —Basilia Moya Montalbán— nacida en el Marquesado y capitana de la hermandad de la Morenita y de todo el pueblo le rebosa la satisfacción al decirlo.

Dice el andarandillo que tres cosas tiene Hinojosos que no las tiene Sevilla, el Marquesado, la Orden y el agua de la Hontanilla, pero con el tiempo habrá que agregarle: y la capitana Basilia o su alcaldesa Ba-

En el camino, frente al pozo, la Basilia sigue haciendo consideraciones sobre su lugar. Es evidente la elevación de sus hombros y el acortamiento de su cuello al penetrar entre ellos por hundimiento, como una cuña. La patología alteró su figura achicándola, pero no le impidió sobresalir porque la voluntad lo vence todo y a ella le sobra coraje para llegar donde el que más. ¡Qué hombría la de esta mujer!





«Esta plaza está partida por una calle, que es la divisoria de lo que fueron los dos Hinojosos, Hinojoso de la Orden e Hinojoso del Marquesado, el primero que perteneció a la Mesa Maestral de Santiago de Uclés y el segundo a Cuenca, Marquesado de Villena, señorío de Belmonte.

En el primer término de la fotografía se aprecia el famoso pozo con brocal de dos bocas, de donde se dice que los del Marquesado no podían sacar agua por la que era del lado de la Orden, ni los de la Orden por la que estaba al lado del Marquesado. Dicen que este pozo dió origen a frecuentes altercados entre los de uno y otro Hinojosos. En este mismo paraje del pozo se criaba en abundancia el hinojo, de donde viene el nombre del pueblo «El Hinojoso» (hoy Los Hinojosos, fusionados por Real Decreto de Isabel II)».

silia, que se podría agregar como variante, porque, en efecto, pocos pueblos y en La Mancha ninguno, tienen la suerte de contar con una mujer de las cualidades de la Basilia, que vive entregada a las funciones públicas y a los intereses comunales con una integridad total y una naturalidad que para sí quisieran muchos regidores de campanillas, sin menoscabo de su sexo ni ambigüedad de sentimientos, tal cual sucedería entre hombres solos, sin quitar ni poner punto ni coma ni dejarse en la recámara proyectiles ignorados que pudieran dispararse cuando menos se pensara. En nadie existen semejantes dudas y menos que en nadie en ella misma, que si bien tiene su casa llena de adornos y de pájaros que la mantienen alegre y viva, ella no tiene ninguno en la cabeza y satisface su espíritu maternal derramándolo en pequeñas funciones generales que son como su familia y lo absorben y compensan sin acor-



«Esta plaza se halla presidida por el edificio de la Casa Consistorial, ubicado en la parte de lo que era de la Orden, es de hermosa fachada, de traza moderna de principios de siglo, fué ermita en otro tiempo, donde se daba culto a la Virgen y ya, hallándose en estado ruinoso y no apto para el culto, el Obispado la cedió al pueblo para que en su lugar levantaran el Ayuntamiento, y lo hizo con una condición: «que uno de los balcones se cediera a los clérigos del pueblo, con servicio en cualquiera de las parroquias que hay en ambas feligresías (Orden y Marquesado), para que desde él pudieran presenciar, si lo desearan, los festejos populares a que hubiera lugar en dicha plaza», pues aquí se dan las corridas de toros y se celebran las famosas capeas de Los Hinojosos».

darse de sí misma ni apercibirse de la soledad. Sin que resulte una figura arrogante como podría suponerse y su condición demanda, lo es achaparrada y de piezas firmes, ensambladas, que forman sólido cuerpo enchufado en la pelliza que usa a modo de zamarra pastoril.

Los Hinojosos eran dos, del Marquesado y de la Orden, cuyas rivalidades entre ambas administraciones y tendencias, debieron ser la causa del antagonismo perdurable. Como en Los Yébenes, con el de la Orden, en este caso de San Juan, y el del Obispado, también separados por una calle, con sus dos parroquias, sus dos Ayuntamientos y sus dos casinos. Y en las Ventas del Puerto Lápiche separadas por la carretera. Todos ellos se unificaron administrativamente el año 1841 aunque los rescoldos de la separación afloran todavía cuando menos se piensa. Se diferenciaban también por sus inclinaciones los de cada pueblo. Los de



«Esta plaza está dedicada al venerable Fr. Francisco de Jesús, célebre carmelita misionero del Congo, hijo muy señalado de este pueblo.

En esta plaza convergen las calles de los Doctores, la de las Escalerillas, calle Real y Nueva del Marquesado, nombres de viejo sabor, sin haber sido —gracias a Dios— objeto de arbitrarias mudanzas. Siempre se llamaron así.

Hubo una cruz en esta plaza, que fué objeto (ya muchos años) de bárbara profanación y la gente cuenta, no sin cierto misterio, que los que profanaron aquella cruz murieron en distintas circunstancias de muerte violenta. ¿Castigo de Dios? ¿Casualidad? La imaginación del pueblo es así».

* * * *

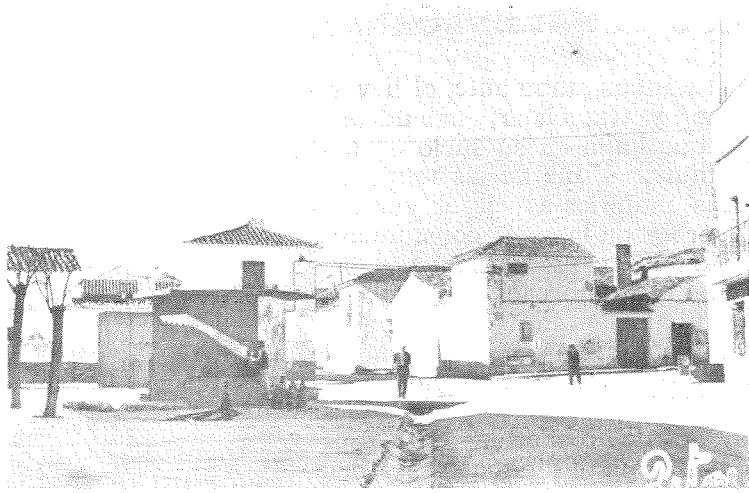
Es soberbia esta fotografía de la fachada solanera de la iglesia, de la plaza solitaria y del cielo anubarrado en un día de calina agosteña.

arriba, del Marquesado, tienen tendencia a la trashumancia, como si vieran del pastoreo y son inclinados a la arriería. Los de abajo, de la Orden, de más asiento y caudal, se inclinan a la labranza y empujan más en su fiesta, que es el 8 de septiembre. Los del Marquesado la celebran el 15 de agosto y echan el resto para que no les lleguen los de la Orden.

Como todo se gasta y todo cansa, ahora celebran la Semana Santa cada año en una parroquia en sana paz, pero las Patronas no cruzan todavía la carretera y se queda cada una en su barrio, volviéndose desde la carretera a su parroquia.

Antes llegaban los montes hasta el pozo y bajaban los lobos a beber a los pilones. Todavía le quedan muchas carrascas a Los Hinojosos, pero el tiempo y la buena disposición van roturando los campos y ablandando los corazones.

Suerte y no chica de Los Hinojosos ha sido que sus dos últimos sacerdotes sean hombres extraordinarios y que seducidos por las tradiciones locales se hayan encariñado con el pueblo dedicando a sus feligresías y a su historia todo el esfuerzo de que son capaces. Don Fernando Rodríguez Villafranca, nacido en la Puebla de Almoradiel, donde vive, es el arcucólogo de la comarca y le sigue don León Chicote, cura ac-



Para completar el conocimiento de la plaza de Los Hinojosos se publica esta fotografía de PITOS que también pasará a la historia, pues el pozo aparece tapado, como los ajusticiados, para quitarlo de la vista mientras se le quita de en medio, pero su constancia será indispensable para quienes tengan la suerte de reconstruir la historia del Marquesado de Villena y sus representantes.

tual de Los Hinojosos con una labor propia ya también digna de encomio y esperanzadora de un esclarecimiento total de esta interesante historia.

Don Fernando, que dejó tan honda huella de conocimiento y comprensión en Los Hinojosos y se la llevó para siempre no menos profunda en su corazón, ha tenido la generosidad de prestarnos estas fotografías excepcionales con las notas que las acompañan.

La del pozo, que ya está cubierto y para desaparecer, tiene el carácter de histórica porque no se podrá repetir. Con ella va también la del Ayuntamiento que don Fernando comprende en la misma nota. Obsérvese la severidad del templo fortaleza que se alza dominador, como lo era su señor, sobre el caserío humilde y el pozo de las fronteras.

* * *

VILLAFRANCA DE LOS CABALLEROS

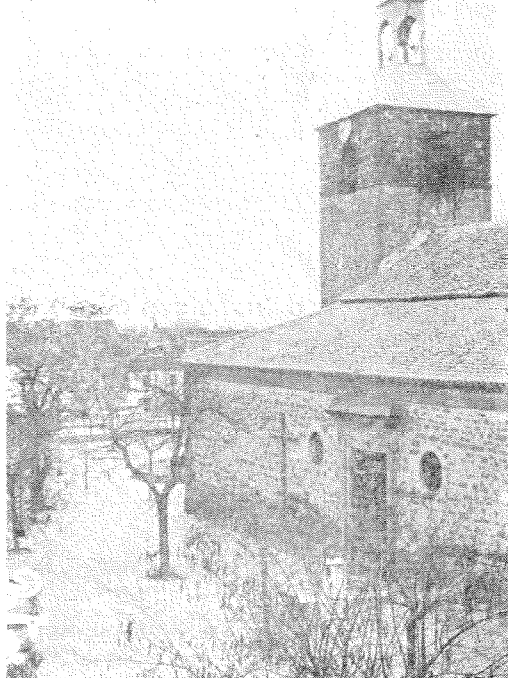
El andar ambulante, el llevar y traer y trapichear, menudeando lo que halla en su suelo o en su camino, es una de las tendencias más manifiestas en el villafranquero y de las más constantes en el curso de los tiempos.

Son asombrosos los milagros que hace con la mínima cantidad de mercancía, pero lo es tanto y más que esa taumaturgia no le haya conducido a los más altos grados de prosperidad, tal vez por aquello que él dice cachazudamente de que ningún perro engorda lamiendo.

Es, con el mielero de la Alcarria, la última reminiscencia de una arriería pedánea, pero de más liviana impedimenta, pues le bastaban las alforjas, con una cajilla de azafrán como base y unos papeles de cominos, clavo, pimienta, alcaravea y cilantro, para darle la vuelta a España a pie, sostenerse y volver a su casa con género y con dinero. Como ejemplo de la audacia de estos caminantes, me contaba don César que durante la guerra cruzaban los frentes pasando jamones de un lado a otro.

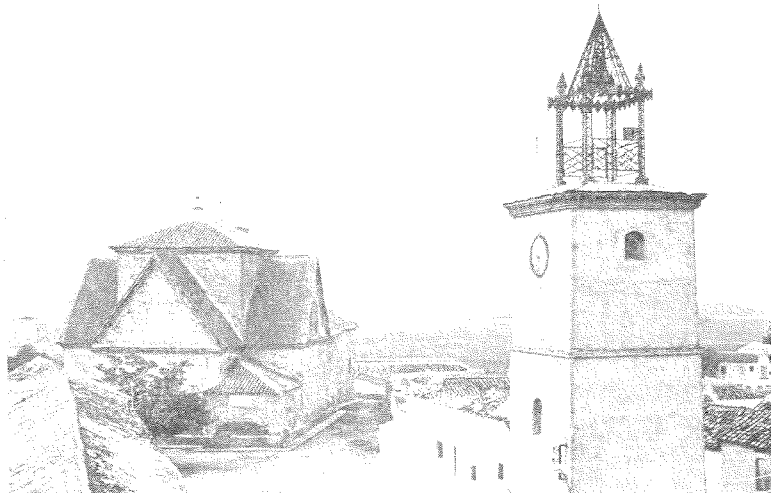
Otros de más asiento o de más haberes, mantenían en Alcázar y en su comarca un tráfico continuo con los géneros propios de cada temporada, pañería rústica durante el invierno, gorrinos para engordar en la primavera y huevos, pollos y conejos durante todo el año.

La plaza de Villafranca es de las más concurridas, como ocupada por quienes están hechos a andar por las de todo el mundo, llena de hombres solos a todas horas, como la de Tomelloso, que es de espíritu contrario, porque al tomellosero no le dieron nunca tentaciones de abandonar la tierra sino de acapararla y madurarla. Aquello le condujo a la prosperidad y ahora que la deja veremos en lo que para. En la plaza de Villafranca se contrastan las apreciaciones de la ambulancia y sus posibilidades en cada punto y de allí salen muchas veces las decisiones más trascendentes, aunque no sea más que por probar, con lo que se dice que se pierde poco.



La plaza de Villafranca de los Caballeros y su rincón más solitario, con la puerta del mediodía de la iglesia, que es la menos frecuentada de las tres. La fotografía está tomada desde la azotea de don César, dicho sea para que la comprendan los cheleros.

No hay un alma ni se ve la inmensa plaza que queda al otro lado del templo. Los hombres, tan numerosos siempre en este paraje, se sitúan desde la farola a la carretera como buenos caminantes y amigos del sol de la tarde en el que se prepara la plaza de la mañana siguiente, calculando a ojo, como en todo mercado, lo que podrá suceder y lo que convendrá hacer.



CAMUÑAS

La plaza del Reloj lo es la en que está la iglesia, templo cuadrado, de escasa altura, a modo de ermita solitaria, pero que tiene adosado a cada uno de sus tres lados secundarios una construcción amplia, desafiante y protectora, de tejados puntiagudos, con aire norteño, cubiertos de verdín, que da al conjunto aspecto de conglomerado de sólidos geométricos o amazacotada construcción alemana u holandesa que sorprende en un pueblo y en un barrio que conserva todo su tipismo. Estos tejados, como supervivencia medieval, vierten a los lados del frente de cada pared.

Alrededor de este templo se siente mucho la soledad y una cierta umbría por el lado de la sombra que fomenta el mohó a pesar de darle el sol por los cuatro costados en su curso de cada día. Tiene la lobreguez incrustada en las piedras como las fortalezas ruinosas en las que sólo algún lagarto erradizo se desliza cauteloso entre el suelo y la muralla.

En esta plaza, que es espaciosa, irregular y llana, hay otra cosa, como la iglesia aislada, que se ha llevado la fama; es el reloj que puso Canseco, el célebre relojero de la plaza del Angel de Madrid, que perdura, por el año 1911.

El ilustre camuñero don Pedro Yugo, maestro universal de las bandas de música comarcales, pues no sé si habrá alguna que no haya dirigido, me informa con sentimiento de esta plaza y su torre del reloj, que

fué construída expresamente para colocarlo, por Felipe Avilés, "Pipibolo", maestro alarife villafranquero al que se confiaron las obras de más responsabilidad de su época.

Las referencias de Yugo son de información directa y sacadas por él del archivo por lo que sabe que en el muro de la obra se introdujo un pergamino y monedas de aquel tiempo, entre ellas un duro, que ignora si fué de los pelos gorrufos del Rey adolescente o sevillano del mismo cuño de 1905, o bien amadeo o del *tío tendío* que circulaban mucho por entonces y muy acreditados por su ley elevada.

El carpintero de esta obra lo fué "Blasillo" —Blas Ballesteros—, que trabajó trece días y medio a partir del 12 de enero, ganando de jornal 3'50. Por hacer la puerta del reloj cobró 17'50 poniendo los materiales y dejando un donativo de 5 pesetas a favor de la obra, pues se hizo por prestación personal.

El mismo relojero, Antonio Canseco García, que tenía en su puerta un gran reloj que daba las horas con un monaguillo de tamaño natural revestido hasta con bonete y un grueso cordón empuñado por la mano derecha simulando que el reloj tocaba cuando el monaguillo tiraba de la cuerda. Este famoso relojero, digo, puso el pararrayos en febrero del mismo año por lo que cobró 50 pesetas. El 19 de marzo el maestro Avilés colocó la cubierta de plomo de la Torre del Reloj por 13 pesetas.

Entre tan interesantes datos, acreditativos de lo que daban de sí antes las pesetas, le ha fallado al amigo Yugo averiguar quién fué el autor del airoso castillo de hierro donde se aloja la campana, que termina con una veleta indicadora de la dirección del viento y sobre ella, en posición de cantar, un gallo arrogante como símbolo de puntualidad y exactitud al dar las campanadas cada treinta minutos.

La plaza es alargada, cómoda y segura para los chicos de las escuelas que hay en su recinto.

La iglesia y la torre ocupan los extremos y se miran desde lejos. En momentos de silencio y de soledad se hace uno la pregunta de por qué no estarán juntas.

Son como dos fortalezas que ocupan una meseta, que es el carácter más propio del paraje, la división que marca el terreno entre el barrio Arriba y el barrio Abajo por estructura geológica, primitivo y eterno accidente que bastaría para distinguirle de los demás rincones de la villa.

En la vertiente de allá, las calles en cuesta, más fáciles por lo corcovadas, las casas sencillas, deformadas por los rehundimientos de la vejez, blancas, cuidadas y silenciosas, os despiertan en el alma dejos de tristeza y melancolía por el ayer que huyó.

ESTAMPAS DE VIAJE

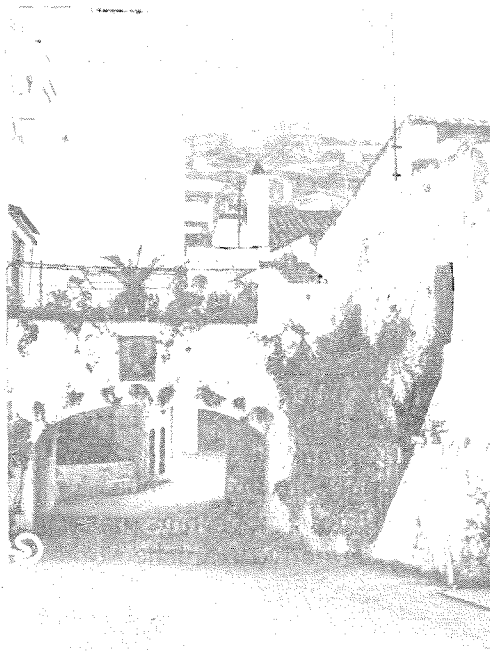
ARACENA

Esta es una callecita de Aracena en un barrio nuevo que parece viejo por su traza y distribución. Y por su tipismo andaluz.

Y qué bien le va a su aparente vejez el acicalamiento de su blancura, las murallas gibosas, la cuesta serpenteante y los vergeles espontáneos que no dejan apercibirse de la moruna soledad

Es un pueblo precioso que sirve de bocado exquisito al llegar de la larga sierra desde Fregenal. La gana de pueblo queda con él satisfecha y endulzado el paladar por la bondadosa afabilidad de sus gentes, tan común en Andalucía, pero más aquí que lo sombrío de la sierra y sus peligros legendarios estrechan los vínculos de la hermandad.

Muchas cosas tiene que comentar este pueblo de las maravillas, pero quede para mejor ocasión, conformándonos con señalar ahora nuestra satisfacción por haberlo visitado y nuestra sencilla admiración.



ECIJA

Todas las torres de por Sevilla le dan un aire a la Giralda y no iba a desmentir la regla esta tan airosa y esbelta que contemplamos en la fotografía. ¿Será menester decir dónde está?

La grandiosidad de la plaza, la abundancia de palmeras, la frondosidad de las otras plantas, la gente vestida de verano tomando el aire en el invierno, nos dicen que es el lugar más nombrado por el calor de Andalucía.

Ecija, la sartén famosa donde dicen que se frien los pájaros y un cocinar ligero se puede hacer en una calle cualquiera al sol de medio día, por el mes de agosto. Grande y hermoso pueblo Ecija. Y un monumento muy andaluz que enaltece su plaza dedicado a las moctas del cántaro.



Este gran pueblo extremeño metido en Andalucía y a la vista de Portugal, y que parece perteneció al marquesado de Villena, ha construido a su entrada grandes y modernos cobertizos para sus importantes mercados y ferias de ganados, cubriendo extenso campo, pero ya tenía y conserva dos plazas por falta de una, la Grande y la Chica, comunicadas por un arco, ambas espaciosas, típicas y propias para los fines del activo trapicheo que tuvieron que albergar en su recinto durante siglos, pues Zafra es una ciudad *mu vieja*, según nos dijo un buen hombre, de varios siglos antes de Jesucristo.

De la plaza Chica sale esta hermosa calle, derecha y en cuesta, de grato ambiente, que da a una especie de ronda donde algunos vecinos toman el sol dominguero, pero poco antes de llegar a ella os sorprende un azulejo que rotula de esta manera una calle lateral: «Callecita del Clavel».

Qué satisfacción tan grande tendrá quien se lo pusiera porque un nombre así vale por todo. No importa cual fuera la traza de la calle porque el nombre es un monumento, mejor todavía, es una filigrana que da por sí brillantez, lozanía y frescor a la calle, que necesariamente ha de despertar simpatía en los visitantes. Después, dentro del pueblo, habrá lo que haya, pero ese clavel de la esquinita que sobresale un poco es ya un indicio de buen gusto y amoldamiento a la tierra y hasta parece que huele en la luminosidad de esta mañana andaluza que hace claras hasta las calles estrechas que se esconden del sol.

Y en el pueblo hay otras cosas, claro es, hay un castillo grandioso convertido en parador de turismo, pero antes ha debido tener muchos paradores y no para turistas indiferentes, sino para tratantes y ganade-





Esta es la calle que se cita cuyo nombre no se ha podido recordar. Se ve su arranque de los portales de la plaza Chica en la que lo único que desentona son los pantalones de esa niña en el lugar de los trapicheos que están pidiendo la falda de volantes.

ros de asiento e impedimenta que los llamarían posadas o ventas.

Las grandes plazas están rodeadas de portales por todas partes y de caserío simétrico, con espléndidos patios centrales empedrados donde los corros de tratantes se agrupan y desintegran una y otra vez según las oscilaciones del mercado, como en todas las plazas, pero aquí más que en ninguna por el gentío que se junta de todas partes y la gitanería propia de las transacciones.

Zafra, nombre sonoro, eufónico, de resonancias moras y zoco remoto y grandioso donde se desea ir confiando en comprar o vender lo que se necesite.

Tiene de común con Alcázar que 'Don Juan Alvarez Guerra, cuyo origen extremeño consta en diversos puntos de esta obra, pudiera ser el que nació en esta rica ciudad llamada Sevilla la Chica, el año 1789 y murió en Madrid el 1845, o bien que éste fuera su padre y por lo tanto abuelo del Juan Alvarez Guerra Castellanos que se conoció aquí y murió el 1905. Sus actividades políticas y literarias lo hacen casi seguro, pues este señor fué senador y hasta ministro y precisamente de Fomento, de lo que entendería más que de otras cosas, pues había traducido un diccionario de Agricultura.

Otra cosa sorprendente nos cuenta Madoz, que Zafra tiene como Alcázar unas «Abuzaeras» y en ellas su fuente de agua más fina, lo cual es probable causa de que se conserve como antaño.



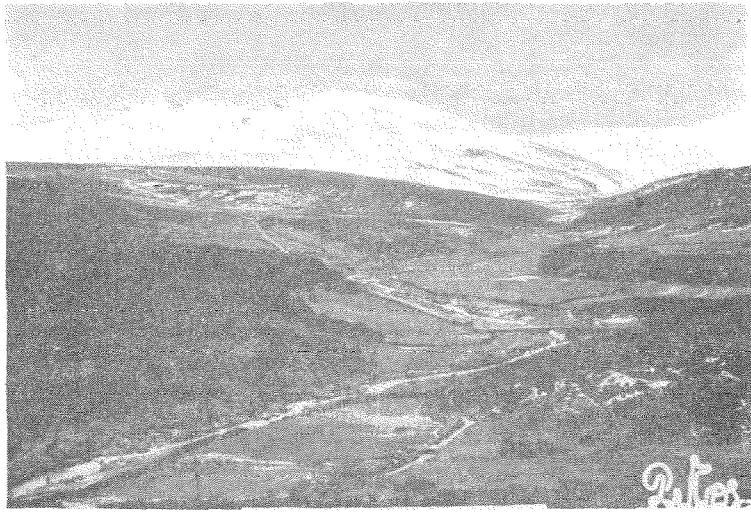
G R E D O S

Ahora que todo se concentra en el mundo, hasta el aire que se respira y los hombres abandonan la paz de los campos, la casa paterna, la tierra propia y su independencia, para irse en manadas a nutrir los corridos o naves de las fábricas y vivir en colmenas de vecinos, adquieren estos parajes toda la grandiosidad solemne de la creación.

Es asombroso cómo juega la vida con el hombre y cómo se deja llevar por la corriente. Su docilidad es increíble y tal vez una prueba de su nobleza, tan ciega, que lo mismo puede acabar en un acto de heroísmo que en otro de la abyección más salvaje, pues pasa insensiblemente de la indiferencia a la obstinación y de la tolerancia completa a la intransigencia feroz; todo depende de cómo venga el aire, sin que los cambios necesiten larga elaboración pues se producen con tal rapidez que dejan perplejo al observador.

¡Cuántas reflexiones se harán los pensadores que contemplen estos fenómenos desde su puesto de meditación! Sin serlo, simplemente con que se pueda estar sereno en medio de un remolino de aire como el de la última guerra española, hay para quedarse desconcertado y temer de los bandazos de la humanidad como de los del mar, esté manso o embavecido.

Pues bien, la tierra es como el mar, es el mar de tierra cuyas grandes olas en días de alta borrasca, quedaron petrificadas, fijas, dando testimonio del fuerte temporal que las levantó. Esta fijeza no es quietud ni estabilidad absolutas, porque la tierra se altera como el agua y cambia, aunque no se vea tanto, pero a causa de la lentitud con que lo hace y el tiempo que se toma para las grandes transformaciones casi pasan desapercibidas en la vida humana, pero se puede en cambio contemplar su magnitud en alguna de sus fases durante toda nuestra existencia y



eso es lo que hacemos viendo estas fotografías del incomparable y grandioso macizo de Gredos en un día de primavera.

La primera fotografía está tomada subiendo al puerto del Pico, mirando hacia el barranco de las cinco villas, barranco y villas difíciles de olvidar. El camino claro y ancho que serpentea las laderas es nada menos que la calzada romana. Pasó el tiempo, pasaron las civilizaciones y ella sigue firme y paciente, intacta, para que el hombre pueda remontar la cumbre con menos dificultad que si lo hiciera por entre riscos y matojos. A su vez él no ha podido evitar transitarla contribuyendo a su conservación con su paso, ese paso que hace camino porque sienta el piso y no deja crecer la hierba.

Las sierras están surcadas de sendas hechas por el hombre y los animales que las han habitado desde su origen y marcan con toda exactitud los pasos más fáciles por ser el resultado de la reiterada búsqueda milenaria, al modo que las aguas encontraron por un efecto natural el punto más declive para correr.

La segunda fotografía nos muestra la imponente mole de Gredos en uno de sus múltiples panoramas, totalmente cubierta de nieve en una mañana de rutilante sol. Es el camino del Barco, lado frío de la sierra aunque soleado, que en el silencio solemne de la altura deja oír el cantarina de sus aguas bajando bulliciosas por los arroyos que son los caminos que se trazaron buscando su corriente.

El prodigioso abanico de cauces que nos muestran estas laderas, cuya sonoridad concuerda en una sublime orquestación armónica que se confunde con el bróncico rumor del apenas nacido Tormes, inquieto y saltarín como becerro juguetón, deja al visitante extasiado en su contemplación, aún en esa fresca mañana del aire finísimo y puro como las aguas cristalinas que bajan de la altura cuyas cualidades no puede apreciar quien no se haya sumergido en ellas aunque sea en plena canícula.

LOS MOTES

El fino y penetrante espíritu de Pemán habla de los motes en una publicación reciente en el mismo sentido que se ha hecho en esta obra varias veces, lo cual es una satisfacción destacable ante las posibles malas interpretaciones de la gente en general y los resentimientos injustificados de quienes se encrespan por ser tan bien definidos.

Que las palabras sean pocas pero muy bien empleadas, dice un viejo romance portugués citado por don José María, que lo completa con lo de que la sobriedad es el fruto definitivo de toda madurez, que se da en Andalucía como consecuencia de su largo y experimentado vivir y tiene la boca llena de refranes breves y palabras justas, manifiestas en coplas, pregones, refranes y motes. El mote —agrega— es la última gota pura, reconcentrada del ingenio andaluz. El arte del mote es el arte difícilísimo de resumir en una palabra una vida, un retrato y un comentario. El buen mote es una segunda creación que dota de una nueva vida a la persona motejada.

Pemán dice que el arte del mote se da puro a medida que Andalucía se acerca al mar porque las olas le cuentan todos sus secretos. Tal vez por eso en La Mancha, que es un mar de tierra y los vientos pasan y dan con fuerza que enloquece, se sabe de refranes tanto como demuestra el Quijote y de motes no digamos que por mucho que adelanten las ciencias no lograrán caracterizar a una persona en todos sus aspectos como un mote bien aplicado y en esta obra hay muchos alcazareños que son insuperables aunque algunos no fueran ostentados con el gusto que merecían como le pasaba a mi inolvidable amigo Tururú, aún reconociendo que estaban clavados, como Pucheritos, El Cadáver, Colilla, Borrego, el Basto, Remontón, Cateto, el Cuco y mil más.

De otro amigo me acuerdo ahora que no sé cómo no lo he citado antes, que es Recalco —Eusebio Campo— buena persona, hombre cabal, alcazareño neto, pero de "recalcao" todo lo que se quiera poner, como le dice la Andrea cuando la harta, porque él no se cansa nunca. Se lo decían a su padre que era igual, rebajote, de medianas carnes, tieso y "recalcao", pues lo heredó de lleno, parado, lento en el pensar pero reiterativo, insistente, repretando el costal.

No se sabe quién pone los motes, quién los inventa. Como todo buen producto folklórico, dice Pemán, el mote es anónimo, nace del aire y de la luz, es obra del genio de la raza que revolotea y suelta de pronto un mote definitivo que serenamente considerado debe ser siempre recibido con satisfacción ya que en realidad siempre son benignos dentro de lo que permite su precisión y claridad.

En esta misma lectura he encontrado un cura al que se le había quitado y olvidado el apellido dejándole el nombre escueto, don Silvestre, como único posible en todo el pueblo, lo cual estima Pemán como la máxima consagración de la popularidad y que añadirle un Pérez o un Fernández sería infundirle el agravio de suponer que pudiera haber otro don Silvestre que no fuera él.

Es el caso de nuestro don Magdaleno y viene al pelo para insistirle a nuestro Ayuntamiento en la necesidad de rotular su calle con su nom-

bre a secas, que es sonoro, rotundo, expresivo, como lo era él, inflado, áspero, con el bigote escarchado por el vaho de soplar y la destilación nasal, poseído en el andar, claro en el juicio y terminante en su aplicación. Su nombre comprendía todo, como un mote conciso creado por la necesidad de estarlo llamando siempre a causa de ser quien atendía todos los requerimientos.

Las anteriores razones resultan fortalecidas con los nombres de las fincas de campo: los Tardíos, el Pajizo, Piédrola, el Montecillo, etc. que por algo se lo dirán.



TRUJILLO

Grandiosa, impresionante y arcáica plaza la de Trujillo, abajo del castillo, con el corcel de Pizarro decidido a coronar la altura opuesta, que lo es la de los honores, la alcurnia y el caudal, luego del esfuerzo, el riesgo y el sacrificio ilimitados, tan grandes como la empresa requirió. Es una plaza heterogénea pero cargada de historia y de nobleza que enaltece la gloria de los conquistadores, hace perennes su memoria y ejemplaridad a cuantos la contemplan y deja recuerdo grato de la tierra que fué cuna de hombres de tal temple y decisión.

Ningún lugar mejor pudo elegir Trujillo para enaltecer la memoria de su hijo el conquistador Pizarro, pues no poca intrepidcz sería menester para hacerla tal cual es, aunque el tiempo la haya revestido de esa pátina de vetustez que implica vivir, pasar y sufrir. No es el de la estatua el sector de más abolengo de la plaza; los que están frente a ella, blasonados y de rango, lo son mucho más y parecen esperar a la cabalgadura braceante para revestirla de laureles y coronar a su jinete.

¡Trujillo! ¡Qué ciudad monumental!

SOLEDAD

Ha muerto Enrique Manzanique.

¿A quién le puedo dar esta noticia que la sienta como yo? ¿Con quién la puedo comentar?

Cuando él me escribía con la frecuencia y la amplitud que su nostalgia le imponía, volando la pluma a impulso de su sentimiento alcazareño difícilmente superable, me hablaba y en confianza plena preguntaba de personas y cosas desaparecidas y olvidadas y me costaba trabajo decírselo por la desilusión que experimentarí, pues él las suponía vivas y actuando para engrandecer la villa y no se recataba de consignar sus advertencias para evitar contratiempos o equivocaciones, con lo cual me creo que experimentaba la sensación de meter baza en todo como antes y seguía discurriendo por su cuenta en las posibilidades apreciadas.

Usaba de la confianza como de antiguo en Alcázar y con frecuencia me pedía mediación para hacer algo, siempre desinteresado y noble y me apuntaba con quiénes y con qué podíamos contar; fulano es el mejor pero ya sabes que es un lechero y hay que saberle entrar. Se lo come la envidia y habría que ponerle cerca a mengano que lo entiende.

En los últimos tiempos le dimos varias vueltas a la idea de convertir su casa —la de doña Flor— en museo alcazareño y desde el principio le agradó mucho la idea aunque no se haya realizado por su ausencia, pero era cosa que entraba en la línea de sus inclinaciones ejemplares.

Comprendo que a nadie le importarán mucho estas intimidades pero dan idea de lo que fué y desahogan mi sentimiento, como se desahogaba el suyo cuando recibía estos libros y apenas le entregaban uno en la estafeta aérea, se sentaba en el primer banco de la calle y cuando se



Enrique andorra por los jardines de Bogotá y de pronto se ve delante del retratista, se estira como para increparle, diciendo: —¿Dónde vás?

Pero ya no tenía remedio, le había prendido en esa actitud sin darle tiempo ni para alzar el sombrero.

Y esa será su última efigie ante sus paisanos, a la edad de 81 años.

Los que le conocían saben que no era tan alto como ahí aparenta ni tan corto de pantalones, aunque sí de esas carnes.

Que en paz descanse.

iba a su residencia lo llevaba mojado a fuerza de llorar sobre él, a solas entre la multitud, en comunión íntima con el sentir que el libro le avivaba y le hacía derramar lágrimas a raudales. No estaba sólo entonces, estaba en la plaza de Alcázar, en el casino de la Plaza y en el Ayuntamiento, bulliendo y hablando sin parar, estimulando a la gente como si hubiera de hacerse otra vez el alcantarillado por cuenta propia, o hacer el Parque o formar otra vez la banda de música. La soledad la sentiría después, al levantarse del banco para marchar y darse cuenta de lo que le rodeaba, entonces serían los deliquios de su alma y volaba a coger la pluma para transmitirme su delirio, reconvenirme, objetarme e inducirme a seguir por la senda de su ilusión, más contento que unas pascuas aunque llorando a lágrima viva.

Ha cerrado el pico y ya no oiré más su canto ni es probable que vuelva a escuchar otro, porque mi bosque se quedó silencioso y los ruiseñores que lo alegraron con sus trinos yacen muertos por el suelo. Nadie puede comprender esto, amigos y deudos continuarán la marcha de la vida, sólo el contemporáneo que queda de pie en la fila, aprecia la soledad inmensa que tiende su manto de silencio sobre la nada y el remolino de aire que se cierne sobre el horizonte. En vano la vista se desparra sobre el contorno desierto sembrado de osamentas calcinadas por el sol y los aires que arrastran sus partículas y las aventan mezcladas con las de yeso de la tierra: «pulvis eris et in pulviris reverteris».

Pero el hombre se resiste a morir. Tal vez su vida entera es un continuo esfuerzo contra la muerte, una inconfesada voluntad de continuidad y los logros de sus forcejeos hacen perdurable su memoria. Por eso cuando los venideros hablen de alcazareños que han amado a su pueblo con fervor, sacrificándose por enaltecerlo y engrandecerlo, no podrán dejar de poner entre los primeros a Enrique Manzaneque, que siguió una honrosa tradición familiar a partir de sus abuelos, mediadores en todos los avatares de la vida pública alcazareña desde que ésta se iniciara en España y principalmente de su padre, el primer Enrique Manzaneque, segundo padre de la familia y secretario del Ayuntamiento en época difícil de reconstrucción, cuyas incidencias, no siempre tranquilas ni agradables, se debieron vivir intensamente en su casa y él percíbilas con esa fuerza que se fijan todos los detalles en la infancia y luego de mayores florecen dando carácter a la historia familiar.

*

*

*

DE INFINITAS APLICACIONES

Lo es la observada en las pesquisas realizadas para reconstruir la historia de nuestra comarca. ¡Y de qué calidad!, pues se trata nada menos de la que nos ofrece la decadencia de la poderosa Orden de Calatrava, análoga a los demás poderíos conocidos que se desmoronaron precisamente por exceso de prosperidad o dicho sea vulgarmente, que engordaron tanto que reventaron.

Es decir, que los poderes, el querer y el ser, se engendran en la necesidad y se robustecen con el afán y la renuncia y se detiene su crecimiento quebrantando su robustez con la abundancia que los paraliza y debilita. Lo que significa que no es el triunfo lo conveniente sino la tensión en el esfuerzo para lograrlo y sería menester no alcanzarlo nunca completo para seguir creciendo y mantenerse en forma como se dice ahora. El logro implica el desmoronamiento y perdición irremisible, hecho de observación frecuente en la vida en todos los tiempos, en todas las clases sociales y en cualquier actividad.

El Castillo de Calatrava es una fortaleza grandiosa que deja absorto al visitante aún estando en ruinas. Las grandezas que refieren las historias de este Castillo de Calatrava la nueva están representadas por ruinas inmensas aunque monumentales. Su arquitectura magnífica de asombrosa capacidad, la demolieron los propios caballeros antes de abandonarlo y sólo se mantienen en pie las bóvedas del templo, paredones y muros almenados con restos del castillo.

¡Qué esfuerzo tan enorme de unos monjes guerreros en momentos de apuro y peligro inmediatos, afrontados con fe ciega en su ideal y voluntad decidida e inquebrantable para cumplir con el deber reconocido. Qué manera de crecer su poder como le crecen alas a la imaginación embriagada con el principio creador, pero una vez conseguido el pleno dominio quebraron todos sus resortes y sobrevino la relajación en el cumplimiento de las obligaciones! El acúmulo de riquezas era incompatible con la rigidez y austeridad de la regla cívico-religiosa y pronto el jefe, el Gran Maestre, el hombre de la ejemplaridad, deja la vida conventual, trasladando su residencia a Almagro, marchando con él los frailes de su corte acentuándose la inobservancia de la regla y se vé que por considerarlo innecesario o por evitar un posible retorno a su recinto, quemaron las naves, como Hernán Cortés, sólo que en sentido contrario, es decir, destruyeron ellos mismos gran parte del inmenso castillo cuyos paredones y dependencias atestiguan hoy mismo su grandeza.

El abandono y la relajación se fueron acentuando tanto que hasta el Papa se vió precisado a autorizarles para dormir desceñidos o desnudos, comer manjares exquisitos, rezar y ayunar poco y vestir magníficas galas con colores llamativos, incluso cambiando de hábitos. El voto de castidad se quebrantó igualmente, siendo tan frecuentes los casos de amancebamiento que el Papa se vió obligado para evitar los diarios escándalos a permitir la legalización matrimonial por una sólo vez y con mujer virgen.

En la orgía el poderío se perdió, se hundió la fortaleza y al señorío grandioso y conservador sucedió el señoritismo dilapidador, dejándonos esas inmarcesibles ruinas como testigos mudos pero hartos elocuentes de la equivocación, que no fue única ni exclusiva de aquel tiempo.

NOMENCLATURA

CALLEJERÍA

Alguna vez habrá alguien que se decida a la ordenación toponímica de la urbe, como diría Heliodoro y para el caso agregaremos algunas ideas a las ya expuestas en la mayoría de los fascículos publicados.

Será muy lamentable que no se conserven en las calles nuevas los nombres de los terrenos en que han nacido, igual que llevan los hijos el de sus padres, con el que ya nacen identificados y no necesitan esperar un cuarto de siglo, que es como entrar en la quinta, para que se les vaya conociendo.

A esa necesidad pública, mas patente en Alcázar ahora que nunca por no saber nadie por dónde anda, hay que agregar la belleza de las palabras y su sentido entrañable; por ejemplo, el «Praillo». ¿Hay alguna calle de las emplazadas en su terreno que recuerde su origen? ¿La hay de la Veguilla de Palacio? Y vaya nombre, señores concejales. ¿La hay de la Veguilla de Consuegra, de las *Abuzaeras*, del Bernardillo, de la Serna, del Arroyo, de los Sitios y de tantos otros parajes que va invadiendo la urbanización?

Muchas veces ha acudido a los puntos de nuestra pluma la cuestión de la Castelar, sin haberla expuesto nunca por razones obvias, pero como la evolución de esta calle es tan reciente que viven muchos testigos presenciales, debe recordarse la primera y certera reacción popular, aunque la de ahora se haya popularizado tanto que ya hay mucha gente que no sabe el por qué de su nombre, que es, según dicen, el verdadero estado de popularidad, cuando se ignora u olvida el origen de las cosas y el pueblo las hace suyas como pasa con los cantares.

Pues bien, cuando el comercio, disperso por la villa con la Encarnación, la Braulia, Santiaguillo, los Tapias, Eugenio Santos, la Cobeta, la Amalia, la Patatera, etc., empezó a concentrarse en la calle de San Andrés, cuyo estado con ese nombre es bien ostensible en la fotografía de un cuadro de Leoncio Sáiz que figura en el fascículo primero, para ponerse al paso de los viajeros que disponían de tiempo para bajar a la Plaza mientras el tren repostaba, la gente dió en llamar familiarmente a esta calle la de las Tiendas.

¿Verdad que fue un golpe acertado y que un alcalde con vista lo hubiera recogido como nombre eterno según hay otros parecidos en casi todas las ciudades?

¡Calle de las Tiendas! Qué buen nombre te puso la gente y se malogró por los impulsos de la política trivial que se paga de vanidades y atiende a lo que menos importa enturbiando la vida de los pueblos.

Disposiciones íntimas útiles para nuestro conocimiento e historia

Conocidos ya algunos rasgos de nuestros antepasados, ciertos pasos, sus bienes y actitudes frente a la vida, conviene ir completando la imagen con su pensamiento de cara a la muerte, muchas veces cuando la veían próxima e inevitable y decidían sobre las ayudas para su alma y el destino para sus restos, que de ninguna manera consideraban muertos y desaparecidos.

Son escasos hasta ahora los datos llegados a nuestro conocimiento, pero los habrá abundantes y completos. Son las disposiciones postumas tomadas por los moribundos ante el sacerdote, muchas veces aludiendo a sus testamentos y citando parte de ellos, pero generalmente inclinados, capellán y penitente, a salvar lo salvable en el desenlace ineludible y próximo y continuar las ayudas, hasta donde las fuerzas alcanzaren, para impetrar la conmiseración Divina, detalles de interés para el conocimiento de nuestros antepasados, porque hasta en la manera de disponer, aparte de lo dispuesto, se ve la endeblez o la solidez del hombre y su criterio sobre las cosas, descontados los prejuicios y estimaciones de su época.

Conocemos, por ejemplo, muchos de los bienes de don Diego Barchino y algunas ramificaciones familiares. Pues bien, ante el gran acontecimiento de su muerte, que sobrevino el día 12 de diciembre de 1785, se mandó enterrar en el convento de San Francisco, ¡Cómo no!

Ya se sabe que don Diego era Alguacil mayor y familiar del Santo Oficio de la Inquisición de la ciudad de Toledo y parroquiano aquí de la iglesia de Santa María.

Con fecha 22 de mayo de 1772 tenía otorgado testamento en esta villa ante don Vicente Ximénez Abendaño, dicho sea para facilitar la labor de los investigadores que continúen estos trabajos. En él mandó dar, por vía de limosna, a los Santos Lugares de Jerusalén 20 reales de vellón y de cera para el Santísimo dos libras. Mandó que asistiesen a su entierro todos los religiosos de la villa y que se les diera la limosna acostumbrada y al Cabildo de Santa Quiteria tres ducados porque le dijera un responso en su iglesia.

Que la caja en que se llevare su cuerpo a enterrar se forrase en sayal, vestuario de los PP. Franciscanos, y no en otra tela, y que lo llevaran seis personas pobres mendigas, naturales de esta villa o forasteros a quienes se les diera por sus albaceas cuatro reales para comer y once reales para que le encomienden a Dios. Y que estando su

cuerpo en la iglesia de San Francisco se le dijere y celebrase misa cantada en el altar mayor, con vigilia y responso, cuatro rezadas por los religiosos de la misma comunidad y otras cuatro por los del colegio de la Trinidad, todas con la limosna de tres reales, con tal que al final de cada una rezasen un responso, y que en cada uno de los tres días siguientes al de su entierro, por razón de novenario, oficios y cabo de año, se le dijere una misa cantada, con vigilia y responso en el altar mayor, y se celebrasen ocho misas rezadas por los de dicho convento y los de la Trinidad, con responso sobre su sepultura, dando tres reales por cada una. Que dichos cuatro días de su funeral, celebrasen misa todos los sacerdotes seculares y regulares que se hallaren en esta villa, aunque fueren forasteros, de la limosna de tres reales, con un responso. Que el día de sus oficios se pusiesen de limosna, por vía de ofrenda, cuatro carneros, cuatro pellejos de vino y seis fanegas de candeal, y que dichos cuatro días bajase la Comunidad, en la forma acostumbrada, a cantar un responso por su alma y se le diese la limosna de costumbre.

Que en el citado convento de San Francisco se celebrasen cien misas de a dos reales por el Santo Angel de la Guarda, Santo de su nombre y de los de su devoción, ánimas de sus padres, abuelos y parientes y por penitencias mal cumplidas y por si algún otro cargo tuviese.

Que se dijeren quinientas misas rezadas por su ánima de cuerpo de testamento de a dos reales y medio, y de ellas se han de celebrar, los sacerdotes de Santa Quiteria, 100; los PP. Trinitarios, 100; los Padres Franciscanos, 175, y los clérigos de Santa María, 125.

Dispuso en un codicilo que las cuatro velas que de añal se llevan sobre la sepultura se pusiesen por tiempo de un año en el altar mayor del convento de San Francisco, para lo que se le diesen al padre guardián trescientos reales, y si no bastasen, hasta lo que sea menester.

Que por tiempo de un año se diese a la misma Comunidad de San Francisco el aceite necesario para el cebo de la lámpara del Santísimo por las noches del año o su importe.

En dicho su testamento dejó mejorada en tercio y quinto a su tercera y última mujer, María Ignacia Treviño, y a sus hijos habidos en ella los mejoraba y mejoró en un tercio.

Nombró por sus albaceas a dicha mujer, Ignacia, a don José del Val, Presbítero, y a don Lorenzo del Val, de esta vecindad. Nombró por únicos y universales herederos a Jerónimo, Facundo, Bernarda, Diego, María Antonia y Joaquina Moreno Barchino, sus hijos, habidos, los tres primeros en doña Ana López Villaseñor, su segunda mujer, y los otros tres en la tercera y última esposa, María Ignacia Treviño.

Como se ve, los bienes de que tenemos hecha referencia no figuran para nada en esta postrera disposición.

Como muestra de lo que eran las disposiciones corrientes en esta materia se pueden citar algunos, como María Castellanos, de cuarenta y cuatro años, viuda de Andrés Manglano, que falleció el 2-4-1685, y se mandó enterrar en la parroquial de Santa María y que se le dijera el día de su entierro una misa cantada y diez rezadas de la limosna de a dos reales y asimismo se le dijeran otras el día de sus oficios y que acompañe su cuerpo el Cabildo de San Pedro y San Pablo, sito en dicha parroquia, más doce religiosos de San Francisco y doce de la

Trinidad, más las cofradías ordinarias. Mandó por sus difuntos seis misas rezadas de dicha limosna y por su alma cuarenta, y al Ara del Santísimo Sacramento una libra de cera. A los Santos Lugares un real y a las mandas forzosas treinta y cinco maravedíes. Y mandó se le llevara de añal, pan y cera un mes.

Esto de llevar pan y cera a la sepultura es una reminiscencia ancestral que alcanzó su mayor difusión en las tumbas egipcias de los Faraones.

La palabra añal significa la costumbre de estar haciendo esa ofrenda durante un año a partir del entierro, y pocas veces dejaba de consignarse en las disposiciones que comentamos, aunque algunos, como se ha visto en Barchino, aumentarían la ofrenda con corderos, vino y candeal u otras especies, pero el hombre se pega de tal manera a las costumbres y se le arraigan tan profundamente los prejuicios, que aunque doctrinalmente diga una cosa, siempre le queda la duda, y, a la postre, se inclina del lado de su sentir. Y véase la relación, que no falla. Cualquiera sacerdote diría, volviendo la cabeza a la sepultura, porque eso me lo han dicho a mí mismo, que allí no queda más que un montón de basura, como es verdad, pero se muere él, como se murió el 1-3-1769 don Pedro Guerrero Mena, presbítero, natural de Alcázar, con testamento ante don Vicente Díaz Maroto, Escribano de S. M. y público del número y gobernación de esta villa, y se hizo excesivos sufragios y mandó que se le llevara pan y cera sobre su sepultura todo el tiempo que pareciere a sus albaceas. Y era sacerdote e hidalgo. Nombró heredera universal y única a doña Josefa Guerrero Romero Maroto, hija de Manuel Romero Guerrero, su sobrino, y de María Antonia Maroto y Nieva, su mujer.

El día 5 de mayo de 1768 falleció en Alcázar Diego Ortega del Río, apellido también de campanillas, testando ante el escribano don Mariano Tejera, y se mandó enterrar en la iglesia parroquial, con tal cantidad de sufragios solemnes y toques de campanas en todas las iglesias, que durante largo tiempo debió acaparar para él solo el esfuerzo de todos los religiosos de la localidad, pues una de las partidas menos agobiantes era de tres mil misas rezadas para celebrarlas a diario.

Don Diego Barchino tenía un hermano cura, don José Moreno Barchino, que murió el 15 de marzo de 1766. Era comisario del Santo Oficio de la Inquisición de Toledo, pero natural y vecino de Alcázar. En honor de todos aquellos señores hay que decir que le guardaron a su pueblo una fidelidad ejemplar. Testó ante don Mariano Tejera, escribano del número de esta villa. Se mandó enterrar, como de facto se hizo, en la iglesia parroquial, y donó tres libras de cera al Santísimo, 14 reales a las mandas forzosas de los Santos lugares y redención de cautivos y 164 misas de cuarta. Nombró albaceas a Facundo y Jerónimo, sus sobrinos, los dos hijos mayores de Don Diego, citados anteriormente, nombrándolos también herederos, con su hermana Bernarda y el Prior de la iglesia, don Pedro Córdoba.

Murió don Diego López Guerrero, soltero y natural de Alcázar, el 28 de marzo de 1767. Mandó que se le enterrara en San Francisco, acompañado de los dos Cabildos eclesiásticos y las dos comunidades de los conventos, que entonces no estaban tan desnutridas como ahora, pues era corriente pedir veinte frailes de cada comunidad para

acompañamiento, y no es ninguna fantasía suponer que fueran cien religiosos en el entierro, poco más o menos. Nombró albaceas a su hermano Alfonso y al padre guardián Fray José Montoya, y herederos a sus hermanos Alfonso, Eugenio, José e Isabel López Guerrero.

El 8 de mayo de 1744 murió don Juan Maroto del Río. Los Ríos de Alcázar fueron siempre caudalosos. Hizo testamento cerrado, y a su tiempo se publicó por el señor Gobernador de los Prioratos y ante don Juan Díaz Maroto, mandándose decir tres mil misas entre las iglesias de la villa, distribuidas meticulosamente en cantidades y fechas de celebración. Fundó un vínculo sobre cuatro casas y lo restante de sus bienes raíces con la carga de una misa cantada y seis rezadas, y todas ellas en el convento de San Francisco, en el día de San Juan, dejándole a dicho convento seis mil reales de vellón con la calidad de que se le dijieran tres misas cantadas todos los años en los días de San Juan Bautista, San Antonio de Padua y San Francisco de Asís.

El Presbítero don Francisco Maroto Villaseñor, que murió el 4 de abril de 1758, nos dejó en sus disposiciones una relación de nombres muy interesantes en las genealogías de la villa. Se mandó enterrar en Santa María, en la forma y como fuese la voluntad de su sobrina doña Ana Zambrana Godoy y Maroto, a cuyo arbitrio y disposición dejó todo, nombrándola albacea con su hermano Fray José Maroto y don Juan Antonio Saavedra, don Diego Saavedra Quintanilla, don Francisco Fernández Román y don Juan Francisco Roperero Tardío, abogado de los Reales Consejos.

Falleció el sacristán mayor, Juan Francisco Rioja, que hemos visto de testigo en tantos actos, el día 30 de agosto de 1760, y aunque tenía un hijo cura, Pedro Rioja, mandó que lo enterraran en San Francisco, porque ésa era la corriente y había que seguirla. La humanidad ha tenido siempre el mismo espíritu rebañego, y en Alcázar no digamos. Se había casado dos veces, y nombró herederos a su hijo y a su yerno.

El 18 de octubre de 1761 muere don Juan Díaz Maroto Ocampo, marido y conjunta persona de Ana María Cárdenas, expresión novísima, corriente en todo tiempo entre enamorados que ansían la fusión, pero no en los documentos oficiales. Nombró albaceas a la dicha mujer, a Inocencio Vela, su yerno, y a Jacinto Díaz Maroto Ocampo, su hermano. Diez días después muere Diego Ligeró, marido y conjunta persona de Josefa Sánchez Arias en segundas nupcias, y en primeras de Tomasa Martín Chocano, es decir, que la conjunción era múltiple, el neologismo no significaba singularidad, y estaba bien, porque los metales pueden fundirse infinitas veces, tomando la forma del recipiente que los aloja.

Siguen los nombres simbólicos alcazareños. El 7 de marzo del 1763 muere Francisco Díaz Maroto, Teniente de Prior de Santa María, y falleció bajo el poder que había otorgado para testar a su hermana Eusebia Díaz Maroto, la cual fue albacea con su hermano Pedro Díaz Maroto. Y en agosto muere Josefa López de Párraga, viuda de Martín de Cervantes. Dejó por albaceas a Manuel y Fernando de Cervantes y a los reverendos Padres Fray Juan y Fray Bernardino de Cervantes, del convento de San Francisco, todos cuatro sus hijos, y por única heredera a María Concepción de Cervantes y Párraga, su hija, viuda de Pedro José Rioja.

A la relación de nombres citada antes por el cura Maroto se puede agregar esta otra, que la completa, de don Diego Saavedra Quintanilla, allí mencionado, y que falleció el 13 de enero de 1771, que fue marido, en primeras nupcias, de María Teresa Merino, y en segundas, de Luisa Castilla Portugal, natural de la Mota del Cuervo ésta. Nombró albaceas a Juan Antonio Saavedra, de Alcázar, y Antonio Carranza, de Tomelloso, «in solidum», herederos a Josefa, Catalina, Antonia y Francisca Saavedra Quintanilla, difuntas, y a Francisco y María Antonia Saavedra Quintanilla, hijos de Francisco Saavedra Quintanilla, sobrino difunto, y de Isabel Carranza.

Doña Angela Valenzuela, cuyo padre dio su apellido como nombre a la calle de Ramón y Cajal, murió el 17 de enero de 1771, viuda de Bernardino Maroto Villaseñor, naturales de esta villa, otorgando testamento ante don Francisco Rico. Se mandó enterrar en el convento de San Francisco, y dejó al arbitrio de Manuel Antonio Guerrero Maroto, su nieto, el entierro y sufragios, sin hacerse otra cosa que la que él quisiere y sin poderle apremiar ningún juez. Decidida voluntad la de doña Angela, y recelosa, desde luego, siendo mucho más expresiva que lo que era usual. Además de las mandas que eran de rigor, declaró haber tenido por devoción se den para las funciones del Glorioso San Antonio de Padua, que se venera en el convento de San Francisco de esta villa, diferentes alhajas, y a fin de que en adelante sirvan al propio efecto y honras que al dicho Santo convengan, es su voluntad se le den y entreguen a sus actuales mayordomos. En adelante, las dichas alhajas que constan en una minuta que se hallará entre sus papeles y se hará asiento en los libros de la cofradía para que consten las que son.

Declaró tener hecha promesa de ir a la Santa Cara de Dios de Honrubia y que se celebre una misa rezada por lo que es su intención, que se dé y pague por dicha misa veinte reales de vellón, con consideración al gasto que en el viaje había de hacer, y se cumpla lo referido por sus albaceas y herederos.

Nombró albaceas a Manuel Guerrero Villaseñor, su yerno, y a Manuel Antonio Guerrero Maroto, su nieto, vecinos de esta localidad, «in solidum».

Herederos únicos universales el referido Manuel y María Josefa Guerrero Maroto Villaseñor, sus nietos, como hijos de Manuel Guerrero y María Antonia Maroto, su mujer, difunta, e hija de la dicha doña Angela y de don Bernardino Maroto Villaseñor, también difuntos.

El 4 de octubre de 1771 falleció Bernarda Peña —no se olvide que estas Peñas eran resistentes, como las de Zamora—, mujer que fue de Vicente Díaz Maroto, natural y vecina de esta villa. Nombró albaceas a su dicho marido y a Francisco Millán Jareño y heredero universal al referido marido, dejando ordenado en un codicilo del testamento puesto por el escribano, en el que Bernarda manda se entreguen a Antonio Millán Jareño trescientos reales de vellón, para que los invierta y distribuya en los fines y efectos que le tiene comunicados.

Aparte de los calificativos ya reseñados sobre el estado de doncellas, mancebos, estado honesto, tan corriente, ahora encontramos en Francisca Arias, que muere a los veinte años, de estado «continenti»,

y deja un largo testamento, mandándose enterrar en San Francisco, y no es menester decir que con nutrido acompañamiento y sufragios, con dos codicilos que agregó a su testamento en diferentes épocas.

El 27 de enero de 1873 muere don Vicente Díaz Maroto, del que tanto se viene hablando; marido de la recientemente citada doña Bernarda Peña. Dio poder a su hermana Eusebia, pues ya entonces era una realidad lo de en casa del herrero cuchillo de palo, no entendiéndose sepultura, albaceas ni herederos, y la Eusebia hizo constar su criterio de que cuando la voluntad de Dios fuese servida de llevar su alma, su cuerpo fuese sepultado en la iglesia, en la sepultura que pareciera a los albaceas Juan Alvarez de Lara, Juan Díaz Maroto, sus sobrinos, y heredera universal, su hermana Eusebia.

30 de julio de 1774. Murió Josefa Millán, mujer que fue de Ignacio Ximénez de la Castellana; nombró albaceas al referido Ignacio, su marido, y a Pedro Ramos Novillo, alguacil mayor de la gobernación de estos Prioratos, y con calidad de «in solidum». Heredero único y universal el dicho Ignacio Ximénez de la Castellana, su marido, por no tener forzosos, y con atención a la buena compañía que tuvieron en el tiempo de su matrimonio, y por otras justas causas que le asistieron. Mira, mira, doña Pepa, con qué mohínes tan femeninos le entrega sus bienes al conocido escribano.

27 de febrero de 1777. Bernarda Moreno Barchino, mujer que fue de Juan Bautista Aguilar y Cerda, se mandó enterrar en San Francisco, en la sepultura de sus mayores, quedando a disposición de su padre —don Diego— y de su dicho marido lo relativo al acompañamiento, que no sería flojo, por lo que se ha visto en el padre, que murió después, como consta. Nombró herederos a sus hijos.

Y bien pronto nos encontramos con don Ignacio Ximénez de la Castellana, viudo de doña Josefa Millán, que muere el 30 de junio de 1779, y se manda enterrar en San Francisco, con la abundancia de sufragios que es de suponer. No lo dijo, pero dado el acaramelamiento de doña Pepa en la despedida, debieron enterrarla también en San Francisco.

Mandó para siempre a Francisco Sánchez Alarcos, su sobrino, residente en Barrax, pero natural del Campo de Criptana, las casas donde vivía dicho Ignacio Ximénez de la Castellana, que existen en esta población, y en el sitio de las Caras de Dios o Puerta Tejera, dato que se halla por primera vez, sin haberse localizado todavía el emplazamiento de las Caras de Dios. Lindan con casas del beneficio parroquial de Santa María y Diego Camacho, con la carga y obligación de celebrar cada año una misa rezada de su limosna de cinco reales y medio en la parroquia, cuya carga cumplió don Ignacio por los días de su vida. En la relación de vecinos de las Caras de Dios, publicada en el fascículo 29, no figuran como propietarios ninguno de estos dos cónyuges, pero cuando él lo dice y transmite su herencia, hay que reconocerlo. Tampoco figuran en la de Santa Ana, por donde se supone que andaban las Divinas Caras.

Declara haber sido poseedor de un cebadazo camino del Campo, mano derecha, cerca del convento de las monjas de la Concepción, lindo don Francisco Aguilera y doña Manuela Suárez, de haber cuatro fanegas de cebada. Y también otra tierra en la vega de Ocaña, camino de Quero, mano derecha, lindo con herederos de Joaquín Abendaño, y

capellanía que posee don Francisco García de Juan Pérez, vecino de Madridejos, de seis fanegas, con la carga de dos misas rezadas de la limosna de dos reales. Fue su voluntad que las dichas heredades pasaran también a dicho Sánchez Alarcos para que lo cumpla.

Fue su voluntad que se entregaran a Santa María las fincas siguientes:

Una era empedrada de pan trillar, junto al molino del aceite que dicen de Nieva, camino de Herencia, mano izquierda, linde Pedro Pedrero.

Una tierra en los Marotones de tres fanegas de trigo, linderos José Millán, Vicente Ximénez del Río y Juan José Guerrero.

Otra en el cerro de Giguéla, camino de Herencia, poblada de olivas, de catorce celemines para trigo, linderos Pedro Mantilla y Vicente Octavio Cantarilla.

Otra en la Cañada de la Toba, camino de las Paredetas, mano derecha, linda con los Parrales, Andrés Raboso y Juan José Guerrero, de haber dos fanegas y once celemines para trigo.

Otra en el Alto de Mira, camino de Manzanares, mano derecha, lindo Juan Ignacio Roper, de haber fanega y media de trigo.

Otra en la Cucacha, de una fanega y tres celemines para trigo, en el carril de la Olla, a mano derecha, linderos Manuel Gimeno y Manuel Guerrero Romero.

Otra linde al carril de la media legua, camino de Argamasilla, con don Fernando de Cervantes y Diego Barchino, de haber tres fanegas para trigo.

Otra más adelante de tres celemines.

Otra en las Cuadrillas de tres fanegas, camino de la Cruz de Jesús.

Otra por el carril de la media legua, lindera del carril, de cuatro fanegas.

Otra en el camino de Socuéllamos, de tres fanegas, a mano derecha, lindera con vecinos del Campo, y otra más adelante de siete fanegas y media.

Otra en las Cuadrillas, mano derecha, de ocho fanegas y tres celemines.

Otra de cinco fanegas en el mismo sitio, con la obligación de que cada un año, perpetuamente, y en el mes que corresponda y fuere señalado, ha de hacer la fiesta de la Minerva a Nuestro Señor Sacramentado, con la asistencia y cera de costumbre, misa cantada y demás alicientes que se practican y con la precisa obligación, también, de haberse de decir en el propio día por su alma diez misas rezadas, su limosna de tres reales, adscribiéndose en esta memoria a la tabla de dicho Cabildo para que teniéndola presente no olvide su entero cumplimiento y el dicho Cabildo no acepte otra memoria, pasando los albaceas el oficio correspondiente para que lo tome a su cargo y lo cumpla como lo dejo prevenido, y cuando por algún motivo o pretexto tampoco lo quisiera admitir, en tal caso fue su voluntad se entreguen estos bienes a José Millán, hijo de Juan, para que los posea, goce y disfrute, con la prevenida obligación de ejecutar dicha fiesta de Minerva y hacer celebrar dichos días diez misas rezadas cada año perpetuamente. Albaceas, Manuel de Cervantes, José Ignacio Climent y Vicente Ximénez del Río.

Obsérvese qué complejo psicológico e ideológico hay en el ilustre escribano y cómo juega los intereses con las creencias y las más arcaicas raíces de la fe sobre las que flota su imperio personal.

De ese mismo fondo es el sentido de permanencia y de necesidades físicas después de muertos y la táctica diplomática para la consecución del favor, de remembranza pagana.

Murió Juan Quintanilla en mayo de 1781, marido de Catalina Escudero, naturales de la villa, enterrándose en su iglesia, en sepultura de sus mayores, acompañándole a enterrar el Cabildo de dicha iglesia y 24 religiosos del convento de San Francisco y 20 de la Trinidad, con la insignia de la Santa Vera Cruz, haciéndosele los sufragios más cumplidos, sin excluir el añal de pan y cera sobre su sepulcro el tiempo de seis meses consiguientes a su enterramiento. No falla.

El 10 de julio de 1782 muere Manuela Sánchez Peláez y Juárez, viuda del conocido don Máximo de la Peña, aquel don Máximo que lo era verdaderamente con equis, como decía luego Máximo Morollón, natural de Alcázar, la difunta, claro, aunque los demás también.

No recibió más que la extrema unción, por accidente repentino que le sobrevino, pero tenía hecho testamento desde el mes de mayo, mandándose enterrar en San Francisco, como se hizo, con licencia del médico titular, don Francisco Pérez Hurtado, y acompañada de todos los religiosos de la villa y la insignia de la Vera Cruz, con sufragios ininterrumpidos y pan y cera sobre su sepultura durante un año. Las ricas ropas y alhajas las distribuyó a las imágenes de su devoción en Alcázar, Criptana y Tomelloso, y unas manillas de aljófar, las mejores, dice cicateramente doña Manuela, a nuestra Madre Santa Teresa, también venerada en el convento del Carmen del Campo, las otras manillas de aljófar, más ordinarias, y una basquiña de color a las monjas de San José, en nuestra villa. Los demás bienes raíces, tierras, labores, viñas y demás fincas las hizo dos partes para sus sobrinos de Tomelloso, hijos de Bartolomé Rodrigo y de Angela Peña Carrillo. Posteriormente, por un codicilo, nombró también heredera a María Josefa Rodrigo, mujer de Martín de la Fuente, vecino de Corral de Almaguer, dividiéndose su caudal en tres partes.

El 17 de diciembre de 1783 muere Vicenta Palomo Lozano, doncella (moza vieja). Se enterró en San Francisco, en una sepultura que tenía propia, y con abundancia de acompañamiento y de sufragios y el correspondiente añal de pan y cera sobre su sepultura. Cubiertas todas las atenciones para las almas, nombró heredero a Agustín Rubio y a su mujer, Sebastiana Barrejón, en atención a haberla asistido por tiempo de diez años con el puchero diario y chocolate y asistencia a su enfermedad. Nunca han sido raros estos casos en la villa.

4 de enero de 1785. Murió Miguel de Cervantes Párraga, viudo de Ignacia Sánchez Berenguillo, parroquiano de Santa Quiteria, habiendo confesado con don Antonio Millán, presbítero y cabildante de dicha iglesia, y disponiendo se le enterrara en Santa María, en sepultura que en ella tenía, acompañado de todos los religiosos de la villa.

Puede ser casualidad y sin relación, pero el caso es que el 10 de enero del 1787 murió Juan José Cervantes, de edad como de catorce años, esclavo de Miguel de Cervantes, que debió darle el nombre, natural que fue de la ciudad de Brica, en la Etiopía, y bautizado que fue

en Cádiz, residente en esta villa y feligresía parroquial. Se le enterró en el convento de San Francisco. Por esta época se dan muchos casos de defunción en el hospital, de los llamados ancianos desamparados, que no lo eran ni lo son los que no tenían a nadie, sino muchas veces los de mayor descendencia. Con este motivo se habla del hospital con los distintos nombres ya dichos, y, además, como Casa de Caridad, y mucho tiempo se habló también de la Casa Cuna, en términos que me sorprendían, y deduzco que el hospital, denominado de una u otra forma y las Casas de Caridad o Cuna eran la misma cosa. Pudo existir el hospital del Corpus Christi y el de Nuestra Señora de los Angeles, eso sí, como la enfermería de San Francisco y el Portal de San Diego, que ahora, con la evidencia del cementerio preferido de San Francisco, están plenamente justificados.

El 18 de abril de 1787 murió don Jacinto Díaz Maroto, clérigo de menores, de edad como de setenta años, natural de Alcázar. Se enterró en Santa María.

NOTA INTERMEDIA

El 15 de noviembre de 1788, se hicieron oficios, vigilia y misa cantada, responso y clamores, por el ánima de la Serenísima Señora Doña María Ana Victoria, difunta mujer del Serenísimo Señor Infante Don Gabriel, Gran Prior, que falleció el dos del presente mes, cuyos oficios se hicieron con asistencia de la Villa y su Ayuntamiento con orden del Señor Vicario de la Dignidad Prioral.

11-9-1790. Muere en este día Doña Angela Villaseñor, la de la calle de San Francisco que tanto hemos mencionado merecidamente. Tenía 95 años y estaba viuda de José de Cervantes. Se mandó enterrar en el convento de San Francisco, cosa muy razonable en su caso, y nombró albaceas a Fray José de Cervantes y Don Melchor de Cervantes, sus hijos. Don Vicente Carabaño y Manuel Díaz Roperó que lo son políticos y por herederos al dicho Melchor e Isabel de Cervantes, sus dos hijos y a Andrés, Melchor, Bernardo y Benita Díaz Roperó, sus nietos, hijos del referido Manuel Díaz Roperó y de Doña Rosa de Cervantes, difunta, otra su hija, queriendo que los cuatro referidos sus nietos representasen un solo heredero, pues aunque tenía otros hijos, que lo son el mencionado reverendo Fray José, Bernarda y Antonio de Cervantes, éstos en sus respectivas profesiones por hallarse en estado de Religión, tienen renunciadas sus legítimas. Asimismo otorgó dos codicilos por los que reformaba y declaraba ciertos cargos de su conciencia.

16-12-1799. Murió en el Hospital Vicente Sales Martínez, hijo de Vicente y de Francisca, párvulo de tres años, natural de Mansalfar y colonos de S. A. en el sitio de la Alameda de Cervera, donde murió y lo trajeron al hospital. Luego su Alteza tenía colonos en la Alameda. ¿Sería todo del Priorato?

19-6-1834. Se enterró en Santa María a Don Castor Beteta, presbítero secularizado, de 46 años, natural de Villafranca de los Caballeros, cosa que salta a la vista por el apellido, pero vecino y feligrés de esta iglesia.

El 27-3-1856 falleció Don José Ramón Sánchez de Soto y Párraga, natural de Puerto Rico, de 34 años, capitán del batallón provincial de esta villa número 25, hijo del Coronel graduado, teniente Coronel Don

Ramón y Doña Teresa, casado con Doña Rafaela Davant, apellido de la Fonda de la Estación.

El 14 de noviembre de 1857, murió una mujer de amplias ramificaciones en la villa, su pueblo, Teresa Sánchez Palomares, la madre de Don Vicente Moraleda y de toda la patulea, que se casó con Lope Moraleda, albéitar de Herencia. Era hija de Gregorio Sánchez Palomares, que es un Sánchez que se ha perdido y de Angela García Baquero, razón por la que Gregorio, el nuestro, le decía pariente a Primitivo. La abuela Teresa murió de hidropesía a los 36 años, lo que no le impidió dejar esa gran baraja de hijos e hijas.

Y muere Dominga Paniagua, a los 44 años, casada con Joaquín Barco, de oficio herrero, que viven en la calle del Estanco. Se trata de la hermana del tío Laureano. Le hicieron entierro de segunda, que también es una novedad.

La sugestiva tentación de las calles no deja de insinuarse en ningún momento, y en esta temporada que omiten las causas de las defunciones empiezan a poner los domicilios que tanto interés tienen para conocer la villa, aunque ya no puedan ofrecérsenos muchas novedades, pero las que haya deben decirse.

Muere una niña en la calle de León que no se ha conseguido localizar hasta ahora. Y Sebastián Morollón, de 72 años, muere el 5-1-1860 en la placeta del Rosquero, que es casi seguro el anchurón del Cadáver en la parte final de la calle del Mediodía. Y aparece el Cristo del Amparo que tampoco ha podido localizarse todavía, como domicilio de Francisca Berrio, viuda de Manuel Gómez Galán, que murió de gastroenteritis a los 60 años, el 7-1-1861 y Florentina Calcerrada Sánchez, de tres días que murió de irritación de vientre y vivía en la calle del Navajo. Después de haber salido la calle del Mediodía, aparece de nuevo la Placeta del Rosquero creando nuevas dudas sobre su identidad. Allí vivía un niño, Balbino Comino Morollón, de 4 meses que murió de cámaras —(diarrea)— el 20-7-1862.

*

*

*

SUCEDIDOS

Gabriel el de Benege, albañil, como es un poco sordejo, cuando estaba trabajando, al darle la *pellá* el *amasaor* en lugar de decirle ¡ahí va!, como es corriente, le daba con el dedo en la pantorrilla.

Al cabo del día tenía siempre en el pantalón un pegote de yeso como un cerrete y se lo quitaba con las uñas como *cascabil* porque no se le caía al restregarse con el escobón y regruñía por la costumbre del *amasaor* aunque reconocía la necesidad.

Otro sucedido, que lo es porque sucede, es que la mujer, hormiguica de la casa, ha cambiado totalmente el concepto de su economía. Antes hacía de un duro dos y evitaba hasta los gastos imprescindibles. Desde que ella gana o piensa más en la calle que en la casa, considera preferible gastar y antes de arreglar una prenda va a por otra nueva, pues como no sabe ha perdido el gusto y la satisfacción de su propia obra.

TESTAMENTO FAMILIAR

La suerte, inseparable y generosa amiga del que persevera, me ha favorecido hallando en mis pesquisas el testamento de mi bisabuela materna que aclara completamente las conjeturas hechas en otros libros sobre los antecesores de mi abuelo materno.

El documento, otorgado ante el padre de Don Joaquín, es además demostrativo en muchos detalles del vivir de aquella época. Por eso y por amor filial y deseo de reconstruir poco a poco el árbol familiar, se reproduce íntegro.

Helo aquí:

«En el nombre de Dios todopoderoso, amén. Notorio sea a todos los que el presente testamento vieren, como yo, María Antonia Quintanilla, hija de Juan Alfonso y de María Castellanos, difuntos, y viuda de Juan Pérez-Pastor, todos naturales y vecinos que fueron como yo lo soy de esta villa de Alcázar de San Juan, hallándome en edad avanzada y enferma en cama pero en mi sano y cabal juicio, memoria y entendimiento natural y creyendo como creo en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas divinas y un solo Dios verdadero y en todos los demás misterios y Sacramentos que tiene, cree y confiesa Nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica y Romana en cuya fe y creencia he vivido y pienso vivir y morir con fidelidad cristiana, hago y ordeno este mi testamento y última voluntad en la forma siguiente: Mando y encomiendo mi alma a Dios Nuestro Señor que la crió de la nada y el cuerpo a la tierra de que fue creado. Dejo a la voluntad y gusto de mis hijos la forma de mi entierro y funeral para que lo dispongan como les acomode, igualmente que los sufragios que quisieren mandar hacer por mi alma y las de mis difuntos. A las mandas pías religiosas y políticas que son forzosas dejo y mando sus acostumbrados y enarcados derechos. Declaro que cuando contraí matrimonio con Juan Pérez-Pastor, mi difunto marido, ninguno de los dos aportamos más bienes que nuestras precisas ropas de vestir, por lo que todos los bienes que existen son de la clase de gananciales, debiendo entenderse lo mismo respecto de los que quedaron a la muerte de mi citado marido y de los que se hizo una descripción extrajudicial y simple que conservo y se tendrá presente para cuando llegue el caso de hacer la partición de los existentes a mi fallecimiento. Declaro que del matrimonio con dicho mi marido tengo cinco hijos legítimos que son: Rosa, Anselma, Juan Pedro, Juan Alfonso y Felipe, los cuatro primeros vivos y el último difunto pero con una hija menor que es María Francisca, mi nieta. Declaro asimismo que al tiempo de poner en estado a dichos mis tres hijos, Rosa, Juan Pedro y Felipe, llevaron a sus matrimonios, la Rosa un mil setecientos reales, Juan Pedro dos mil cuatrocientos noventa y nueve reales y Felipe dos mil setecientos diez reales, todos a cuenta de ambas legítimas, pero como a la muerte del padre, mi marido, no se hizo partición ni entrega de lo que deberían haber percibido por herencia paterna se colacionaron en su tiempo y caso las expresadas cantidades íntegras según resultan de asientos simples que tienen firmados los mismos interesados y se hallarán entre mis papeles. Declaro que todos los gastos que se hicieron cuando salió soldado mi hijo Juan Pedro los tiene satisfechos íntegramente de sus soldadas y no hay que imputarle cantidad alguna en la partición por ese concepto y los mil reales que su hermano Juan Alfonso dió para pagar el último plazo del sustituto tampoco tienen que pagar en dicha partición por ser esta cuenta entre ambos hermanos que la cobrará o perdonará el Juan Alfonso al Juan Pedro como más le acomode. Declaro que mi hijo Juan Alfonso que es vecino de Madrid, nada debe al caudal de la otorgante pues cuantos gastos ha hecho todos los ha suplido y pagado de su propio peculio. Con-

fieso que debo a Mateo Campo, mi vecino, cuatrocientos reales, mitad del sexto de una mula que se le compró, debiendo mi hijo Juan Pedro los otros cuatrocientos reales. A Juan Manuel Fontecha, maestro herrero vecino de Herencia, la mitad del importe de un calzo y demás hierro menudo que tiene hecho para el carro, siendo de cuenta de mi mencionado hijo Juan Pedro la otra mitad. A mi hijo político Antonio Castellanos, debo después de liquidadas todas nuestras cuentas, quinientos cincuenta y dos reales y medio. A mi referido hijo Juan Pedro, trescientos veinte reales. A Isabel María Campo, doscientos ochenta y cuatro reales y cuatro fanegas de candeal. A Joaquina Navarro, la Maya, cien reales. A María Chocano, ciento ochenta reales y aunque no recuerdo deber más cantidades quiero sin embargo que si resultare alguna otra deuda tanto en contra como en favor, se paguen todas legítimamente. Dejo por vía de manda legal o como mejor proceda a mi hija Anselma Pérez-Pastor todos los muebles y trastos que hay en la sala, a saber, un arca, trece sillas, las cortinas y cuadro o láminas, el espejo y esterado y además la banca que está colocada en la cocina con su colchoncillo y cabeceras y también la mitad de mi cama matrimonial con toda la ropa perteneciente a ella aunque no esté puesta, quedando para mi hijo Juan Alfonso Pérez-Pastor la otra mitad que le dejo en igual forma. A este mi hijo Juan Alfonso mando mil reales además y a aquella, la Anselma, otros mil reales que le consigno y señalo para que los tome en la mitad del valor que tenga el carro de camino que maneja Juan Pedro, de quien es la otra mitad, entendiéndose todo por una sola vez y para siempre y rogándoles me encomienden a Dios. Mando por una sola vez y para siempre a mi nieta María Francisca Pérez-Pastor y Agenjo, hija de mi hijo Felipe, difunto, cien reales además de los doscientos que le dejó su abuelo y tengo en mi poder que también se le entregarán desde luego y le pido me encomiende a Dios. Mando en los mismos términos arriba dichos cien reales a cada uno de mis nietos Simón y Juan Antonio Castellanos, hijos de mi hija Rosa, pidiéndoles rueguen a Dios por mi alma. Para cumplir y pagar este mi testamento y cuanto en él dejo dispuesto nombro por mis albaceas testamentarios a mi hijo Juan Pedro Pérez-Pastor y a mi yerno Antonio Castellanos, juntos y a cada uno de por sí insolidum con las facultades necesarias y amplias para el desempeño de su cargo y la prórroga de tiempo que necesiten además del que señala la ley, encargándoles no obstante sus consecuencias. Item. Del remanente que quedare de todos mis bienes, acciones y derechos que al presente tengo y en adelante puedan corresponderme en cualquier concepto, instituyo y nombro por únicos y universales herederos a todos ellos, a Rosa, Anselma, Juan Pedro, y Juan Alfonso Pérez-Pastor y Quintanilla, mis cuatro hijos vivos y a María Francisca Pérez-Pastor y Agenjo, mi nieta, en representación de su padre difunto, para que los hayan, lleven y hereden con la bendición de Dios y la mía. Por el presente revoco y anulo, doy por rotos y de ningún valor ni efecto todo y cualesquiera otro testamento, codicilo o poderes para testar que antes de ahora haya hecho por escrito o palabra o en otra forma, pues no quiero que valgan ni hagan fuerza judicial o extraoficialmente y si éste que hago ante el presente escribano y testigos que se expresan el cual es mi voluntad sea tenido por mi último, deliberada disposición testamentaria y como tal se observe y cumpla cuanto en él dejo dispuesto sin cosa en contrario. Así lo dijo la otorgante a la que doy fé, conozco y no firma por expresar que no sabe haciéndolo a su ruego uno de los testigos presentes, que son, Inocente Ortega, Juan Vela, y Juan Ruiz, vecinos de esta villa de Alcázar de San Juan a veinte de Enero de 1.850. Firma Inocente Ortega. Ante mí, Pedro José Alvarez».

Queda probado quienes fueron los padres y hermanos de mi abuelo Juan Pedro

y la relación de muchos hechos locales: que mi abuelo fué efectivamente carromatero, que su hermano Juan Alfonso vivió en Madrid donde fué profesor del Conservatorio de Música, cosa extraña, donde enseñó a Casimiro Campo, después organista aquí en todas las solemnidades, aunque naciera en Carabanchel a causa de la emigración de entonces de otra rama de Quintanillas, que sería la misma causa de la situación de Juan Alfonso; que la Rosa fué el origen de los primeros Pitises del lugar, cuyo primer vástago, Simón, fué el creador de la Fábrica del Yeso, de lo del patio de San Francisco, el último dueño de la Fábrica del Salitre y tantas otras cosas de relieve local que constan en publicaciones anteriores.

Alrededor del testamento precedente se han recogido otros datos de interés local valederos para enjuiciar detalles de la vida alcazareña. Uno, que Don Juan Alvarez Guerra, el padre, era natural de Badajoz y vecino de Alcázar. Así consta al otorgar poder a Santiago Villamar para que le cobrara las rentas, incluso judicialmente, en los pueblos de Campo de Criptana, El Toboso y Lillo.

El ser extremeño justifica su inclusión entre los conquistadores de América, sus caudales subsiguientes y su preponderancia en el negocio de tabacos de Filipinas.

El primero de mayo de 1856, compró el hermano José María Carabina la casa de la calle Resa esquina a Tribaldos, conocida después como del secretario al reconstruirla su hijo Francisco y que se tiene citada reiteradamente, donde ahora están las contribuciones. Lindaba con Juan Carrascosa, el padre de Jesús y de Eulalio y con Joaquín Utrilla que debió ser el abuelo de Estanislao. La casa era de la familia de la mujer de Don Manuel Mantilla, a la sazón Alcalde y la vendieron en seis mil quinientos reales.

En el mismo trozo de calle que iba de la calle de San Andrés a la calle Resa, recuérdense las estrechuras antiguas, le vendió Guerra a Natalio Villaescusa un cuarto o corrido para poner la fragua en mil doscientos reales, donados en moneda de plata.

Por esos días compró Juan Sánchez-Mateos, antecesor del Chato Carreras, una tierra alcacel en el Praillo, por el carril que iba a la huerta del Mudo y a las pedrizas de las Abuzaeras. Don Rafael López Guerrero lo había heredado de su tía Gregoria y lo vendió en doscientos noventa y tres reales catorce maravedíes.

CASTILLO DE GARCIMUÑOZ

Esta es la gran puerta residuaria, de interés artístico y estilo gótico, que citan las crónicas como principal vestigio de esta gran fortaleza que ya en el siglo XIV disparaba balas de veinte centímetros de diámetro. Además de esta puerta se conserva el recinto que es imponente y la iglesia actual en su interior. Lo demás está convertido en cementerio. Se parece al de Belmonte y correspondía al mismo señorío de Villena, que está pidiendo un estudio a fondo por interés de toda la comarca. Situado a la derecha de Honrubia, todavía es impresionante la gran fortaleza y el pueblo actual, con acentuados vestigios de su alcornia, está situado al otro lado, al poniente, y no desmiente su importancia.

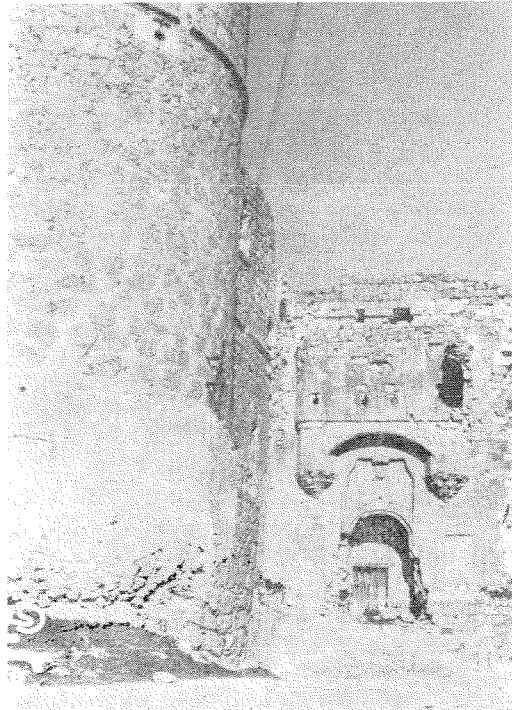
De esta villa es de la que consta en anteriores fascículos, que vinieron a Alcázar los primeros Pérez-Pastor y los García Pérez-Pastor, sin ser lo único que viniera de la demarcación de Honrubia, pues también vino la gran fortuna de los Aguilera, traspasada por coyunda a la familia de don Joaquín, que no sería sor-

prendente se hubiera originado en los dominios de esta fortaleza.

Como ya se sabe, la familia de don Joaquín se exiló de Alcázar en tiempos de inquietud y zozobras y estuvo por aquellas tierras, concretamente en Santa Marta, donde nacieron don Joaquín y don Federico y no sería extraño que allí se engendraran tales relaciones.

Aquí ocurrieron grandes hechos históricos, inolvidables, pero de lo que se conserva allí recuerdo vivo es de la herida y muerte del poeta Jorge Manrique, capitán a la sazón, en la lucha con las tropas de Enrique IV, llevándosele a enterrar en Uclés (I).

Sin contar las estratagemas crueles de alta política, más conocidas, las paredes de este castillo fueron testigo de un acto de amor fraternal tal vez único en la historia, en virtud del cual, un vecino de Villanueva de la Jara se sustituyó por un hermano suyo condenado a la pena de horca por el Marqués de Villena.



(I) Se trata del poeta clásico tan conocido por el de las coplas que dedicó a su padre, Rodrigo Manrique, Maestre de Santiago y que empiezan con las famosas estrofas,

*Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando,
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando.
Cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
de dolor,
cómo a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.*

En el castillo hay actualmente una lápida, a la derecha de su entrada, como se vé en la fotografía, que dice textualmente:

"Recuerda, caminante, que a las puertas de este castillo vino la muerte sobre el poeta que mejor la ha cantado en nuestra lengua, el capitán JORGE MANRIQUE en el año MCDLXXVI, cuando peleaba por su reina, Isabel la Católica".

(La Real Academia de España por iniciativa y a espensas del Duque de Alba, su individuo de número, perpetúa este recuerdo y pide una oración por él. 16 de marzo 1944).

Y va de retro

Aportación interesante a la historia alcazareña

Igual que Mariano Moreno me indujo a puntualizar la estancia del Rey Amadeo en la fonda de la Estación, ahora Juanito Ruiz Octavio, el hijo de Socorro, que vive en Madrid muchos años, jubilado ya como jefe de revisores, me recuerda la mediación del Padre Panadero en la visita que hizo Castelar al Papa León XIII, referida por don Natalio Rivas en sus interesantes apuntes históricos.

Efectivamente, en el segundo tomo de estos apuntes, aparecido el año 1935, prologado por don Gregorio Marañón, explica don Natalio lo difícil que le era encontrar referencias de tan importante entrevista, pero la suerte le favoreció la temporada que estuvo en Roma el año 1897, dándole ocasión de tratar «a un religioso, el padre Patricio Panadero, que desempeñaba hacía mucho tiempo el cargo de Procurador General de los franciscanos españoles en la Ciudad Eterna. Era hombre talentoso, elocuente, culto y ejemplar acabado de la democrática y amable llaneza que distingue a casi todos los hijos de San Francisco de Asís. A pesar de la jerarquía que ocupaba en la Orden, vivía pobre y humildemente en su convento de Santi Quaranta. Prestamente nos cobramos afecto sincero que duró hasta su muerte, acaecida veinte años después».

¡Qué lástima no haber recordado esto que se tenía a disposición cuando se publicó la semblanza de Fray Patricio en el fascículo cuarto, pero de haber vivido don Natalio, que leía estos libros y solía replicar, lo hubiera acusado enseguida.

En aquella semblanza, no por modesta menos real, estaba bien reflejada la *democrática llaneza* del P. Panadero, que era sencillamente un ramalazo muy alcazareño, común a muchos de sus hijos y simbolizado en un sanchopancismo de buen fondo y mejor humor, que ha sido una de nuestras características a lo largo del tiempo, entre los religiosos comparable a Risitas, entre los seculares a Benigno el Carbonero, aunque en Fray Patricio más apacible y sosegado con arreglo a su constitución biológica que le hacía hablar y conducirse como *hombre de peso* cuadrándole bien lo de talentoso que es una calificación muy comprensiva de todas sus cualidades.

Pero dejemos a don Natalio con el relato que también tiene interés propio aparte de lo de Fray Patricio.

«En el curso de nuestras frecuentes charlas, hubimos de hablar del viaje de Castelar a Italia, sobre el cual yo no le había interrogado antes, porque ignoraba si él estaba enterado de los detalles que tanto ansiaba yo conocer. Y me alegré que tratáramos de asunto que tanto me intrigaba, porque de la conversación obtuve más provecho del que podía imaginarme.

Me dijo, lleno de ufana complacencia —y no digo de vanidad, porque su espíritu modesto era incapaz de sentirla—, que era buen amigo personal del gran

tribuno y admirador entusiasta de su arrebatadora y sublime elocuencia, pero que lo que más hondamente le rendía, era un agradecimiento infinito por haber cantado como nadie, en sus *Recuerdos de Italia*, las glorias del excelso mendigo de la Umbría, santo entre los santos.

Conservo en mis apuntes todo lo que escuché de sus labios, y he de procurar reproducirlo con exactitud, sin omisiones ni añadiduras, que quitarían fidelidad a la referencia. Para que la información resulte más natural, es preferible que sea él el que hable directamente, en la misma forma que yo tuve la fortuna de oírlo:

"La estancia de don Emilio en Italia, y singularmente en Roma, tuvo las proporciones de una verdadera apoteosis. Los homenajes y acatamientos que le fueron rendidos, superaron a cuantos se han tributado a ningún extranjero.

El genio, encarnado en nuestra más gloriosa personalidad nacional, triunfó de manera definitiva y concluyente. Políticos de todos los partidos, artistas, hombres de ciencia, escritores y aristócratas, rivalizaron en festejarle y atenderle. Todos los valores representativos de la sociedad romana, dispensaron a nuestro mágico orador una hospitalidad respetuosa y entusiasta.

Cavallotti, jefe de la democracia más avanzada, vino expresamente desde Milán a cumplimentarle, y Crispi, jefe del Gobierno y caudillo de la comunidad política más numerosa, abandonó Nápoles, donde se hallaba, con el sólo fin de darle la bienvenida.

Si en mi alma pudiera tener albergue el orgullo, me hubiera envanecido como español, al contemplar de qué modo tan señalado se honraba a mi Patria, en la persona del más ilustre de sus ciudadanos.

Pero lo más culminante en aquellos días inolvidables fué, sin duda alguna, su entrevista con el Santo Padre.

Aunque yo conocía la fe sinceramente cristiana de Castelar, confieso que me sorprendió que tan resueltamente acordara ofrecer sus respetos al Pontífice, sin temor a las censuras de los que, envenenados por un sectarismo ciego y desatinado, que tanto abunda en España, consideran incompatibles las ideas democráticas y la convivencia civil y tolerante con las autoridades de la Iglesia católica. No tuve presente que su fortaleza moral —que es patrimonio de los elegidos— está por encima de tamañas deformidades espirituales, cuyos ataques insolentes en nada podían menoscabar sus altos prestigios y la inmaculada pureza de sus convicciones.

Una obligada discreción, me vedó preguntarle si el acto que se disponía a realizar, era producto espontáneo de su deseo o si en ello había intervenido de algún modo la sugestión o el consejo. Sin embargo, en las conversaciones que mantuvimos en aquellas horas memorables, creí adivinar que en su voluntad debió influir —acaso con carácter decisivo— el gran ascendiente que sobre él ejercía César Cantú.

La fe religiosa de este célebre historiador era edificante y arraigadísima. Además, consagraba a León XIII entrañable, a la vez que respetuosa amistad, acompañada de una admiración incondicional a su elevadísimo talento. Y como también era antiguo y consecuente amigo de Castelar, es probable —y así pude deducirlo de algunas palabras de éste— que si sintió alguna vez vacilación fué vencida por virtud de los buenos oficios de su viejo colega.

La petición de audiencia —en obsequio a la calidad del solicitante— no pasó por los trámites corrientes y normales. La demandó en persona nuestro embaja-

dor, visitando para ello expresamente al cardenal Rampolla, secretario de Estado del Papa, que en el acto la comunicó a Su Santidad, el cual hubo de concederla para el día siguiente, encargándole al purpurado, que hiciera presente a nuestro representante diplomático, la especialísima satisfacción con que recibiría a nuestro glorioso compatriota.

Fué señalada la hora del mediodía, y cuando Castelar penetró en la morada pontifical, quedó sorprendido, al observar que la guardia suiza vestía de gala y que todo el ceremonial interior, tocante a la distribución de los guardias nobles, altos servidores palatinos y prelados domésticos, era idéntico al que establece el protocolo para recibir a los jefes de Estado. Le introdujo en el despacho del Santo Padre el cardenal Rampolla, que permaneció en la cortina, mientras duró la entrevista, como es costumbre cuando el Papa conversa con un Soberano.

Castelar hizo ademán de postrarse ante Su Santidad, pero éste lo impidió cariñosamente, invitándole a que tomara asiento a su lado. El gran orador intentó dar una explicación sobre las propagandas demagógicas de su juventud, pero el Sumo Pontífice le interrumpió, diciéndole amorosamente: "Olvide lo pasado y piense tan sólo que yo no veo en usted más que un hijo mío de mi alma como todos los fieles cristianos, en quien la divina gracia ha derramado a raudales los dones del talento y de la elocuencia, que, aplicados al bien, constituyen el más preciado tesoro".

Hablaron cerca de dos horas de diversas e importantes cuestiones: el problema social, que ya conmovía al mundo y que era la principal preocupación del Papa, atento como nadie a buscar el mejoramiento de la clase obrera; de las relaciones de España y Francia; del Congreso de Patriarcas orientales, próximo a celebrarse, y de la manera de asegurar el mantenimiento de la paz universal, alejando hasta el más remoto peligro de una conflagración.

No puedo hacer ni aún siquiera un resumen de lo tratado, porque Castelar me lo refirió a grandes rasgos, y los tres años transcurridos han borrado de mi memoria casi todo lo que me refirió. Lo que sí tengo presente es que León XIII prodigó elogios, no sólo a sus altas cualidades intelectuales, sino también a la prudencia, circunspección y patriotismo con que desarrollaba su política. También le recordó con alabanza su actuación hábil y tolerante el año 1873, como jefe del Estado, facilitando el nombramiento de Obispos, que tanto suavizó las relaciones de la Iglesia con la República.

Durante la conferencia, Castelar quiso dos o tres veces darla por terminada, porque observaba fatiga física en su anciano interlocutor, pero éste, le retuvo con afectuosa insistencia.

Lo único que nunca olvidaré, porque quedaron grabadas de por vida en mi pensamiento, fueron las últimas palabras que cambiaron.

El Pontífice, poniendo en sus frases aquella dulce e inconfundible unción evangélica que inunda todo su ser, le dijo: "Hijo mío, sed fiel a la idea de Dios. He disfrutado con inefable gozo espiritual compartiendo con usted sobre puntos de tanta trascendencia; y sabed que quedo tan agradecido a su visita, que la juzgo más beneficiosa para la Iglesia que todas mis Encíclicas".

El gran español contestó, conmovido: "Señor: pacificad la tierra, y desde la cima en que Dios os ha situado contemplaréis que así como una edad, por su florecimiento artístico, jamás igualado, fué nombrada siglo de León X, así ésta en que vivimos, por los bienes que Vuestra Santidad ha derramado sobre la Humanidad, se llamará el siglo de León XIII".

Al salir a la antecámara, como observara Rampolla que el semblante de Castelar mostraba visible enternecimiento, le interrogó: "¿Está usted satisfecho?", a lo cual repuso, embargado por la emoción: "Satisfechísimo y pleno de perdurable gratitud. Me ha recibido como a un Soberano y me ha despedido como a un hijo".

Desde el Vaticano se dirigió a mi convento, y, arrasados los ojos en lágrimas, me contó cuanto acabo de repetir.

Seguidamente transmitió por telégrafo a César Cantú —a quien visitó aquella misma semana en su residencia de Milán— la noticia que tanto había de regocijarle. El nonagenario historiador le dirigió sin perder correo una carta, de la cual conservo el siguiente párrafo, que, por ser quien era el que la escribió, es de una estimación excepcional:

"No he visto, en mis noventa años de edad, un suceso tan trascendente en lo porvenir, como el diálogo sobre la paz perpetua, entre el Sumo Pontífice de la Iglesia católica y el verbo sublime de la civilización moderna".

Así terminó el padre Panadero su narración, que tengo la seguridad de haber reflejado justamente y sin alterar su sentido.

Regresé a Madrid complacido de haber logrado saber algo de lo que tanto avivara mi curiosidad, bien ajeno de que aquí había de añadir a los elementos adquiridos en Roma uno de inestimable precio.

Conversaba yo un día con Miguel Moya, el periodista insigne, de gratísima memoria, cuyo esclarecido talento rivalizaba con la generosidad de su corazón y la hidalguía de su carácter, y le comuniqué las impresiones que sobre el viaje de Castelar a Roma había recibido del respetable franciscano. Me las confirmó sin rectificar un solo pormenor, porque también él las había escuchado al inmortal repúblico.

La amistad que nos vinculaba era cordial, sincera y por ambos bien correspondida; pero en aquel instante me ofreció una prueba tan evidente de su afecto, que, siendo yo agradecido hasta el sacrificio, nunca la valoraré como merece. Y fué que, para completar mis informaciones, me regaló la única carta autógrafa que el eximio orador —con quien le unía entrañable cariño— le había escrito desde Roma. No necesito decir que la guardo como sagrada reliquia. Dice así:

"Querido Moya: Le telegrafíe a su ruego lo más importante. Imposible de toda imposibilidad escribirle. No me dejan vivir, pues el mundo, reunido en Roma, se me ha echado encima. Imposible que le diga cómo el Papa me ha recibido. Imposible que le encarezca el cariño y entusiasmo de los liberales italianos. Ahí van recortes recientes de los diarios. Haga lo que quiera con ellos. Irá el Conde de París, cosa interesantísima, en dos artículos. Y cuando llegue hablaremos de lo que debemos hacer con mi viaje a Italia, comentado por la Prensa universal, pues hasta los periódicos rusos me telegrafían. A fin de mes nos abrazaremos. Suyo del alma, *Emilio Castelar*".

Su lectura me dejó perplejo y confundido. ¿Qué hablaron Castelar y Moya, cuando aquél retornó de Italia, para que quedara en el misterio un suceso de tan extraordinario interés? Moya dirigía *El Liberal*, y hay que sospechar que debió poner singular empeño en que su periódico recogiera las primicias de la escena desarrollada en el Vaticano, que habría proporcionado un éxito rotundo al prestigioso diario. Castelar dice bien claramente en su epístola que al llegar a Madrid convenían lo que debieran hacer con su viaje a Italia. ¿Qué razones abonaron el silencio sobre un acontecimiento que había atraído la atención mundial? Yo no me sentí

con audacia bastante para preguntarle; y ni en aquella ni en posteriores conversaciones, intenté quebrantar un secreto cuya importancia no se me ocultaba. Pero lo que sí es evidente es que, al acordar el sigilo —aconsejado sin duda por motivos de alta conveniencia—, restaron a las letras una página de belleza insuperable, a la Historia, un documento trascendental, y a la política, una copiosa fuente de enseñanzas fecundas, de que siempre nos hallamos imperiosamente necesitados.

La única alusión que sobre materia tan delicada he llegado a saber es la que consigna un biógrafo de Castelar, antiguo amigo suyo, contenida en las siguientes palabras:

"Todos sabemos la entrevista que aún no hace cinco años celebró Castelar con el Sumo Pontífice, que, con el nombre de León XIII, rige los destinos de la Iglesia católica, de cuya entrevista de hora y media no ha querido decir nada por respetos al venerable anciano, pero de la que ha dejado escrito todo lo que en ella se trató, para asegurar en el porvenir las relaciones políticorreligiosas que deben existir entre los poderes espiritual y terrenal." (I).

No bien leí las anteriores líneas, acudí presuroso a mi inolvidable amigo Rafael del Val, sobrino de Castelar, que poseía todos los papeles que quedaron a la muerte de éste, y me manifestó que ninguno de los manuscritos contenía nada que tuviera relación con la conferencia celebrada en el Vaticano.

Como todo lo que brotó de los labios del famoso orador tenía un sello de grandeza y elevación que nadie igualó, no quiero concluir sin citar las últimas palabras que dirigió a los republicanos españoles.

Cuando ya se sentía herido de muerte por la enfermedad que minaba su organismo, acudieron a él muchedumbre de ciudadanos amantes de la República, demandando con los mayores anhelos, que se pusiera al frente de un movimiento político que propugnara la implantación de la democracia republicana. Al pie de la exposición que le dirigieron había cien mil firmas, encabezadas con la del ex ministro Pérez Costales y otros importantes hombres del republicanismo español.

Al referido documento, contestó veinte días antes de morir, con un discurso escrito, elocuentísimo como todos los suyos y saturado de un sano patriotismo, que nadie pudo superar. Tan hermosa pieza oratoria terminaba con las siguientes palabras:

"El disfraz de los Gobiernos representativos, substituyendo a los Gobiernos parlamentarios, no puede, no, engañarnos; tras él vemos al César, como tras los alardes tribunicios de Marco Antonio se veía el pretoriano. Con estos propósitos de arriba sólo se consigue adelantar abajo la fecha del advenimiento de la República. Para entonces digo lo que sigue: Jóvenes, oíd a un viejo, a quien oían los viejos cuando era joven. Desechad toda idea de fundar una República con los republicanos solos y para los republicanos solos; es la República, como el sol, para todos los españoles; forma suprema de la libertad y del derecho".».

17 de julio de 1933.

(I) *Castelar. Su vida y su muerte. Bosquejo histórico biográfico*, por D. Manuel González Araco. Madrid, 1900.

La Casa de las Comedias

Como aportación a su conocimiento y ayuda a los futuros investigadores, se puede agregar a lo ya publicado en otros libros, la noticia hallada en el archivo de Ciudad Real correspondiente al 26 de mayo de 1847, según la cual, Don Juan de la Cruz Baíllo y Marañón, Cristóbal Sánchez Pantoja, Francisco Castellanos de Eusebio, Juan Agenjo, Francisco Antonio López Guerrero y Mariano Correas, este heredero de Bernardo Romero, todos individuos que componían el Ayuntamiento en los años 1834 y 35, dijeron que les pertenecía en propiedad una parte de casa en la que linda con la de las Comedias en la calle de San Francisco, proindiviso con las otras partes y compuesta de una sola obra, teniendo la correspondiente entrada, portal y patio descubierto, cueva, pozo, cuadra y demás oficinas comunes, la cual adquirieron de Miguel Barrios, de esta ciudad y la venden a Felipe Escalona.

Es una prueba más y bien concluyente de la situación que pudo ocupar en Alcázar nuestra Casa de Comedias y que concuerda con las ya publicadas.

Complicación callejera

La nomenclatura de las calles no es una cuestión baladí sino de las más importantes en la vida de los pueblos, reveladora de muchos aspectos de su historia y últimamente he visto algunos detalles de las nuestras que no quiero dejar de consignar en estas páginas por lo que pudieren valer con el tiempo.

Sigo pensando que nuestra plaza del Rosquero lo es la calle del Mediodía pero no toda sino que esta estaba dividida en dos partes, la Virgencilla de los Dolores y la plaza del Rosquero que lo era su parte más ancha, en comunicación con la plaza de la Justa, pero ahora se complica la cosa y se hace más interesante y más propia, porque al vender Cándido Monedero una casa el año 1840 a Domingo López de la Vega, dice que la casa está en la Plaza del Rosquero, antes llamada del Bollo. Qué curioso y con qué acierto elegían los nombres nuestros antepasados.

Vicente García de los Barrios, vendió otra casa en la calle de San Andrés esquina a la del Vicario, que linda al poniente con Rafael Marañón y al mediodía con Dolores Guerrero.

No hay duda de que se refiere a la calle que sale de las esquinas de Párraga pero ésta calle ha cambiado tanto de nombre y en tan poco tiempo que se duda cómo nombrarla para que se sepa de cual se trata.

Don Vicente Alvarez de Lara y doña Juliana Millán Jareño tenían tres hijos, Juan, Inocente y Raimundo y vivían en el Altozano lindando con el convento y los Alterones. Luego ya se sabe lo que ocupaban y por qué fue a parar allí don Felipe Arroyo que se casó con su nieta.



EL PUENTE DE LOS OJOS ENTORNADOS

Los quintos que fueron y guardaron para la vejez una buena parte de su arrogancia juvenil, se van a la querencia del campo santo y en el puente del arroyo mosconeán y refunfuñan testimoniando su incredulidad ante la vida y su conformidad con la muerte.

Han sido muchas las tandas que ha soportado este puente y cayeron uno a uno como caliches en el juego de bolos. En esta de ahora están Rabin, Gachas, Chalupa, el Bolero, Cocina, el de Prudencio, el Conito, Leonardo Román, el Puro, Nazario Román, Pichica, Jesús Romero, y el otro Bolero. Se han desentendido equivocadamente de sus obligaciones y no les queda mas fin que esperar el pelotazo. Como están tan juntos puede que algunos al caer les de a los de orilla y se deshaga la fila más deprisa.

Conviene, además de hablar, hacer algo que afiance y mantenga la máquina corriente, sin que se amohezca, a lo Marcelo Redondo, que unta el carro al amanecer del lunes y ya lo tiene para toda la semana y así noventa y tantos años, que ya no sé los que son porque como va tan delante he perdido la cuenta. Y el que quiera que le mire las rodillas a ver si le suenan.

Estando en máquina esta plana, me dicen que se ha hundido el puente. ¿Que habrá sido de los pájaros que estaban en el poyo?

MORAL DE CALATRAVA

Tal vez el pueblo mejor cuidado de toda La Mancha, de sencilla traza y situación privilegiada, protegido de los fríos intensos con favor para sus cultivos, asomado a la gran historia del brazo de Granátula, cuna del general Espartero y de las correrías de templarios y calatravos por los intrincados pasos de sus cerros.

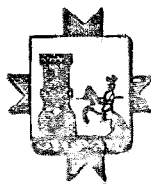
La Plaza, amplísima, uniforme y regular, es un depurado ejemplo de tipismo, de limpia sencillez, que la engrandece y da al conjunto carácter de monumentalidad. En un reciente arreglo de su planta se ha tenido el buen gusto de conservarla sin las intromisiones versallescas que tanto desentonan en otros lugares y solo una construcción, por fortuna apenas perceptible desde su recinto, ha roto la línea de su relevante sencillez con estridentes colorines, aunque sin subirse a las alturas que la hubieran hecho detestable.

La Crónica General dice que esta plaza mide 100 varas de longitud por 57 de latitud y que no deja de ser majestuosa por los edificios que la forman ocupando la iglesia parroquial la fachada norte, la casa de la Encomienda la del este, el Pósito la del sur y el Ayuntamiento la del oeste, siendo el pósito el mejor edificio hecho de mampostería.

Honor y gloria sean concedidos a la hermosa plaza de Moral de Calatrava y a quienes han tenido el buen gusto y el acierto de conservarse en su modestia limpia y saludable que les hace distinguidos y notables. En su campo y en sus calles se perciben la claridad pegadiza y luminosa y el aire embalsamado que sube de Andalucía y retienen al caminante para respirar a gusto antes de aventurarse por los cerros de Ubeda que tampoco son moco de pavo.

Esta calle de Moral es de las que salen de la plaza y de la misma esquina de la iglesia que es la pared de la derecha. Es por lo tanto de las más céntricas y fotografiada antes de media mañana como se ve por el sol, en un día claro de invierno. Sin embargo tiene la blancura de los pueblos andaluces y su misma desigualdad en las construcciones aunque les gana en altura como signo manchego. Hay un aseo general resplandeciente que convida a curiosear y hace sentirse a gusto por los rincones.





Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA
Primo de Rivera, 6
Alcazar de San Juan - 1973